

LA CENA DEL SEÑOR
Catequesis mistagógica para los pequeños

Tertio Millenio adveniente - Atravesando el umbral de la esperanza

Marcelino Legido López

1. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo-

Palabra viva: Efesios 3,1-14

Concilio Vaticano II: LG, 1-4/26/; SC 47[5-12]. 26-28

Ordenación General del Misal Romano (OGRM) 7/15/58/62

Catecismo de la Iglesia Católica (CEC) 1348

Anochece. Se ha terminado el trabajo. Los hijos vuelven a casa, detrás del padre que regresa con ello. La madre ya tiene puesta la mesa, la luz prendida y la puerta abierta. Los hijos sienten el corazón invadido de alegría. Algunas veces hasta vienen cantando. Dejan sus mochilas y dan un beso sencillo y entrañable a los padres, que están a la cabecera de la mesa. Pero el padre extiende los brazos de par en par y abraza a todos, abrazando a cada uno. El mayor se sienta a su mano derecha, los más pequeños a la izquierda. Y todos en correo. Los ojos de todos se fijan en el rostro del padre y le sale una palabra sencilla y breve. ¡Qué bien se está aquí! ¡Aquí con vosotros! Es la manera de reunirse todos en uno, sintonizando los corazones. Es la mejor manera de prepararse a escuchar la palabra y a partir el pan.

Este relato de la palabra primordial es el mejor dibujo para comprender el comienzo de la cena del Señor. “En la misa o cena del Señor el pueblo de Dios es reunido, bajo la presidencia del sacerdote, que hace las veces de Cristo, para celebrar el memorial del Señor o sacrificio eucarístico” (PO 5 / SC 33). Por eso es eminentemente válida cuando se habla de la asamblea local de la santa iglesia aquella promesa de Cristo: “donde dos o tres están reunidos en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20) (OGMR 7). “Cristo está realmente presente en la asamblea congregada en su nombre, memorial del sacrificio de la cruz, mesa del pan y de la palabra. Los ritos iniciales, son “exordio, introducción y preparación”. “Hacen que los fieles reunidos constituyan una asamblea, una comunidad”, la *ekklesia* del Señor. Abren la fiesta, fomentan la unión, elevan los corazones a la contemplación del misterio de la liturgia (GMR 24.25).

Un gran abrazo

“Al reunirse en asamblea”. “Cuando os reunís, pues, en común para comer la cena del Señor” (1Cor 11,18a.22). Los primeros hermanos, antes de rayar el alba, al amanecer del domingo, se reunían en una sencilla casa, en torno a la mesa del Señor (Plinio el Joven, 10.ep.96). El Señor pasó de la mesa a la cruz, pero en su pascua convirtió la cruz en mesa. Por eso a la hora en que el Padre, en el aliento del Espíritu, le pasó de la muerte a la vida, del último lugar al primero, a la cabecera de la mesa y del camino, los primeros hermanos iban a la mesa suya a dejarse encontrar juntos con Él. El Señor fue el que los reunió a todos a la mesa y les allegó a su corazón y ellos mismos se dejaron estrechar juntos contra sus entrañas (Mc 16,14a; Lc 24,36-43; Jn 20,19-20; 21,9-13). Los reunió en uno, en el mismo corro, entre sus brazos extendidos, en los que se dejaban ver los brazos extendidos del Padre, en el mismo aliento de amor del Espíritu Santo, que nos quería pasar desde su corazón traspasado (Jn 20,20-22; Lc 24,49a). Los primeros hermanos venían contentos a la mesa, al corro de familia, a partir el pan y la palabra del Señor, a orar juntos, a compartir todo, a acoger el aliento para salir al camino. Venían con alegría, más aun alegría desbordante y desbordada, con júbilo (Lc 24,41; Hech 2,46 b).

Nosotros, en el domingo, día del Señor, venimos a la “iglesia”, a la casa común del Señor, a reunirnos a su mesa, corro en torno a Él. El sacerdote y sus pequeños compañeros, avanza desde atrás hacia adelante. Todos nos ponemos en pie para aclamar con gran alegría al Señor, que pasa a la cabecera de la mesa. “Te alabamos oh Hijo amado del Padre”. “Tú eres digno de ser alabado siempre con santas voces, Hijo de Dios, que nos diste la vida”. El sacerdote

que sale de entre todos, pasa delante del altar y lo besa con gran amor. El altar es el mismo Cristo, su cuerpo, altar y pan al tiempo. Sus manos heridas y encendidas, sobre las que él partió su palabra y cuerpo, para que todos seamos uno. En ocasiones debería incensar el altar, para venerarle, admirarle, envolverle de nuestro cariño. El altar y la cruz, una misma cosa. Pues sus manos están heridas, con heridas abiertas.

“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19b). ¡Qué inmensa alegría! A la cabecera de la mesa el Padre de Jesús, el Señor nuestro, nuestro padre, padre de todos, que está en medio de todos, que acoge a todos, que sobrepasa a todos (1Pe 1,3a; 2Cor 1,3; Ef 1,3) “¡Un solo Padre!” (Ef 4,16). “¡Un solo Señor!” A la derecha del Padre está Jesús, su Hijo amado, el único hermano mayor nuestro, el Primogénito de entre los muertos”; “el Primogénito de toda la creación”; el Primogénito entre muchos hermanos (1Cor 15,20; Col 1,15. 18; Rom 8,29). “¡Un solo Espíritu!” El abrazo de amor, que el Padre le dio al Hijo mayor, nos lo ha pasado a todos nosotros, el mismo y único, en Él y en nosotros (Gn 1,4-7; Rom 8,15.17). Para reunir, en torno a su Hijo, el corro entero de la humanidad; para poner, en manos del Hijo, la mesa grande de universo a todos compartida (Ef 1,3-14; Col 1,11b-20). Este Hijo es el “Sí” del Padre a nosotros y el “Si” nuestro al Padre. Por eso, a la bendición del saludo del sacerdote podemos gritar, inundados de alegría, Amén (2Cor 1,19.27), en el aliento del Espíritu.

Un íntimo saludo

El sacerdote abre los brazos y nos saluda. Nos saluda de parte del Señor Jesús. Le presta la voz a su palabra y las manos abiertas a su gesto. “El Señor esté con vosotros”. Ya está Él en medio. Ojala “esté” de verdad, porque le acogéis. “La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu santo estén con todos vosotros” (2Cor 13,13).

- El amor de las entrañas del Padre se nos ha dado en su Hijo único, el amado, el entregado (Rom 3,32; Jn 3,16). Pero al entregar al Hijo por nosotros, en el madero de la Cruz, “gratis”, “en su gracia”, “en su sangre” (Rom 3,21-26), hemos conocido la gracia del amor, que es la gracia misma, la caridad (Rom 5,6-11). Pero este amor, ha sido derramado en nosotros por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom 5,5). Él es la koinonía, la comunión en el Hijo, en el Hermano, en el Heredero. Ya se han roto todos los muros: la gracia es la paz. “La gracia y la paz de parte de Dios nuestro Padre y de Jesucristo, el Señor, esté con vosotros” (Rom 1,7b; Gal 1,3; Col 1,3).
- Cuando ahora mismo al corro pequeño de nuestra mesa, en el que está presente toda la Iglesia una, santa, católica y apostólica, extendida por toda la tierra (LG 26), no podemos por menos de asombrarnos. ¡Ya no somos esclavos! ¡Somos hijos, en el Hijo! ¡Ya no somos enemigos! ¡Somos hermanos, en el Hermano! ¡Ya no somos “hormigas de la gravera”, somos herederos en el Heredero del Universo! Aquí el Señor ha roto todas las cadenas, ha roto todos los muros. La paz y la gracia suya “con vosotros”, “para vosotros”, “en vosotros” (Gal 3,28; 1Cor 12,13; Rom 10,12; Col 3,10; Ef 2,19; Ap 5,9). Somos la Asamblea del Señor (la eklesia), el pueblo santo de Dios, el pueblo de los hijos y los hermanos (2Cor 6,14-16; Ef 1,14; Tit 2,14; Heb 5,6-11; 1Ped 2,9-10; Ap 5,9-10; 21,3). Somos el pueblo mesiánico, reino de Cristo en misterio, germen y senda del reino de Dios (LG 1-9). Los bautizados y confirmados y perdonados “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19b).

“La paz, la caridad y la fe, de parte del Dios Padre y de Jesucristo el Señor esté con vosotros”. “El Dios de la esperanza, que por la acción del Espíritu Santo nos colma de alegría y paz, permanezca siempre con vosotros” Cf. Rom 15,13

- “Y con tu Espíritu”.

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños 7/11/ '99.*

2. ¡Señor ten piedad, Cristo ten piedad, Señor ten piedad!

Palabra viva: Lucas 15,1-2.11-24

OGMR 29-30

Misale Romanum. Ordinario de la Misa. Acto penitencial. Aspersión. Kyrie.

Cuando el hijo perdido decide volver a casa, a la mesa común, se encuentra con un gesto de cariño que lo sobre-salta el corazón. “estando él todavía lejos, su padre le vio y, conmovidas sus entrañas, se echó a su cuello y le cubrió de besos” (Lc 15,20). Esta misma gracia se nos concede a nosotros cuando venimos a la casa del Padre a celebrar la cena de su Hijo, que arde en la llama de amor viva del Espíritu. Allí está el Primogénito con los brazos abiertos, el corazón traspasado, el manantial del agua de su misericordia, el pan partido de la vida eterna. Reúne y abraza a todos los hermanos “bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19).

No nos sorprende, pues, que el domingo, fiesta primordial, memorial de la Pascua del Señor, realicemos la “Aspersión del agua”, gesto del memorial del bautismo, que expresa el abrazo de amor que nos perdona, nos purifica y nos entraña más todavía. Miremos el costado abierto del Hermano mayor. Estamos viendo “el agua que bajaba del lado derecho de Templo” (Ez 47,1a; Jn 19,34). “¡Oh Padre, que del cordero inmolado en la cruz, haces brotar una fuente de agua viva”! ¡Oh Cristo, que de tu costado abierto en la cruz, hiciste manar los sacramentos de la salvación”! “¡Oh Espíritu, que nos haces renacer de las aguas del bautismo, como primicia de la humanidad nueva”! “La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa, la diestra del Señor es poderosa”. “Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo” (Sal 117, 15b-16.24). Señor “lávame y quedaré más blanco que la nieve”. “Hazme oír el gozo y la alegría”. “Aparta mi pecado de tu vista, borra en mí toda culpa” (Sal 50,9-11).

Así, todos los hermanos, empezando por el que preside, somos rociados con el agua de la misericordia, des-bordada sobre nosotros, que nos entraña y acoge aún más en el corazón abierto del Señor. Se reaviva el “recuerdo y la gracia del bautismo, nuestra Pascua primera”, para sentarnos al banquete de la mesa del reino, ya comenzado y que se consumará cuando Él vuelva. Nos ha abrazado el Padre, entre los brazos de su Hijo, en el aliento del Espíritu Santo. Injertados sacramentalmente en la Pascua del Hijo, nos ha pasado en su paso, y nos vemos en torno a la mesa, corro de hijos, hermanos y herederos.

Con el corazón estremecido

No es extraño que se nos conmueva el corazón en el “Acto penitencial”. “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti” (Lc 15,21). Al apartarnos del Padre, hemos pecado contra los hermanos y contra la casa común. Por eso, ya desde el principio, antes de sentarnos a la mesa del Señor, los primeros hermanos se sentían llamados a la conversión de la reconciliación. “Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas entonces de que tu hermano tiene algo

contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves a presentar tu ofrenda” (Mt 5,24). Si hay diferencias en la comunidad, si los pequeños son despreciados y marginados, antes de sentarse a la mesa hay que examinarse y arrepentirse y perdonarse. “Examínese, pues, cada cual y coma así el pan y beba del cáliz”. “Pues quien come y bebe sin darse cuenta del Cuerpo, come y bebe su propia condena” (1Cor 11,28-29). “Reuníos cada domingo, partid el pan y dad gracias, después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro” (Didaché XIV, 13).

“El acto penitencial nos hace volver al signo de la reconciliación. Pues el rito penitencial, al comienzo de la eucaristía es gesto de reconciliación con Dios y con los hermanos. Desde el principio, se acostumbraba a un largo rato de silencio, a veces de postración. Es el abrazo del Padre de la misericordia donde el hijo se concentra en su corazón, ahonda en él, descubre su miseria, pues está abrazado y perdonado sin medida.

El publicano “no se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: ¡“Oh Dios, ten compasión de mí que soy un pecador”! (Lc 18,13). “Toda la comunidad hace su confesión general”. Es el gran corro de la familia de los hermanos “ante el Padre”, “ante vosotros, hermanos”; “ante Santa María”, “los ángeles y los santos”. Nosotros, ¡todos pecadores! Ni uno solo con las manos limpias. Por eso dice cada uno personalmente: “he pecado mucho, de pensamiento, palabra, obra y omisión”. “Por mi culpa, por mi gran culpa”. La experiencia del perdón ahonda la conciencia del pecado y la responsabilidad ante él. “Señor, ten misericordia de nosotros. Muéstranos tu misericordia. Hemos pecado contra ti”. Momento de valor singular; confesión general, publica. Somos la comunidad de los pecadores perdonados. Pero al mirar el rostro del Primogénito crucificado, con sus manos abiertas, enclavadas y encendidas, reconocemos con alegría que Él es siempre mayor, que Él siempre se abre camino delante con su cruz gloriosa. Po eso la petición de misericordia se hace “aclamando al Señor”.

Aclamamos su victoria

Los ojos en Él, siempre en Él: ¡Tú has sido enviado a sanar los corazones afligidos! ¡Tú has venido a llamar a los pecadores! ¡Tú estás sentado a la derecha del Padre para interceder por nosotros! ¡Tú eres el camino que conduce al Padre! ¡Tú eres la verdad que ilumina los pueblos! ¡Tú eres la vida que renueva el mundo! ¡Kýrie eléison! ¡Christe eléison! ¡Kýrie eléison! “El Señor el bueno con todos. Es cariñoso con todas sus criaturas. El Señor sostiene a los que van a caer, endereza a los que ya se doblan. Los ojos de todos te están aguardando” (Sal 144,9.14.15a).

Estamos pasando de la petición de la misericordia, a la aclamación de la victoria de la misericordia. Es la forma suprema de conversión y expropiación, para la absoluta entrega al Señor. Así le aclamaban los pobres des-graciados de los caminos: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!” (Mc 10,47). Así le aclamaban los hermanos, cuando nos curó con sus heridas: ¡“Kýrios, Iesús, Christus”! (Fil 2,6-11). La misericordia se hizo victoria para sobredesbordar de gracia nuestra miseria cada vez más. Siempre de nuevo. Sus manos, entre las del Padre, “son el trono de la gracia”. Él puede compadecerse de nuestras flaquezas, pasado como está a nuestra orilla (Heb 4,4-16). “Marana tha” era la aclamación viva en el cenáculo pascual. No había lugar para pedir más cosas, pues la alegría inundaba los corazones (Lc 24,36.43; Jn 19,20). “¡Kýrie!” “¡Mará!”. ¡Hijo de las entrañas del Padre, venido a nosotros! ¡Christe! ¡Hijo entregado por nosotros en el madero! “¡Kýrie!” “¡Mará!”! ¡Hijo entronizado sobre nosotros a la derecha del Padre y a la cabeza nuestra! ¡A la cabecera de la mesa y de la marcha! El ten piedad de nosotros es la confesión de fe en su señorío, a la cabeza del universo en la iglesia, por el camino nuevo y vivo, abierto por Él para nosotros. El compasivo y misericordioso es el Primogénito que se abre paso desde más arriba, más por debajo, hacia más adelante. Haciendo nuevas todas las cosas. Lágrimas, pues, de alegría. Se oye la voz del Padre: “alegraos conmigo”. Pasemos a la mesa.

Traed el mejor vestido. Ponedle el anillo. Matad el ternero cebado. Sentémonos a comer en la fiesta de la interminable alegría (Lc 15,22-24).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 16/1/ 2000.*

3. Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres

Palabra viva: Efesios 1,3-14

OGRM 31-32

Ordinario de la Misa. Gloria. Oración colecta.

Cuando llegó del trabajo el padre, con el hermano mayor, se sentaron a la cabecera de la mesa. A su lado los más pequeños, todos en corro. En el rostro tenían las marcas del trabajo y del dolor, transfigurados por la sonrisa. Después del primer saludo, cuando todos juntos pusieron los ojos en ellos, el corazón se le inundó de alegría. Se sentían amados de verdad, firmemente. Y la alegría les abrió el corazón, para contar lo que habían vivido y lo que necesitaban. Era un desahogo de cada uno y de todos. Hablaban, contaban sus inquietudes. Pero la alegría era tan honda y tan firme, que los arrastraba a la infinita confianza. Así el corro se hacía comunidad, familia, a corazón abierto y compartido. Esta parábola nos sigue descifrando la cena del Señor. No encontramos en el “Gloria” y en la “Oración colecta”.

La gloria del Dios se hace paz en la tierra

“El gloria es un antiquísimo y venerable himno, con que la iglesia, congregada en el Espíritu Santo, glorifica a Dios Padre y al Cordero y le presenta sus súplicas” (OGMR 31). El Padre nos ha amado entregándonos a su Hijo y entre los brazos de este Hijo, nos ha reunido en un único abrazo de amor, en la unidad del Espíritu Santo. Canta quien ama; canta quien se siente amado. Todos, pues, cantan con el corazón inundado de alegría: “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor”.

- Tomamos las palabras de la “multitud del ejército celestial” en la Noche Buena, cuando apareció en el pesebre, el Primogénito, el Cristo, el Señor, el Salvador. “Gloria en las alturas a Dios y sobre la tierra paz a los hombres del beneplácito” (Lc 2,14). En el Rostro del Hijo, en el pesebre, ha aparecido la ternura del Padre, la claridad de la misericordia, la gracia de su gracia. Gloria que nos sobre-viene, nos sobre-coge y nos sobre-pasa. Su propósito, su beneplácito, su complacencia. El misterio de su voluntad. Darnos a su Hijo, como Primogénito, que encabeza la familia y la casa para cantar, todos juntos, la alabanza a la gloria de su gracia. El Hijo es su beneplácito, su benevolencia. Nosotros somos los hombres a los que ama el Señor, los “hombres de la complacencia”, envueltos y allegados en la complacencia. Se han roto las cadenas, se han derribado los muros. Él es “nuestra paz” sobre la tierra. Ha aparecido la “inmensa gloria del Padre”. Los corazones se han inundado de alegría; solo nos queda cantar, saltar de alegría. “Por tu inmensa gloria, te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos”.
- Cantamos, primero, al Padre, pues toda esta obra del amor in-menso, de su corazón parte y a sus entrañas retorna. “Un solo Padre de todos, que está sobre todos, que acoge a todos, que está con los brazos abiertos, de par en par, en medio de todos” (Ef 4,6). No hay más que “un solo Dios” (1Cor 8,42). Como está sobre todos nosotros lo

llamamos ¡Señor! Como está en medio de todos, allegándonos a su corazón, junto con su Hijo y por su Hijo, lo llamamos ¡Padre! Pero como está a la cabecera de la mesa y del camino en su reino, para su reinado, le llamamos ¡Rey! ¡Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso! Él, por medio de su Hijo, en el aliento del Espíritu, ha inaugurado el reino de justicia que se hace paz y se desborda en gozo (Rom 14,17; 1,7p).

En la gracia victoriosa de su Hijo, el Cordero entregado

Sobre-desbordados de alegría seguimos cantando. Jesús, el Cristo, el Ungido, el esperado, la esperanza entera, es el Hijo de sus entrañas. Por eso le cantamos ¡Hijo del Padre! Hijo vuelto al Padre se volvió a nosotros. Es el rostro del Padre, la Palabra del Padre, las entrañas del Padre. Es Dios. Le aclamamos “¡Señor Dios!”. Quien le ha visto a Él ha visto al Padre. El Padre y Él son “uno”.

- El Hijo enviado a nosotros, como Hijo de las entrañas, ha sido entregado por nosotros como siervo. Así fue presentado ante nuestros ojos “He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29; Is 52,13-53,12). Se ha puesto entre nosotros. Se ha cargado con nuestros pecados: ¡Cordero inmolado! Nos ha tomado de la mano y nos ha pasado en su paso: ¡Cordero pascual! Y se ha puesto delante de nosotros, a la cabecera de la marcha, con manos ofrecidas, a la derecha del Padre: ¡Cordero Victorioso! (Mc 15, 29.39; 1Cor 5,7; Ap 5,6-12; Rom 8, 32-34); Heb 7, 25). El gozo desbordante se hace un desahogo. Nos vemos, de verdad, pecadores perdonados. Y le gritamos con infinita confianza: “¡Ten piedad de nosotros!”, “¡Atiende nuestras súplicas!”, “¡Ten piedad de nosotros!”.
- Por eso, todos a una en un arranque vivo del corazón, desde más debajo de la raíces, “consagrados en el Espíritu Santo”, hacemos una confesión de fe, una aclamación de absoluto reconocimiento y desmedida entrega, para pasarnos a su reino: sólo El, exclusivamente Él, totalmente Él, definitivamente Él, ¡El único! “Pues aun cuando se les dé (a otros) nombre de dioses, bien en el cielo, bien en la tierra, de forma que hay multitud de señores... para nosotros: un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros con Él” (1Cor 8,5-6; Rom 11,35; Col 1,16-17; Ef 4,5-6; Heb 1,2; Jn 1,3; 1Tim 3,5). Por eso aclamamos con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. “Porque Tú solo eres santo, solo Tú Señor, solo Tú Altísimo ¡Jesucristo!, con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre. Amén”. Hemos alcanzado todos a entrar al Padre, por su Hijo, en el Espíritu Santo.

Nuestra súplica común en infinita confianza, por medio de Él

Cuando el corazón se desborda de alegría por el cariño del Padre, entre los brazos de su Hijo, en el beso del Espíritu Santo, podemos desahogarnos. Es verdad que los primero que vemos son nuestras culpas, nuestras flaquezas, pero también nuestras necesidades. Es el momento de la “Oración colecta”. El sacerdote, en quien se hace presente Jesús el Señor, el Primogénito, invita a toda la comunidad a orar “al pueblo de los hijos”: “Oremos” (OGMR 32). A los hijos, y más a los que son pequeños les es posible pedir todo. “Todos a una, con el sacerdote”. Los más pequeños de todos permanecen un rato en silencio. Debemos darnos cuenta que estamos ante “el trono de la gracia”, ante el rostro del Padre, con su Hijo a la derecha, para presentar nuestras inquietudes. Así formulamos interiormente las súplicas. Para después se unan todas en la oración común, que las recoge (“oración colecta”) el sacerdote para presentarlas a “Dios Padre, por Jesucristo, en el Espíritu Santo”. Por manos de su Hijo, juntamente con Él, en sus entrañas,

en el aliento y desde el aliento de su corazón, “en la unidad del Espíritu Santo”. Es el instante de la absoluta confianza. La comunidad se une a la súplica con el asentimiento, hace suya la oración pronunciada con la aclamación del “Amén”.

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 23/1/ 2000.*

4. La Palabra del largo camino de su Amor

Palabra viva: 1Juan 1,1-4.

OGMR 33-34.

Sacrosanctum Concilium (SC) 7.33.51

Dei Verbum (DV) 1-4

Catecismo de la Iglesia Católica (CEC) 1349. 238-248

Nos encontramos reunidos en torno a la mesa del Padre que ha puesto en manos de su Hijo, en el aliento de su Amor, que es el Espíritu Santo. En esta mesa, como sucede en la mesa de la familia pequeña, primero conversamos y después partimos el pan. Por eso llamamos a esta parte primera la “LITURGIA DE LA PALABRA”, que se entrega en la “MESA DE LA PALABRA”. En “las lecturas tomadas de la Sagrada Escritura...Dios habla a su pueblo” (SC 33), le descubre el misterio de la redención y salvación, y le ofrece alimento espiritual; y el mismo Cristo, por su palabra, se hace presente en medio de los fieles (SC 7)” Efectivamente, en la “Liturgia de la Palabra”, en las lecturas, se dispone la mesa de la Palabra de Dios a los fieles y se les abre los tesoros bíblicos (SC 51) (OG 33.34). La parábola primordial de la familia, en la mesa y en el camino, nos ayudarán a adentrarnos en el misterio de este diálogo de Amor, mantenido en corro, en don y encargo, en ofrenda y en respuesta.

La historia de su misericordia entrañable

Cuando los padres se sientan a la mesa con los hijos, después del primer tiempo del encuentro, y sobre todo en los “momentos de cumbre” del camino, el padre se pone a hablar. Él mismo abre su corazón de par en par a sus hijos para decirles una palabra, que es el secreto de amor más hondo de sus entrañas. Les habla como un padre, con toda su misericordia entrañable; les habla como un amigo en infinita confianza, en íntima apertura. Les habla de la historia de la familia, y de la casa y del camino. En realidad cuenta el largo camino de su amor. El propósito de formar un corro de hijos, de hermanos y de herederos. El empeño por construir una casa grande y común. El deseo de que de la mesa pasaran todos juntos de la mano al camino, para preparar otra mesa más grande todavía, en una fiesta sin fin.

Ahora comprendemos la palabra viva que el apóstol Juan escribía a sus hermanos en la primera carta: “lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos, acerca de la Palabra de vida (Jesús, el Hijo único del Padre, palabra hecha carne), os lo anunciamos - pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y que se nos manifestó -. Os anunciamos lo que hemos visto y oído para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestra alegría llegue a plenitud” (1Jn 1,1-4).

Efectivamente, el apóstol presta su voz, pero quien está hablando es el Padre y la Palabra que dice es su Hijo y el aliento de la Palabra es el Espíritu Santo. Si, “en los libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos” (DV 21). El Padre, con su bondad y sabiduría, se revela a sí mismo en “el misterio de su voluntad” (Ef 1,3-14), “por Cristo, la Palabra hecha carne”. Efectivamente, “en esta revelación el Dios invisible (Cf. Col 1,15; 1Tim 1,17)), desde la abundancia de su caridad, les habla como amigos (Cf. Ex 33,11; Jn 15,14-15) y conversa con ellos (cf. Bar 3,35) para invitarlos a la comunión con él y para recibirlos en ella (en esta comunión)” (DV 2).

Desea agrandar su mesa, la mesa del abrazo eterno y común del Padre y el Hijo único, en el aliento del Espíritu Santo. Se ha propuesto reunirnos en un corro de hijos, hermanos y herederos, por medio de su Hijo, para su Hijo, junto a su Hijo, en el aliento de su Hijo. Efectivamente, “con el Espíritu Santo pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de su naturaleza divina (Cf. Ef 2,18; 2Pe 1,4)”. Se ha propuesto hacer del universo un hogar común para los hijos. Hogar encabezado por el mismo Hijo, el Primogénito, que nos conduce, por el camino nuevo y vivo, hasta la casa del Padre. Camino “hecho de palabras que se hacen hechos, y hechos que hablan”. Entre las manos de su Hijo amado, “que es al tiempo el mediador y la plenitud de toda la revelación”(Mt 11, 27; Jn 1,14.17; 14,6; 17,1-6; 2Co 3,16: 4,6; Ef 1,3-14) (DV 2).

Por manos de su Hijo, en el aliento de Amor de su Espíritu Santo

Toda la historia de su misericordia, historia de salvación, economía de la salvación, misterio de la salvación, el Padre la ha realizado por manos de su Hijo, en el aliento del Espíritu Santo.

- Por manos del Hijo de su amor creó el universo y puso en él a la familia humana para que hiciera la aventura de su corro y de su camino. “Dios, creando y conservando el universo por su Palabra (por su Hijo) (Cf. Jn 1,3), ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo (Cf. Rom 1,19-20). Él se revela desde el principio a nuestros padres para abrirles el camino de la salvación, que viene de lo alto” (DV 3). Aunque la familia humana cierra sus manos en desobediencia y opresión, “él les levantó a la esperanza de la salvación (Cf. Gen 3,15), con la promesa de la redención. Después continuó cuidando a todos para dar vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras (Cf. Rom 2,6-7). Después desveló su rostro de Dios único y verdadero, Padre providente y Juez justo, en el pueblo de la Promesa (Cf. Ge 12,2-3), para abocar a todos a la espera del Salvador prometido, “preparando a través de los siglos el camino del Evangelio”(DV 3).
- En efecto, “muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. Ahora, en la etapa final, nos ha hablado por el Hijo (Heb 1,1-2). Pues envió a su Hijo, la Palabra eterna, que alumbra todo hombre, para que habitara entre todos los hombres y le contara las intimidades de Dios (Cf. Jn 1,1-18). Jesucristo, Palabra hecha carne, “hombre para los hombres” (Diog. c. 7,4), enviado, “habla las palabras de Dios” (Jn 3,34) y consuma la obra de la salvación que el Padre le encargó (Cf. Jn 5,36; 17,4). Ahora podemos ver al Padre. Es su Hijo, su rostro. El que le ve a Él está viendo al Padre (Jn 14,9). Es el Hijo el que nos dice todo el secreto de caridad de las entrañas del Padre. Es el Hijo el que consuma la revelación del Padre, realizándola en plenitud y confirmándola con su divino testimonio. Y ¿cómo lo hace? “con toda la presencia y manifestación de sí mismo, con sus palabras y sus obras, con sus signos y sus milagros, pero sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección de entre los muertos, y por fin con el envío del Espíritu de la verdad”.

- Ya tenemos familia y hogar, mesa y camino. El Señor ha sellado con su sangre la alianza nueva y eterna. El Padre que nos ha reunido en torno a la mesa de su Hijo, en el aliento del Espíritu, “nos libra y nos libera de las tinieblas del pecado para hacernos resucitar a la vida eterna” fiesta sin fin de su Reino. “Esta economía de la salvación en Cristo”, nunca pasará. Ya no hay que esperar ninguna nueva revelación pública antes de la manifestación gloriosa de Nuestro Señor Jesucristo (Cf. 1Tim 6,14; Tit 2,13)” (DV 4).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 30/1/ 2000.*

5. La Palabra del Padre por su Hijo en el Espíritu

Palabra viva: Lucas 24,13-32

DV (Constitución de la divina revelación): 2.4.7.8

SC (Constitución sobre la sagrada liturgia): 5.7.33

Ordo Lectium Missae (21.1.1989). Introducción al Leccionario 314

Nos encontramos en la mesa del Señor, en la larga conversación del principio. Como en la mesa de familia, primero conversamos y después partimos el pan. Así hacía Jesús en la pequeña fraternidad de discípulos; así hacía al visitar a sus amigos; así hacía en el gran corro de la muchedumbre; así hizo en la última cena; así hizo después de resucitar, al pasar para siempre al camino hacia el Padre. “Vio a la gente, se le conmovieron las entrañas... y se puso a enseñarles muchas cosas... Y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición y partió los panes” (Mc 6, 34.41). “Y empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que se refería a Él en todas las Escrituras... Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando” (Lc 24,27.30). “Y entonces abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras” (Lc 24,45). Esta misma dicha inmensa tenemos nosotros en la liturgia de la Palabra, en la mesa de la Palabra. También nosotros podemos llegar a decir: “¿No ardía nuestro corazón, dentro de nosotros, cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24,32).

Por el Hijo amado, voz y palabra del Padre

En la mesa del Señor nos habla el Padre, del único secreto de sus entrañas, el Hijo de su Amor, entregado en la historia entera de su salvación. Nos habla por su Hijo enviado a nosotros, rostro del Padre, que nos lo envió. “El que me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn 14,9). Él es su rostro, Él es su voz, Él es su Palabra. El último y entero secreto de amor de un padre solo lo conoce el hijo, sobre todo el mayor y más aún si es único. “Mi Padre me lo ha entregado todo, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Lc 10,22). “Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado, a nuestros padres, por los profetas. En el final de los tiempos nos habló en el Hijo” (Heb 1,1-2). Nos habló “por” el Hijo; el Hijo es su voz. Nos habló “en” el Hijo; el Hijo es su Palabra. Pues a “Dios nadie lo ha visto jamás. El Hijo único, el que está vuelto al seno del Padre, aquel (lo descifró), lo explicó, (lo des-entrañó)” (Jn 1,18).

El Hijo, la Palabra eterna, nos ha dado un abrazo abismal en la tienda del encuentro y de la marcha. Y en irraztable condescendencia, y admirable intercambio, se ha hecho Palabra encarnada, Palabra del Padre en la palabra nuestra. “La Palabra llegó a ser carne y puso su tienda entre nosotros” (Jn 1,14). En el Hijo, el Padre nos lo dijo todo y nos lo dio todo. Él es el único mediador y la única plenitud de la revelación del Padre (Mt 11,27; Jn 1,14.17; 14,6; 17,1-3; 2Cor 3,16; 4,6; Ef 1,2-14). Palabra eterna, Palabra encarnada, Palabra des-entrañada en el camino,

Palabra crucificada y glorificada en la Pascua, Palabra encendida de Espíritu Santo. Ya conocemos el secreto de la intimidad del Padre. El Hijo “habla las palabras de Dios” (Jn 3,34). Y realiza esa Palabra en su entrega consumada, encargo del Padre (Jn 3,36; 17,4). Él mismo es el que anuncia el Evangelio y es el que lo realiza, el evangelizador y el evangelio. “El evangelio que el mismo realizó y con su propia boca promulgó” (DV 7; Cf. también DV 1-4.13).

El Hijo del Amor, encarnado por obra del Espíritu Santo, ungido por el Espíritu Santo, se dice y se da en el aliento del Espíritu Santo. En toda la historia de la salvación, consumada en la Palabra hecha carne, y consumada enteramente en su Pascua, en el aliento del Espíritu Santo. Desde esta Palabra se descifran todas las demás palabras; hacia esta Palabra se encaminan todas las demás palabras. En el Misterio Pascual se descifran, pues en él, se realizan y entregan en el Aliento del Espíritu Santo.

En el Espíritu Santo, aliento y don de la Palabra

En la plenitud de los tiempos, el Padre “envió a su Hijo, el Verbo hecho carne para evangelizar a los pobres y curar a los contritos de corazón, como “médico corporal y espiritual”, Mediador entre Dios y los hombres”. Así, Cristo el señor, realizó la glorificación del Padre y la redención humana... principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, de su resurrección de entre los muertos y de su gloriosa ascensión. Por este misterio, con su muerte destruyó nuestra muerte y con su resurrección restauró nuestra vida” (SC 5). El Padre se nos dijo y se nos dio por entero en la Pascua de su Hijo, en el Aliento del Espíritu Santo. Vuelto al Padre, abrazado por Él, en el mismo aliento, se vuelve a nosotros, para abrazarnos en ese mismo abrazo en el mismo Aliento. Por sus manos, en su mismo Aliento, nos dice y nos da la Palabra, que se hace viva, nueva, eficaz, transformante. “El Señor es el Espíritu” (2Cor 3,16a; Rom 6,4b; 8,11; 1Cor 15,45). “Alentó su aliento y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20,22; Lc 25,47-48; Act 1,8). Nosotros aclamamos en verdad: “Palabra del Señor”.

Cuando estamos en la mesa, en la liturgia de la Palabra, “Dios habla a su pueblo, Cristo sigue anunciando el Evangelio” (SC 33). El Hijo, el Cristo, el Señor, el Hijo enviado a nosotros, entregado por nosotros y entronizado sobre nosotros. Él, “está presente en la Palabra. Pues Él mismo es el que habla, cuando se lee la Sagrada Escritura” (SC 7). Así se proclama y se hace presente “el anuncio de las maravillas de la historia de la salvación, el misterio de Cristo que está siempre presente y obra en nosotros” (SC 35). En la alianza del Espíritu. Sí. Es “el Espíritu Santo, por quien la voz viva del evangelio resuena en la Iglesia y por ella en el mundo entero” (DV 8).

La Palabra en la mesa es memorial, un único memorial. Atraviesa el tiempo y se nos hace presente y viva. Es Cristo en la tierra. Él mismo con sus labios, con su aliento, actualiza el evangelio. Así, la Palabra proclamada, en el Espíritu Santo, se hace acontecimiento nuevo, en nueva eficacia, con nuevo desciframiento. Desde el “hoy” mismo de la Pascua (Lc 4,16-21; 24,35. 44-49). La Palabra de Dios en la liturgia recuerda la economía de la salvación. Es allí, en la mesa, en la proclamación, cuando la Palabra proclamada alcanza su más pleno significado, nueva cada día, inédita para nosotros. La Liturgia de la Palabra es así “una continua, plena y eficaz exposición de la Palabra de Dios”. Es Palabra viva y eficaz (Heb 4,12) por el poder del Espíritu Santo, en labios del Hijo, desde la misericordia operante e indeficiente del Padre. Esta eficacia de la Palabra que se concentra y consume en el Misterio Pascual, nos allega, nos reúne, nos envía, nos arrastra, nos sostiene hacia la plenitud. En el Espíritu de la verdad, hacia la verdad plena” (Cf. Ordo Lectionem Missae. esp. 3-4).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 13/2/ 2000.*

6. La Palabra de la Promesa en la Alianza Antigua

Palabra viva: Rom 15,1-13

DV: 14-16

Ordo Lectionum misase, Introducción al Leccionario, 5.

CEC: 54-64. 128-130. 709-716.

La historia de amor de una familia nace del corazón de los padres. Es una entrega de amor, un compromiso de amor, de antemano, sin condiciones ni plazos. Podemos llamar a ese compromiso de amor, **alianza**. Se va realizando poco a poco, en gestos y palabras, que anticipan el gesto último y la última palabra. La alianza no conoce el desaliento. Si los hijos no responden, si no quieren ser hijos, ni hermanos, ni herederos, la alianza de amor se hace más honda y más nueva, para abrir la brecha del porvenir de una mesa última, compartida y jubilosa.

Así también en la historia de la salvación han contemplado nuestros ojos dos gestos, que abren dos tiempos: primero la Alianza Antigua, cantada y descifrada en el Antiguo Testamento. Esta Alianza se ha consumado con la entrega del Hijo del Amor, en la travesía pascual, la Alianza Nueva, contada y descifrada en el Nuevo Testamento.

En la Cena del Señor proclamamos las palabras de la Antigua alianza y después la Palabra de la Nueva alianza, centro, culmen y plenitud de toda la Historia de la Salvación, la economía de la misericordia entrañable. El AT es historia de la salvación, verdadera Palabra de Dios con valor permanente (Rom 15,4) que prepara la venida de Cristo, redentor de todos, en su reino mesiánico, en distintas figuras (Cf. 1Cor 10,11).

Por el camino de la Alianza Antigua

El Padre creó el universo como casa común y puso en ella a la familia humana, para que hiciera corro en la mesa y senda en el camino, hasta sentarse con el Hijo del Amor que presidiría la última mesa, y caminar tras él, que encabezaría el último camino, hacia el último hogar de las entrañas del Padre. Era el propósito de su voluntad, para la alabanza de la gloria de su gracia (Ef 1,1-3). Pero los hombres no obedecieron a su proyecto y a su entrega. Cerraron las manos al Padre, levantaron el puño cerrado contra los hermanos, hicieron de la casa un campo de guerra, empapada de sangre (Gen 1,1-2,15; 3,1-4.24).

- **La alianza de la promesa**

“El Dios amantísimo, al intentar preparar con solicitud la salvación de toda la humanidad, con propósito singular, se eligió un pueblo, para confiarle sus promesas (Cf. Gen 15,18). E hizo una alianza con Abrahán” (DV 14). Dios, en su misericordia, salió al encuentro de un puñado de hermanos pequeños, en el viejo patriarca. Se presentó en su promesa que descifraba, aseguraba y anticipaba el porvenir de la salvación. En medio de la tierra, perdida en la torre de Babel, Abrahán abrió las manos para que Dios comenzara a realizar la gran familia y la gran casa. A la espera de entregar al Hijo del Amor.

- **La alianza de la ley**

Cuando este puñado de hermanos pequeños, cayó de nuevo en las garras del Imperio, bajo las pirámides, la mano del Padre se extendió de nuevo desde la alianza de su corazón. Se extendió a Moisés, su siervo, para que reuniera al pueblo y lo sacara de la esclavitud a la libertad, hacia la tierra de la promesa. Se presentó a él “como el que es”, el Dios vivo y verdadero, el que estará con ellos les acompañará siempre. Por eso, el pueblo de Dios, oprimido, vio puesta una mesa para la fraternidad y un camino para

la libertad. Mesa pascual, camino de los mandamientos. Su alianza (Ex 24,8). A la espera de entregar al Hijo del Amor.

Atisbando ya la Alianza Nueva

El propósito del Padre se iba abriendo camino, pero de vez en cuando caía la noche cada vez más oscura. El pueblo elegido cerraba las manos, levantaba el puño y derramaba sangre sobre la tierra. Los reyes del reino cayeron cada vez más en la idolatría y la opresión. No obedecía el pueblo al Señor, ni se hacía el corro, ni se ponía la mesa. Los pobres cada vez más despojados y abatidos. Pero los profetas, vigías en la noche, comenzaron a gritar el pregón de la aurora de la nueva alianza (Jer 31,31; Ez 36,25-28; Is 53,3; 59,21; 61,8). Se veían ya los levantes de la aurora.

- **Desde más arriba, más abajo, más hacia adelante**
El Padre se sacará de su corazón un arranque de misericordia y de perdón, insuperado, inaudito. Este perdón regalará, a los que lo acojan, un corazón nuevo. Y se abrirá una senda hasta los confines para poner la mesa para todos. Pero ¿a quién pedirá las manos para que deje ver las suyas, representando su amor?
- **El rostro del esperado se va dibujando**
El representante de esta última misericordia será un rey que haga justicia a los pobres (Is 9,1-6; 11,1-9). Pero tomará la figura del siervo que cargará con las culpas y los golpes de todos (Is 52,13-53,12). Pero el Padre le levantará sobre “el mar de los monstruos” y le pondrá a la derecha, para su reino que no tendrá fin (Dan 7,1-14). El rey, el siervo, el señor. El Hijo del hombre es, ahora por fin, Hombre nuevo para una nueva humanidad, en la tierra nueva.
- **El rostro desvelado en el Hijo del amor**
El último secreto del Padre, la absoluta novedad, la última plenitud, es la entrega del Hijo del amor en el madero de la cruz (Rom 8,21). Secreto insospechado, “la nueva y eterna Alianza”. En el Antiguo Testamento se esconde el Nuevo; en el Nuevo Testamento se ha desvelado el Antiguo. “Cristo estableció con su sangre la Nueva Alianza (Cf. Lc 22,20; 1Co 11,25)” (DV 16), se han realizado los signos que la anticipaban. En el Hijo entregado ha llegado la plenitud entera.

“Cristo es el centro y la plenitud de toda la Escritura y de toda la acción litúrgica”. “La iglesia anuncia el único e idéntico misterio de Cristo, cuando en la celebración litúrgica proclamamos el Antiguo Testamento y el Nuevo” (OLM 3). Se descubre así la unidad del plan divino de los dos testamentos, adivinada desde la Iglesia apostólica en la tipología (1Cor 10,6.11; Heb 10; 1Pe 1,10). En las acciones de la Antigua Alianza se prefiguraba lo que se realizó en la plenitud de los tiempos, en la persona del Hijo encarnado”, para que Dios acabe siendo todo en todos (C. 128-30). Todo se descifra desde el Hijo (Lc 24,44; Jn 5,39; 1Pe 1,10). “Dios es el inspirador y autor de los libros de ambos testamentos”. Y en su Hijo se desvelan todos, exhaustivamente, en consumación “los libros del AT, incorporados a la predicación evangélica, alcanzan la plenitud y el sentido en el NT (Cf. Mt 5,17; Lc 24,27; Rom 16,25-26; 2Cor 3,14-16) y a su vez lo iluminan y lo explican” (DV 16).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 20/2/ 2000.*

7. La Palabra de la Plenitud en la Alianza Nueva

Palabra viva: Juan 19,28-37

DV: 17-20

OGMR: 33-40

OLM Introducción al Leccionario 6. 9-10-13. 26. 66

El secreto de amor del corazón de los padres son sus hijos. El hijo, en verdad, y aún más si es único, si es el primogénito, es todo el secreto de amor, el único secreto de amor, su verdadera, única y última palabra. La casa, la familia, la mesa, el camino y, al fin y al cabo, la misma vida suya y su misma muerte, son para el hijo, para el hijo de su amor. Más de una vez tenemos todos la ocasión de ver que a unos padres se les muere su hijo. Y ¿qué dicen? “Preferiríamos habernos muerto nosotros mismos”. Entregar un hijo a la muerte por otros es más que entregarse a la muerte ellos mismos. La muerte del hijo único agota todo el amor de su padre, lo expresa, lo entrega. Es el colmo, el resumen, la cumbre de todo su amor.

Ahora comprendemos que la historia santa, proclamada y presente y viva, en la Liturgia de la Palabra de la Cena del Señor, aparece unida al proclamar el Antiguo Testamento y el Nuevo en la entrega del Hijo Amado a la muerte por nosotros. “El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos va a regalar en gracia todo con Él?” (Rom 8,31). “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único”, “como propiciación por nuestros pecados”, “para que vivamos por medio de Él” (Jn 3,16a; 1Jn 4,10; 4,9; Gen 22,16).

La proclamación del Evangelio es el “ápice de la Liturgia de la Palabra”. Todas las demás lecturas se realizan y descifran en su unidad, cuando el mismo Señor proclama el Evangelio, en el aliento del Espíritu Santo. La Historia de la salvación tiene como centro y plenitud a Cristo, entregado y contemplado en su misterio pascual” (OLM 13.66).

Aleluya, Aleluya, Aleluya. Palabra del Señor

Jesús, el Hijo entregado por nosotros como Siervo y entronizado sobre nosotros como Señor es la única y última palabra, en la que el Padre nos dijo todo. Esta Palabra se hace presente, con toda su fuerza, de modo insuperable en el Nuevo Testamento.

Al entregarnos al Hijo en la carne, engendrado de una mujer, hemos alcanzado la plenitud de los tiempos (Gal 4,4; Ef 1,10). Toda la misericordia entrañable del Padre se ha desentrañado en plenitud y ha colmado el tiempo. El tiempo creado en manos del Hijo, se ha consumado en sus manos heridas y encendidas. Su paso a nuestra tienda, tienda del encuentro y de la marcha, para abrazarnos y entrañarnos en él, pasándose a nuestra orilla a nuestra carne. “La Palabra se hizo carne” (Jn 1,14). Y entonces vimos su gloria. Al acogernos en admirable intercambio, hecho carne, barro frágil, alcanzado por la muerte. Así pudimos ver el rostro del Padre y oír su misma Palabra en el Unigénito encarnado, “lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14b).

Después se puso en camino, como el Ungido, el Cristo, para poner la mesa común del Padre y reunir en torno a ella a todos, empezando por los pequeños. Así, “al establecer en la tierra el Reino de Dios, se fue manifestando a sí mismo, en obras y en palabras” (DV 17), manifestándonos así al Padre. Pero esta palabra de manifestación, palabras que se hacen y hechos que hablan, “se consumó en su travesía pascual, muriendo, resucitando y enviando al Espíritu Santo” (DV 17). ¡La palabra encarnada, crucificada, vivificada, exaltada! “Levantado sobre la tierra, atrae a todos hacia sí (Cf. Jn 12,32 gr.), pues es el único que posee palabras de

vida eterna (Cf. Jn 6,68)” (DV 17). El mismo es la Palabra que es Espíritu y vida (Jn 6,63). ¡Hijo de Dios en fuerza! (Rom 1,4a). “El Evangelio fuerza de Dios para la salvación” (Rom 1,16).

“Este misterio no fue revelado a otras edades como lo ha revelado ahora el Espíritu Santo a los apóstoles y profetas (Ef 3,4-6), para que prediquen el evangelio, susciten la fe en Jesús, Mesías y Señor, y congreguen la Iglesia. De esto dan testimonio perenne y divino los escritos del Nuevo Testamento” (DV 17). Entre ellos “sobresalen los Evangelios por ser el testimonio principal de la vida y doctrina de la Palabra hecha carne, nuestro Salvador”. “El mismo Jesús mandó predicar a los apóstoles su Evangelio (M 16,15) y Él mismo les asistió como les había prometido (Mt 28,20) y les envió el Espíritu Santo, que les fuera introduciendo en la plenitud de la verdad (Cf. Jn 16,13). Por eso los apóstoles mismos y los varones apostólicos los escribieron por inspiración del Espíritu Santo y nos lo entregaron como fundamento de nuestra fe: el evangelio cuádruple, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan”. Los escritos del NT son de origen apostólico. Los apóstoles nos los entregaron en su historicidad, en su veracidad, en su fidelidad. La Iglesia mantiene “firmemente que los cuatro evangelios, “cuya historicidad afirma sin vacilar comunican fielmente lo que Jesús, Hijo de Dios viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la salvación de ellos, hasta el día que fue levantado al cielo” (Cf. Hech 1,1-2). Después de este día, los apóstoles comunicaron a sus oyentes esos dichos y hechos, con la mayor comprensión que les daban la resurrección de Cristo (Jn 14,26; 16,13) y la enseñanza del Espíritu de la verdad” (Jn 2,22; 12,16; 14,16; 16,12-15; 17,39)” (DV 19).

Gloria a ti, Señor Jesús. Aleluya, Aleluya, Aleluya

Es el mismo Señor el que proclama el evangelio, en la fuerza del Espíritu Santo. Él es el evangelizador y el evangelio. El evangelio mismo en el que se dice y se da por entero. A la cabeza del universo en la Iglesia. A la cabecera de la mesa, para pasar a la cabecera de la marcha. Él es el “Amén” para nuestro “Amén”.

“Cristo, mediador entre Dios y los hombres, en la efusión de su sangre, pronunció el “Amén” de una vez para siempre, para sancionar en el Espíritu Santo, por voluntad divina, la nueva Alianza (2Cor 1,20-22). Por eso, en la fuerza de su Amén, podemos nosotros decir nuestro Amén, oyendo y adorando en “espíritu y verdad” (OLM 6). La misma liturgia nos enseña a tributar “suma veneración”, “con especiales muestras de honor” al evangelio que se proclama.

- El que pregona el evangelio, es el apóstol, en el que Cristo se hace presente como cabeza del universo en la Iglesia. Los ministros que lo proclaman están configurados con Él, como cabeza y pastor, para actuar en la persona de Cristo. Han de inclinarse y suplicar un corazón puro para proclamarlo.
- El libro de los evangelios (el Evangeliario/el leccionario) que va a ser proclamado, se le levanta, se “le lleva al ambón, se le inciensa. Entre luces, que evocan la pascua. Todos de pie, mirando al que proclama. La asamblea “recibe y saluda al Señor, que va a hablarles y profesan su fe en él, con cantos”, con “aclamaciones al Señor”. Aleluya, Aleluya, Aleluya. La aclamación pascual, que un día será interminable (IGMR 17. OLM 22.23) (Cf. Ap 19,1-7). Un beso al evangelio.
- “Palabra del Señor”, “Gloria a ti, Señor Jesús”. El Espíritu abre los ojos y los oídos del corazón, suscita y fortalece la fe, encendiendo las entrañas. Es el Espíritu el que da eficacia a nuestro “Amén”, para acoger el evangelio y pasarlo al camino hecho vida (Sant 1,17). Con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, “en el Espíritu de la verdad”. Respondemos en la llama de amor viva del Espíritu Santo.

El Señor espera nuestra respuesta. “Tanto más participen los fieles en la acción litúrgica, cuanto más se esfuercen al escuchar la Palabra de Dios en ella proclamada, por adherirse íntimamente a la Palabra de Dios en persona, Cristo encarnado, de modo que lo que celebran en la liturgia procuren reflejarlo en su vida” (OLM 6). Palabra para hacer oración, fraternidad y misión. Palabra convertida en camino y luego camino que pasa a la palabra y el pan y al pan de la mesa.

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 27/2/ 2000.*

8. La Palabra descifrada y encargada

Palabra viva: Mc 4,1-34

SC: 24. 35. 52

DV: 5. 10. 12. 24-25

OLM. Introducción al Leccionario, 8-10. 24. 41

Estamos en la Mesa del Señor, Mesa de la Palabra y de su Cuerpo. Hemos proclamado su Palabra en las lecturas: el Antiguo Testamento, el salmo, las cartas apostólicas, y por fin, como centro, culmen y plenitud, el Evangelio. A continuación sigue la homilía del sacerdote, que “es parte de la liturgia misma” (SC 52). Homilía es una palabra que procede del griego y significa: encuentro, asamblea, trato, enseñanza. En la homilía, “durante el curso del año litúrgico, a partir del texto sagrado, se exponen los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana” (SC 52).

Si volvemos a la parábola primordial del corro de familia, en torno a la mesa, podríamos decir que el padre, en algunas ocasiones, dice palabras vivas, últimas, que desentrañan la palabra más honda y total de su corazón. Pero necesita después descifrarlas a sus hijos. Tiene que explicarlas, traducirlas y aplicarlas al corro de los hermanos, para el camino que hay que hacer mañana. Por una parte se descifra el amor en la mesa; por otra se encarga el amor para el camino. Por eso la palabra última y total, se va haciendo cada día palabra nueva, corro nuevo, senda nueva.

En la voz de los apóstoles del Señor

Jesús hacía esto mismo en el corro de los hermanos, ya fuera el pequeño, ya fuera el grande. Se ve con los ojos en su parábola del Reino, siembra de su misterio en el corazón de la tierra (Mc 4,1-34p). Y así hacía también en la travesía de su Pascua (Lc 24,27-32.44-48), cuando encendía fuego en el corazón de sus apóstoles, “con la Palabra de la cruz”.

Así, también ahora, continúa conversando con nosotros en la homilía. Pero en realidad ¿quién es el que habla? Su Palabra ha sido confiada a todos los hermanos. La Tradición y la Escritura son el “depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiada a la Iglesia. Fiel a dicho depósito, el pueblo cristiano entero, unido a sus pastores, persevera siempre en la doctrina apostólica y en la unión, en la eucaristía y en la oración (Cf. Hech 2,42 gr.), y así realiza una maravillosa concordia de pastores y fieles en conservar, practicar y profesar la fe recibida” (DV 10).

Pero es el obispo, el sacerdote y el diácono, los que deben explicar la homilía. La Palabra “la explican únicamente aquellos a quienes, por la sagrada ordenación, corresponde la función del magisterio” ((OLM 8). El sacerdote que preside ejerce también su función propia y el ministerio de la Palabra, cuando hace la homilía” (OLM 41). Los obispos y los presbíteros comulgan en

unidad de consagración y misión el carisma apostólico. Así, los sacerdotes, en grado subordinado, comparten y colaboran en la misión apostólica confiada por Cristo” (PO 2).

“Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda la creación” (Mc 16,15). “Como el Padre me envíe, así os envío yo a vosotros” (Jn 20,21). Enviados en su misma misión, alentados en su mismo aliento. “Quien a vosotros os recibe, a mí me recibe” (Mt 10,40; Jn 1,20). El sacerdote, apóstol del Señor es representación del Señor, “Representación de Cristo cabeza”. Más que representar el sacerdote a Cristo, es Cristo el que se hace presente en él. El enviado es la voz y el rostro del que lo envía. “Los presbíteros, como colaboradores del obispo, tienen como primer deber el anunciar a todos el evangelio de Dios... cumpliendo así el mandato de Cristo” (PO 4). Predican en la persona de Cristo, en su nombre, con la asistencia del Espíritu. Pero no están por encima de la Palabra, sino bajo la Palabra del Evangelio, Palabra que ha de ser escuchada devotamente, custodiada celosamente y explicada fielmente (Cf. DV 10).

En realidad el apóstol es la voz y el Señor Jesús la Palabra. Cristo está presente cuando el sacerdote proclama el Evangelio. Es Cristo mismo quien lo proclama. Cuando pasa a explicar la homilía no decimos “Palabra del Señor”, pero ciertamente, “de alguna manera”, le continuamos oyendo a Él, en su voz descifrada, traducida, concretada (Euch. Myst. 35). “En efecto, en la liturgia, Cristo sigue anunciando el evangelio” (SC 33). En modo alguno, el sacerdote debe hablar “su propia sabiduría”. En ellos se hace presente Cristo el evangelizador, el Maestro. Deben, pues, prepararse en honda fidelidad, para que a través de ellos pase la Palabra viva del Señor, en el Aliento de su Espíritu. “En la acción misma de transmitir la Palabra, han de unirse íntimamente a Cristo, Maestro, y dejarse guiar por el Espíritu” (PO 13).

En la mesa común, para el camino compartido

El sacerdote debe cumplir “con toda fidelidad y exactitud el ministerio de la predicación”. Y ¿de qué ha de hablar en la homilía? La predicación “debe tener como fuente principal la Sagrada Escritura y la Liturgia”. Pues la homilía es “un anuncio de las maravillas de Dios en la historia de la salvación, es decir, del misterio de Cristo, que está siempre presente y obra en nosotros (SC 35). Los hechos y las palabras de Jesús, en el camino de sus misterios, presentes en el Espíritu a lo largo del año litúrgico, centrado en su Pascua. La homilía fiel a esta ruta animada por el Espíritu, debe descifrar y situar todo el anuncio desde la Pascua del crucificado Señor de la gloria.

En todos sus misterios todo sucede hacia la Pascua y desde la Pascua. En ella se desentrañan las palabras y los gestos de cada uno de los misterios del Señor. Pero, además, ha de tenerse en cuenta el corro de los hermanos, que el Señor preside, sus gozos y esperanzas, sus tristezas y angustias, en la mesa hacia el camino. Todo el latido de las entrañas del Señor, todo se asume y se transforma en su Palabra. Se debe acoger los gestos y las palabras de todos y sobre todo de los más pequeños. En admirable intercambio, pero siempre desde la Palabra proclamada y presente en memorial, que todo lo acoge, lo ensancha, lo purifica y lo trasciende. Palabra que sobre-viene, sobre-acoge y sobre-pasa. La homilía entrelaza evangelización y catequesis, pues a la mesa llega y de la mesa parte todo el camino del evangelio. Y hasta debe acogerse y asumirse en convergencia, lo más noble del pensamiento humano, que en distintos caminos busca la verdad y contiene “gérmenes de la palabra”.

La homilía “explicación viva”, mediación para la inmediatez de la Palabra, debiera ser como aquella palabra del discípulo amado, que señala al Señor, le deja pasar y desaparece (Jn 21,7).

- **La Palabra, en la homilía, avoca.** Adentra a los hermanos en la “sabrosa comprensión” de la Palabra, que después se hace carne. En el Aliento del Espíritu, ahonda la fe que

procede de la Palabra y se nutre de la Palabra. Al encuentro íntimo y vivo del misterio de Cristo, cabeza del universo en la Iglesia. En el Espíritu resuena la Palabra, alcanza el corazón, le enciende de fuego y le capacita y responsabiliza para entregarse, en “la obediencia de la fe” al Señor, hasta llegar a ser un Espíritu con Él y vivir de Él y para Él.

- **La Palabra, en la homilía, convoca.** Reúne la comunidad y la constituye en asamblea litúrgica. Ahonda la comunión, de la filiación y la fraternidad, que se consumará en el memorial. Por eso consolida la unidad y al tiempo, potencia los dones para los servicios. El Pueblo de Dios convocado se va entrelazando con la Palabra, entronque con el sacramento, en cuerpo misterioso y tienda para el encuentro y la marcha.
- **La Palabra, en la homilía, pro-voca.** Pues adentrando a los hermanos, cada vez más, en la comunión de vida, de bienes y de dones, les llama a compartir la misión del Señor, hacia el Reino del Padre. La Palabra alienta compartir y responsabilizar a los hermanos para sumir las exigencias del seguimiento del Señor. Salir a los caminos del mundo con Él, anunciar el evangelio con Él, servir a los pobres con Él, trabajar por la justicia con Él, compartir los sufrimientos con Él. De modo que pueda decir a todos los hombres y a todas las criaturas y a todos los siglos: “Es el Señor”. “En alabanza a la gloria de su gracia”.

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 5/3/ 2000.*

9. El “credo”, profesión de nuestra fe

Palabra viva: 1Cor 15,1-10

DV: 3-6

OGMR: 43-44

OLM. Introducción al Leccionario, 29

CEC: 142-175

La palabra que el padre dice a la cabecera de la mesa es la historia de su amor, desentrañada, encarnada, que puede alcanzar el corazón de los hijos, como llama viva de misericordia entrañable... Los hijos, en torno a la mesa, son pro-vocados, llamados a “una respuesta de asentimiento”. El amor saca amor, la entrega arrastra a la entrega. La palabra, amor entregado, avoca al asombro de alegría, el asombro avoca a la confianza, la confianza avoca a la obediencia. Es una entrega que acoge, acepta y asiente a la palabra des-entrañada.

La palabra del padre pasa al corazón de los hijos y el corazón de los hijos se entraña en el corazón del padre. Vida común, vida compartida, que allega, reúne y encamina. En gestos y palabras distintas se expresa una misma entrega, a una sola voz, que se hace coloquio en la mesa y diálogo en el camino. De nuevo la parábola primordial de la familia nos descifra los últimos pasos de la liturgia de la Palabra.

La “obediencia de la fe” al evangelio

“El símbolo o profesión de fe, dentro de la Misa, tiende a que el pueblo dé su consentimiento y su respuesta a la Palabra de Dios, oída en las lecturas y en la homilía” (OGMR 43). Cuando el Señor pregonaba el Evangelio por los caminos, el pueblo se admiraba de su palabra de gracia (p.e Mc 6,2; Lc 4,22). Si la palabra y el signo de su amor eran acogidos, surgía la respuesta de la

infinita confianza (Mc 11,42-52) y los hermanos, rostro a tierra, se entregaban a Él, en absoluta obediencia (Jn 9,35-38). Y cuando los apóstoles, en la Pascua, pregonaban el evangelio del Señor entronizado, la respuesta verdadera de la fe, empezaba por la verdadera alegría, que se hacía infinita confianza y se consumaba en la absoluta obediencia (Lc 24,36.43; Jn 20,19.29). “¡Aquí tienes mis manos!”. “¡Señor mío y Dios mío!” ¡Tú eres mi hermano mayor, tú eres mi Padre!

La fe es así “adhesión personal”, “asentimiento libre” a toda la verdad que el Padre nos ha revelado en el Hijo amado, en la lumbre del Espíritu Santo. El Hijo del Amor (Mc 1,4), que estaba vuelto al seno del Padre, nos ha descifrado su misterio (Jn 1,18). Es el único que podía hacerlo (Mt 11,27). Y al darnos el íntimo y abismal abrazo del Amor, que el Padre le había dado a Él (1Cor 2,10-11), es cuando podemos exclamar, bajo la acción del Espíritu Santo, “Jesús es el Señor” (1Cor 12,3). La fe es gracia (Gal 1,15; Mt 16,17) que mueve el corazón y enciende los ojos y así el asentimiento del entendimiento, movido por la voluntad, atraída por la gracia, se hace entrega de la persona entera. Es Gracia a la gracia de la persona, que no se impone, sino que arrastra, capacita, para dejarse atraer hacia la cruz del Hijo exaltado (Rom 1,5; 16,26).

La economía del misterio desentrañado

“Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,18-20). Los hermanos venían al hogar común del Padre entre los brazos del Hijo, en el aliento del Espíritu Santo. El Amor del Padre, convertido en gracia del Hijo, hecho cuerpo en la comunión del Espíritu (2Cor 13,13). En el abrazo del bautismo se expresaba la fe, confesándola en la fórmula de la comunidad de una manera sencilla. “Fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra glorificación” (Rom 4,25). “El Señor es Jesús, el Cristo, para gloria de Dios Padre” (Fil 2,6-11). Amén. Aleluya Gloria a ti, Señor Jesús.

- Pronto esta confesión de fe de la Iglesia del Señor cristaliza en un “credo” sencillo, que se proclamaba con preguntas en la Vigilia pascual y en el bautismo. La formulación en un texto que llamamos “credo de los apóstoles”, aclama, cuenta, canta, confiesa la obra del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. “Un solo Dios Padre, Todopoderoso, creador”. “Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, concebido por obra del Espíritu Santo, nacido de María virgen. Crucificado, muerto, sepultado, entronizado, juez del por-venir. El Espíritu Santo, en la Iglesia santa y católica, comunión de los santos, parcial ahora, resurrección en vida eterna”. Amén. Desde la Pascua del Hijo del amor se iba descifrando toda la “economía del Misterio” (Ef 1,1-13), del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.
- Pero en el camino de la misión resonaban preguntas inquietantes. Sobre todo una, la principal. ¿Será Jesús, el Hijo de las entrañas del Padre? La Iglesia santa, reunida en cenáculo, al soplo del espíritu Santo, fue traduciendo las aclamaciones del evangelio y de la Tradición viva. Después de los grandes concilios desde Oriente, pasando por Hispania y las Galias, llega hasta Roma el texto del “*Credo de Nicea y Constantinopla*”. Y la Iglesia madre, a la sede de Pedro, le pareció a la luz del Espíritu, que esta aclamación pasara a la celebración eucarística del Día del Señor. Es como una madre que enseña a hablar el lenguaje de la fe, para el amor, en la esperanza. Una casa, un alma, una voz. “Nadie puede tener a Dios por Padre, si no tiene a la Iglesia por madre” (Cipriano).
- Un mismo Padre, un mismo Señor, un mismo Espíritu. ¡Padre Todopoderoso!, creador de todo lo visible y lo invisible. ¡Un solo Dios! ¡Un solo Señor, Jesús, Cristo! ¡Hijo único

de sus entrañas! Engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre. Dios de Dios. Luz de luz (Jn 1,1-18). Todo lo creó el Padre por sus manos. Pero el proyecto inaudito era dárselo para que muriera en la cruz, “por nosotros los hombres, por nuestra salvación”. El “por nosotros” en el madero, ese proyecto eterno, inabarcable. Se hizo hombre, encarnado en María, por obra del Espíritu Santo. “Por nuestra causa” crucificado, muerto, sepultado, resucitado, entronizado. Vendrá en gloria y su reino no tendrá fin. ¡El Padre nos ha dado a su Hijo único en el Espíritu Santo, el “Señor y dador de vida”, abrazo común del Padre y del Hijo, aliento pasado del Padre al Hijo y del Hijo a nosotros! En la única Iglesia, santa, católica y apostólica, en sus sacramentos, perdón de los pecados y transfiguración y configuración gloriosa en el mundo futuro. “Creo”, “creemos”. En la voz unánime de la iglesia. Así mantenemos la “llama de la fe” para el “misterio de la fe”. En respuesta, en purificación, en entrañable y viva comunión universal.

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 9/7/ 2000.*

10. La oración común de los fieles

Palabra viva: Hechos 4,23.21

SC: 53

OGMR: 44-47

OLM Introducción Leccionario 30-31

Casi siempre los hijos llegan a la mesa de la familia con los ojos vueltos a su propio corazón, pendientes cada uno de sus propios problemas y esperanzas. Pero poco a poco la conversación que mantiene el padre con ellos va cambiando su posición tan individual. La palabra que se entrega en la mesa es amor. Si los hijos deciden abrir las manos para confiarse y entregarse a este amor que los sobrepasa, entonces se iluminan sus ojos y se enciende su corazón. El amor, fuego ardiente y luminoso, les va ensanchando el corazón y les va enraizando el corazón y les va levantando el corazón. Entran a los problemas y esperanzas de la familia común, a hacerse cargo de las inquietudes del camino común, y se allegan al padre, a sus mismas manos, para responsabilizarse de la aventura común. De oyentes se hacen suplicantes y oferentes.

La oración común de los corazones ensanchados

La Constitución sobre la Liturgia del Concilio Vaticano II nos devolvió “la oración común” de los fieles”, de los tiempos más antiguos. “Debe restablecerse “la oración común” de los fieles después del evangelio y la homilía, sobre todo los domingos... para que participando el pueblo en ella, se hagan peticiones por la santa iglesia, por los gobernantes, por los que sufren cualquier necesidad, por todos los hombres y por la salvación del mundo entero” (SC 53).

El día del Señor se reúnen los hermanos en una casa, se proclaman los escritos de los profetas y los apóstoles. El que preside invita a los hermanos a realizar aquellas palabras. “Seguidamente nos levantamos todos a una y elevamos nuestras preces, “oraciones en común por nosotros mismos y por todos los demás esparcidos por todo el mundo” (Justino, Apol. 67.65; Clem. 1Cor 59-61; Mart. Ponjc 8,1; Tertuliano Apol. 39,2-5). “Para nosotros la oración es pública y común; cuando nosotros oramos, no oramos solamente por uno, sino por todo el pueblo, porque nosotros que formamos un pueblo somos un solo cuerpo. El Dios de la Paz y el Señor de la

concordia nos ha enseñado la unidad: Él ha querido que cada uno de nosotros ore por todos, como él nos ha incorporado a todos en si solo” (Cipriano. Orat. Dom. 8,9-11).

En la mesa común, cuando el Señor nos entrega su Palabra, toda su historia de Amor, Fuego vivo, ardiente y luminoso, Espíritu Santo, nuestros corazones se ensanchan. Si nos entregamos a Él, a su evangelio, en la obediencia de la fe, entramos a su oración universal. En el día del Señor, en aquella mesa tan grande como el mundo, todos los hermanos son invitados a orar por toda la iglesia, extendida por toda la tierra, por todos los hombres, por la salvación del mundo, especialmente por los responsables de la justicia en las naciones, por todos los pequeñas y pobres que sufren el apremio de tantas necesidades, y por fin por la asamblea de la iglesia en aquel lugar, presencia de la iglesia una, católica y apostólica (OGMR 44-47).

La oración común de los corazones enraizados

La liturgia de la Palabra tiene su parte principal en las lecturas de la Escritura santa. Pero “la homilía, la profesión de fe y la oración universal, u oración de los fieles, la desarrollan y concluyen”. Es Cristo, el Señor, en medio de nosotros el que nos descubre “el misterio de la redención y de la salvación” y nos lo ofrece como “alimento espiritual” (OGMR 33). La comunidad ora su oración común, después de haber hecho suyo el misterio con los cantos, después de haberse entregado a Él en la profesión de fe. “Una vez nutrido con la palabra” se pone en pie con corazón ensanchado y enraizado. Él, el Fuego de la palabra, en su amor iluminado. “A la luz de la Palabra de Dios, a la que en cierto modo responde” (OLM 36).

La palabra proclamada es memorial que se hace presente. El amor que el Padre nos entrega dándonos a su Hijo en el Espíritu, el misterio de su reino, de la iglesia, de su camino. Aquí y ahora, en estas circunstancias del universo, de la humanidad, de la historia, en este instante de su iglesia amada, de los pequeños de su benevolencia. Así la palabra que nos enraiza en las entrañas de Cristo y en el latido de su corazón, nos entraña por él y con él y en él, en las entrañas de este “instante” de la historia de la humanidad y del universo. La oración universal, “adaptada a las particulares circunstancias” (Actno Pas 6b), en la brecha de la nueva creación en la historia (Rom 8,18-30; Act 4,32-33; Fil 4,4-9; 1Tim 2,1-8). Dirigiendo la mirada al Señor, pues vemos romper el día sobre su hermoso rostro (Agustín. Ser. 100/362//34.192, 272...).

La oración común de los corazones levantados

“En la oración universal... el pueblo, ejercitando su oficio sacerdotal, ruega por todos los hombres” (OGMR 45). El Espíritu, Fuego vivo que ensancha y enraiza los corazones de todos los hermanos, en la asamblea, los levanta en asamblea a la misma oración sacerdotal del Señor (Hb 9,11-14; 4,4-16; Jn 17, 1-26).

En el bautismo y en la confirmación el Padre nos ha incorporado a su Hijo, el Ungido, por el Espíritu Santo y hemos entrado a formar parte de su pueblo, siendo para siempre miembros de Cristo, sacerdote, profeta y rey (RB 263). La iglesia, es el cuerpo de Cristo, el gran pontífice de la humanidad. El cordero degollado ha comprado para Dios con su sangre “un reino de sacerdotes que reinan sobre la tierra” (Ap 5,9-10). “Linaje elegido, sacerdocio real” (1Ped 2,9). La oración común es propia no solo de los laicos, sino de todos los fieles consagrados y ungidos en el Único y eterno Sacerdote. Entrar con él, a su intercesión, a la derecha del Padre, por la vida del mundo (Rom 8,34; Heb 7,25; Rom 12,1). En este sacerdocio real y ministerial, son todos enviados a proclamar el evangelio, pero antes a asociarse a la ofrenda y a la intercesión del Apóstol y Sacerdote de nuestra confesión (Heb 3,1). Presentar al Padre, por manos de su Hijo, en la unidad del Espíritu los gritos y esperanzas de toda la humanidad, compartiendo la solicitud del

Sacerdote misericordioso y fiel, de la Nueva Alianza, participando en su misma misión, para entregar con él, la vida por la salvación del mundo.

Así la oración universal, final de la liturgia de la Palabra se hace umbral de la liturgia eucarística para pasarnos juntos con el Señor a sus manos, y salir después a las mismas huellas de sus pies heridos (OLM 30).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 16/7/ 2000.*

11. La preparación de los dones (ofertorio)

Palabra viva: 1Ped 2,4-10

OGMR: 48-53/ Dominicae cenae 9

CEC 789, 901. 350-351

La cena de la familia comienza con una conversación, pero su centro es el gesto de partir el pan. En realidad, de verdad, es el padre el que se saca el pan de su cuerpo y lo entrega en el sacrificio de sí mismo. Pero también los hijos llevan el pan a la mesa. Al ver la historia del amor, contada y ofrecida ante sus ojos, su corazón se llena de alegría y sus manos se abren. No hace falta pedirles el pan, ellos mismos desde su corazón ensanchado lo presentan en la mesa. Pero ¿qué contiene este pan? En primer lugar las ofrendas de su propia vida, de su camino, de su trabajo. Ofrendas de sí mismos, que ponen en manos del padre para que lo junte con su pan y la haga su misma ofrenda por todos. Pero, además, en segundo lugar, ofrecen sus bienes. No ofrecerían del todo lo que son si no ofrecieran lo que tienen. Sus bienes, para que el padre lleve adelante la familia grande y la casa común y sobre todo para que cuide de los hermanos más pequeños y más desvalidos. Ofreciendo su vida y sus bienes llegan a ser de verdad hijos y hermanos mayores, responsables, entregados en el mismo gesto de sacrificio del padre, en su misma ofrenda.

El don de lo que somos

En la última cena, Cristo el Señor, instituyó el sacrificio y el banquete pascual, el mismo que realizó en la cena, el mismo que en memorial realiza en la mesa de la iglesia cuando el sacerdote, que representa a Cristo el Señor, realiza lo mismo que hizo él y que encargó a sus discípulos que hiciera (SC 47). Después de la liturgia pascual de la palabra se realiza la liturgia eucarística pascual. Estamos en la mesa del Señor, mesa de la palabra, que se hace pan. El primer gesto del Señor fue tomar el pan y el cáliz en sus manos. Por eso “la preparación de las ofrendas” (ofertorio) es “llevar al altar el pan y el vino con el agua, es decir los mismos elementos que Cristo tomó en sus manos” (OGMR 48,1). El sacerdote pone sobre la mesa la patena y el cáliz, pero el pan y el vino lo ofrece la asamblea de los hermanos, en procesión, con cantos de alegría para preparar la “ofrenda espiritual”.

- Al principio los hermanos traían el pan y el vino de la propia mesa, para pasarlo a manos del Señor, en su mesa grande y compartida. En el pan está el universo de la tierra y los cielos, y está la humanidad que los trabaja para hacerlos casa común. Es el fruto de la tierra y del trabajo compartido. En el pan está el universo de la tierra y los cielos, y está la humanidad que los trabaja, para hacerlos casa común. Y está el esfuerzo de estas manos que han sacado el pan de la tierra, con su sacrificio. Pues todo ello es una bendición del Padre que nos dio la tierra y la comunidad y la fuerza de las manos. Lo recibimos de su generosidad y ahora lo pasamos a manos del Hijo

primogénito para que derribe el muro con su pan de vida. Muchos granos triturados, un pan único, que sus manos transustanciarán en su cuerpo roto y partido.

- Pero además ofrecemos el vino, también “fruto de la vida y del trabajo del hombre”. Pero ¿por qué ponemos en el vino unas gotas de agua? Para expresar que nuestra vida entera pasará a la suya, para que la entregue Él en sacrificio. Es un “admirable intercambio”, este misterio del agua y del vino. Él nos dio lo suyo y tomó lo nuestro. Tomó todo lo nuestro para darnos todo lo suyo. El pequeño gesto del agua unida al vino, adentrada, acogida y transfigurada en el vino es “signo de nuestra participación en la vida de Aquel que ha querido compartir nuestra condición humana”. “Admirable intercambio”. Le pasamos nuestra misma vida para que Él mismo entregue la suya, entregándonos en su cuerpo y sangre. Mesa que derriba el muro y arranca las cadenas, “bebida de salvación”.

El don de lo que tenemos

“Pero también se puede aportar donaciones para los pobres o para la iglesia” (OGMR 48). En cuanto a la colecta a favor (de los pobres) de entre los santos... (en el día del Señor, el domingo) los “primeros días de la semana” cada uno de vosotros deposite lo que haya podido ahorrar” (1Cor 16,1-2; 11,17-32; 2Cor 8,1-9,5). Al ver que el Señor se entrega en la mesa “su cuerpo por nosotros”, “la nueva alianza (sellada y entregada) en su sangre”, los primeros hermanos se asombraban de su amor. “Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza” (2Cor 8,9). En esta entrega abismal de su amor, consumada en la cruz, se nos entrega en la mesa, entrañándonos en su propio cuerpo, haciendo un cuerpo mismo, concorpóreos, miembros unos de otros, en un mismo Espíritu.

- Entonces este misterio de amor, ensancha las entrañas y nos hace sentir el dolor y la carencia de los pobres. Se hace posible que nos pasemos a su orilla y midamos nuestras necesidades desde las suyas. Así, cada domingo, se puede aportar para ellos, a la mesa, no solo lo que nos sobra, sino hasta lo que necesitamos para vivir. Y no solo para los pobres de cerca, sino los del lejos, más cerca todavía en las entrañas.
- Al tiempo, la asamblea de hermanos, aparece en realidad como nuestra propia familia, derribando todas las barreras, en esta mesa que va a tener sobre ella el pan de vida” y el “cáliz de salvación”. Las necesidades de la iglesia local, en la que se hace presente la iglesia una, santa y católica, resuenan en el corazón de las entrañas del Señor. Y lo que parece imposible, se hace irremediable, la comunión de dones y de bienes, nacida y avocada a la comunión de vida, en un “solo corazón y una sola alma” (Hech 2,42-47; 4,32).

Pero esta ofrenda de los bienes, para los pobres y para la iglesia, debe colocarse fuera del altar. En realidad estamos preparando solo el memorial del Señor, comenzamos a asociarnos a su ofrenda. Pero la única ofrenda será la suya en el memorial, con el pan y la copa que le ofrecerán nuestras manos. De ahí parte todo, como única fuente.

Para pasarnos a su misma ofrenda

En torno a la misma mesa, todos en torno al Unigénito, convertido en Primogénito. Todos hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano, herederos en el Heredero, sacerdotes en el Sacerdote, víctimas en la Víctima. Los sacramentos de la iniciación, en un distinguir para unir, han hecho

posible que todos los hermanos sean sacerdotes con el sacerdocio real, unidos y distintos, de los apóstoles, sacerdotes con el sacerdocio ministerial, que obran en la persona de Cristo cabeza, cabeza del universo en la iglesia. Todos aquellos que participan de la eucaristía, sin sacrificar, como el sacerdote, ofrecen con él, en virtud del sacerdocio común, sus propios sacrificios espirituales, representados en el pan y el vino, desde el momento de su presentación en el altar.

El pan y el vino se convertirán, en cierto modo, en símbolo de todo lo que lleva la asamblea eucarística por sí misma”. En ofrenda al Padre, por el Hijo, en la unidad del Espíritu Santo (Dominica cenae 9). “Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación consagrada”. “Sacerdocio santo para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por mediación de Jesucristo” (1Pe 2,9.39; Ef 2,20.22; Apoc 1,6; 5,10). El pueblo santo, pueblo sacerdotal, consagrado por el sacerdocio real, ofrece todo su camino en el mundo “con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la eucaristía uniéndolo a la ofrenda del cuerpo del Señor (LG 34; Cf LG 10). ¡Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro, pase a las manos del Hijo, en su misma ofrenda, en la misma fuerza del Espíritu Santo, en la Anámnesis!

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 30/7/ 2000.*

12.La plegaria eucarística

PLEGARIA EUCARÍSTICA II

El misterio de la Plegaria eucarística.

1. Prefacio. Acción de gracias.
2. Epiclesis. Invocación al Espíritu Santo.
3. Institución y consagración. Proclamación.
4. Anámnesis. Memorial
5. Ofrenda.
Epiclesis, invocación al Espíritu Santo.
6. Intercesiones. Nuestros hermanos: los santos, los vivos y los difuntos
7. Doxología. Gloria al Padre, por el Hijo en el Espíritu Santo.

13.El canto de la alabanza agradecida (prefacio)

Palabra viva: Col 1,11b-20

Plegaria Eucarística II (Hipólito) y IV (San Basilio)

OGMR: 54-55b.

CEC: 1352. 559

En muchas de nuestras familias, al comenzar la cena, el padre “bendice la mesa”. También en el pueblo de la antigua alianza, el padre de familia, en la cena, hacía una alabanza, acción de gracias, seguida de la súplica (birkat ha-mazon). Pero sobre todo en la cena pascual. Se bendecía al Señor, al partir el pan. Y, sobre todo, al terminar la cena, se le bendecía por las maravillas de compartir el vino. Era la gran plegaria de bendición (berakah). Por eso “el Señor Jesús, en la noche en que fue entregado (1Cor 11,23a), levantó los ojos al Padre, con el pan y la copa en sus manos. Tomó el pan y pronunció la bendición...”. “Tomó luego la copa y dio gracias” (Mc 14,22a.23).

Por eso los primeros hermanos al celebrar “el memorial del Señor” en la mesa de la pascua nueva, comenzaban la plegaria eucarística con una oración de alabanza y acción de gracias, de alabanza agradecida. El apóstol presidía, configurado con el Señor, para dejar pasar su presencia, del Hermano mayor, cabeza de familia, de la casa y del camino. Así, el sacerdote proclama esta bendición al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. “El sacerdote invita al pueblo a elevar el corazón hacia Dios, en oración y acción de gracias, y se asocia a la oración que él dirige, por Jesucristo a Dios Padre” (OGMR 54).

En la comunión universal de la iglesia

En torno a la mesa del Padre, encabezada por el Hijo, en el aliento del Espíritu, está toda la familia reunida. Todos son hijos y hermanos y herederos. Todos son “la nación santa”, “el sacerdocio real”, el “pueblo adquirido por Dios”, para cantar las maravillas (1Ped 2,9). ¿Cómo apiñarse todos juntos, en torno al Hijo Primogénito, juntos el apóstol y la comunidad? ¿Cómo podrá el apóstol invitar a los hermanos a que se asocien vivamente al Hermano mayor, que es el Sumo y eterno Sacerdote? ¿Y cómo podrán los hermanos, invitar al sacerdote, icono del Primogénito, a asociarse vivamente al Hijo único del Amor?

En un diálogo. Por eso comienza el Prefacio con un diálogo entre el “presidente” y la “asamblea”. Diálogo en tres momentos. Un saludo: “El Señor esté con vosotros”, “y con tu Espíritu”. El Señor ya está con nosotros. Que le acogamos para que de verdad esté. Que lo acogamos todos. Y que el sacerdote le acoja también con el corazón. Una invitación: “¡Levantemos el corazón!”, “¡Lo tenemos levantado hacia el Señor!” ¡Qué admirable! El Señor que preside la mesa, aquí en las “bajuras” está al tiempo en las “alturas”, a la derecha del Padre, con gloria (Rom 8,32-33; Col 3,1; Heb 7,25). Un encargo: “¡Demos gracias al Señor, nuestro Dios!” “¡Es justo y necesario!” El Apóstol invita a la comunidad de los hermanos a decir y a hacer la “eucaristía”. La plegaria es una acción de gracias, memorial de la Pascua del Hijo. Es digno, es justo. Merece en justicia toda alabanza. Es necesario para que en Él existamos. Es necesario entrar con Él a su travesía, al paso de este mundo al Padre (Jn 13,1). A la consumación victoriosa de su amor en nosotros, para la alegría, salvación y bienaventuranza del mundo entero.

Proclamamos la acción de gracias en la bendición de alabanza a la GLORIA DE LA GRACIA

Llamamos prefacio (pre-fari/pro-fari) a esta gran alabanza. Nuestra palabra significaría, en primer lugar, pro-clamación, una aclamación ante todo el universo, toda la humanidad, toda la historia. Proclamación que después se realiza en memorial. Toda la plegaria eucarística es una bendición, una acción de gracias. Acción de gracias (que se expresa ante todo en el prefacio) en la que el sacerdote, en nombre de todo el pueblo santo glorifica al Dios Padre y le da gracias por la obra de la salvación o por algunos de sus aspectos según el año litúrgico (OGMR 55).

Y nosotros respondemos a esa bendición descendente con la bendición ascendente: al Padre, por el Hijo, en el Espíritu (Ef 1,3.14). “En alabanza a la gloria de su gracia”. “De gloria en gloria” (2Cor 3,18). Nos entregó a su Hijo, en la pascua de su cruz gloriosa (Fil 2,6-11). “Para gloria de Dios Padre”. El Hijo entregado “para manifestarnos la gloria del Padre”, para que aclamemos con Él la gloria del Padre. La bendición es una glorificación. A la glorificación descendente respondemos con una glorificación ascendente. De la gloria de la gracia a la humilde y gozosa Acción de Gracias.

- “En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias, PADRE SANTO, siempre y en todo lugar” (PE II). “Tú eres el único Dios verdadero y vivo, que

existes desde siempre y vives para siempre, luz sobre toda luz". "Tú eres bueno y la fuente de la vida".

- "Por JESÚS, CRISTO, TU HIJO AMADO". Por manos de tu Hijo nos has dado toda la creación. "Por él que es tu Palabra, hiciste todas las cosas" (PE II), "para colmarlas de tus bendiciones y alegrar su multitud con la claridad de tu gloria" (PE IV). Por manos de tu Hijo, "a imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero". Pero, sobre todo, por manos de tu Hijo, nos has dado toda la reconciliación, toda la salvación. Hecho hombre en las entrañas de María la Virgen, "compartió en todo nuestra condición humana, menos en el pecado. Anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo" (PE IV). Para cumplir todo el encargo "El mismo se entrega a la muerte". "Él en cumplimiento de tu voluntad, "extendió sus brazos en la cruz", y entre sus manos nos pasó en su muerte, para manifestar la resurrección de la creación nueva, nuestra y cósmica, que ya ha empezado y se consumará" (PE II).
- En el ESPIRITU SANTO. Así tu hijo, "nuestro Salvador y Redentor", el Señor que es el Espíritu, la fuente de toda santidad, entre sus brazos extendidos en la cruz, "adquirió para ti un pueblo santo" (PE II). "Y porque no vivamos ya para nosotros mismos, sino para Él, que por nosotros murió y resucitó, envió, Padre, desde tu seno, al Espíritu Santo", primicia en nosotros, para incendiar el universo, "llevando a plenitud su obra en el mundo" (PE IV).

Aclamamos a coro el Paso del Fuego

"Aclamación: con ella toda la asamblea, uniéndose a las jerarquías celestiales, canta o recita el Santo". La alabanza, la glorificación, la acción de gracias al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. ¡Santo, Santo, Santo! Ha comenzado ya el reinado del Hijo, Hijo del Hombre. Ya el Universo se ha llenado del Fuego (Is 6,3; Ez 10; Dan 10; Ap 4,8-10). Avanza incontenible la gloria de la gracia entre las manos del Primogénito que preside esta mesa. "Bendito el que viene y vendrá (Mt 21,9; Sal 117,26) Aclamación de toda la iglesia, de toda la humanidad, de todo el universo. "Constituye una parte de la PE, la proclamación de todo el pueblo con el sacerdote" (OGMR 55b).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 13/8/ 2000.*

14. Súplica ardiente del Espíritu Santo (Epiclesis 1)

Palabra viva: Hechos de los apóstoles 2,1-11. 22-24. 32-36

Plegarias eucarísticas: I, II, III, IV, V; P. Reconciliación I, II: Plegaria niños I, II

OGMR: 55

CEC: 1353ª

El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, se entregó a sí mismo en el pan partido, su cuerpo entregado, y en la copa ofrecida, su sangre derramada. Pero en este mismo gesto de su entrega, hizo un encargo a sus apóstoles: "Haced esto en memoria mía, en memoria de mí" (1Cor 11,24; Lc 22,19b). Más, ¿cómo es posible que tengamos sobre la mesa su mismo Cuerpo enclavado en la cruz y la misma sangre de sus heridas? Parece realmente imposible. A nosotros

nos es imposible. Es la misma palabra que salió de los labios de la Virgen María ante el anuncio del Ángel. “Concebirás en tu seno y dará a luz a un hijo”. Jesús, el Hijo del Altísimo”. La Virgen se veía con las manos vacías. Pero el Ángel le respondió: “Para Dios no hay nada imposible”. “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del altísimo te cubrirá con su sombra”. Sí, en tus entrañas, entre tus manos estará “el Santo”, el “Hijo de Dios” (Lc 1,32-33.35-37).

Así ahora, ¿Cómo es posible que haya manos para entregar el pan y la copa del Señor? ¿Cómo es posible que el pan y la copa sean entre estas manos el “Cuerpo entregado” y la “Sangre derramada” del Hijo del Amor? Solo es posible si el Padre, por manos de su Hijo, nos entrega el Espíritu Santo, aliento común del uno y del otro. Por ello solo es posible por la mediación de su Hijo, el “único mediador entre Dios y los hombres. Cristo Jesús, hombre también” (1Tim 2,5; 1Cor 8,6; Heb 8,6). Por eso en el sacramento del orden hay “una súplica ardiente del Espíritu Santo” para que el aliento suyo consagre las manos de sus apóstoles para “actuar en la persona de Cristo”. Así, también ahora. En la “Epiclesis”, la súplica ardiente para “consagrar” el pan y la copa. “Con ella, la iglesia, por medio de determinadas invocaciones, implora el poder divino para que los dones, que han presentado los hombres, queden consagrados, es decir, se conviertan en el Cuerpo y Sangre de Cristo” (OGMR 55c1).

1.- El Padre, manantial del Fuego

En obediencia al mandato del Señor, reproduciendo sus mismos gestos, la iglesia, encabezada por los apóstoles, en quien el Primogénito se hace presente, eleva al Padre una súplica ardiente “para que haga eficaz las palabras y los gestos del memorial mediante la acción del Espíritu Santo”. Así se consagrarán el pan y el vino y se convertirán en “el Cuerpo y la Sangre de Cristo”. La aclamación final del Prefacio cantaba al Padre, como manantial del Fuego, como Fuego mismo de la santidad. “Santo, Santo, Santo”. Por eso continúa la Plegaria, “Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad” (PE II). “Santo eres, en verdad, Padre” (PE III). El sacerdote proclama, en proclamación solemne, la hondura del Misterio, que parte del Padre y al Padre conduce. “Para nosotros no hay más que un solo Dios, el PADRE, del que proceden todas las cosas” (1Cor 8,6a; Rom 11,36), el Padre de nuestro Señor Jesús Cristo (2Cor 1,3; Ef 1,3; 1Ped 1,3), Padre nuestro, Padre de todos (Ef 4,6). El único Dios vivo y verdadero (1Tes 1,9b; Jn 17,3a), quien en realidad merece tan solo el nombre de Padre (Mt 23,9), ya que por medio de su Hijo único es el origen de toda paternidad en el cielo y en la tierra (Ef 3,14-15). Él es el amor mismo (1Jn 4,8b. 16a), el memorial del Fuego. “Porque tú eres el único Dios vivo y verdadero, que existes desde siempre y vives para siempre”. Tú, “luz sobre toda luz”. Tú, “el único bueno”, la “fuente de la vida” (PEII).

2.- Fuego a través de las manos de su Hijo

“Te glorificamos, Padre Santo, porque estás siempre con nosotros en el camino de la vida, sobre todo cuando Cristo, tu Hijo, nos congrega para el banquete pascual de su Amor” (PE V), Estamos sentados, efectivamente, en torno a la mesa que el Padre preside en su Hijo, sentado a su derecha, en el aliento del Amor, uno y único Espíritu (2Cor 13,13). Un único Padre, un único Hermano, un único abrazo de Amor” (Ef 4,3-6). Todo el misterio del Padre se nos da por manos del Hijo, en el aliento del Espíritu Santo” (1Cor 8,6; Ef 1,3-14). Todo pasa por sus manos heridas y encendidas.

- “Por Jesucristo, tu Hijo, Señor, nuestro con la fuerza del Espíritu Santo, das vida y santificas todo”. Toda la creación por manos del Hijo, en el Fuego del Espíritu. Toda la santificación, toda la redención, toda la reconciliación, toda la nueva creación, por manos del Hijo en el Fuego del Espíritu (PE III).

- Tanto amaste al mundo, Padre Santo, que en la plenitud de los tiempos nos diste a tu Hijo, encarnado en las entrañas de María, la Virgen, por “obra del Espíritu Santo”. Hermano entre hermanos, en todo semejante a nosotros, menos en el pecado. El Ungido para anunciar el evangelio a los pobres inaugurando el Reino (PE IV. Vc. PN I-II. Mesa puesta a todos, desde los últimos y pecadores.
- El Hijo del Amor, que en el aliento del Espíritu “se entregó el mismo a la muerte” (PE IV) y “extendió sus brazos en la cruz”, para inaugurar la resurrección en la nueva creación (PE II. PR I). Brazos extendidos, “signo indeleble de tu alianza”. Primicias del Espíritu en su iglesia, pueblo santo, tienda del Fuego (PE II. III), para prender de Fuego el universo (PE IV. PR II. PE III), hacia la entera recapitulación.

¡Qué bien se entiende la súplica ardiente del Espíritu! “Por eso, Padre, te rogamos que ESTE MISMO ESPIRITU, santifique estas ofrendas” (PE IV). “Te pedimos que santifiques estos dones, con la efusión de tu Espíritu” (PE II), “estos dones que hemos separado para ti” (PE III), “este pan y este vino” (PE V). “Padre misericordioso, te pedimos humildemente, por Jesucristo, tu Hijo que aceptes y bendigas estos dones, oh Padre, esta ofrenda, haciéndola perfecta, espiritual, y digna de ti” (PE I).

3.- Fuego entre las manos mismas de su HIJO

Del Padre, por manos del Hijo, entre las manos del Hijo, en su travesía pascual, memorial que atraviesa el tiempo y se nos hace presente. “El Hijo, cuando iba a ser entregado a su Pasión, voluntariamente aceptada” (PEII). La mesa que se convirtió en cruz y ahora se ha convertido en mesa. Estamos pues en el misterio abismal de su entrega, “en la noche en que fue entregado” (PE III), cuando “tomó este pan” y “este cáliz glorioso” en “sus santas y venerables manos” (PE I).

Esta es la hora en que vamos a celebrar “el gran misterio que no nos dejó como alianza eterna”, cuando “fue glorificado por ti Padre Santo”, cuando “Habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo” (PE IV). Esta es la hora, cuando en el exceso del Amor, “tu Hijo, el único justo, se entregó a sí mismo en nuestras manos para ser clavadas en la cruz” (PR I). Esta es la hora de la victoria, de la reconciliación, de las manos encendidas de tu Hijo; la reconciliación perfecta contigo, con todos los hermanos y con todas las criaturas. “Haz que por la fuerza de tu ESPIRITU este pan y este vino sean para nosotros el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo resucitado (PN I), “tu Hijo amadísimo (texto latino PE I), Jesucristo nuestro Señor”, “en quien nosotros somos hijos tuyos” (PN I).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 20/8/ 2000.*

15. “Mi cuerpo entregado por vosotros” (Institución/consagración)

*Palabra viva: Marcos 14,22-25.
SC: 2.47; LG: 3.28; PO: 13; UR: 2
OGMR: 55; Dominicae Cena: 9;
CEC: 1356-1376*

El centro de la cena de familia es la entrega del pan que el padre entrega y ofrece a sus hijos en torno a la mesa. El pueblo sencillo explica este gesto diciendo; “el padre se saca el pan del cuerpo”. Todo su camino de amor en sacrificio, se hace pan partido “por ellos”. La mesa es, en realidad, una mesa de sacrificio, que se convierte en mesa de banquete, de convite. Es que en este pan se entrega él mismo a sí mismo, en el aliento de su amor, con todo su amor.

Este fue el signo que el Señor tomó en la cena pascual, antes de padecer. Estamos en la “narración de la institución”, “En el relato de la institución, la fuerza de las palabras y la acción de Cristo, y el poder del Espíritu Santo, hacen sacramentalmente presentes, bajo las especies de pan y del vino, su Cuerpo y su Sangre, su sacrificio ofrecido en la cruz, de una vez para siempre” (CEC 1353).

El mismo Señor está a la cabecera de la mesa que se convirtió en cruz, que se entregó en la mesa. En las mismas palabras, con los mismos gestos. Con la misma ofrenda, en el mismo sacrificio, “se realiza el sacrificio que el mismo Cristo instituyó en la última cena, cuando en las especies de pan y de vino ofreció su Cuerpo y su sangre y se dio a los apóstoles en forma de comida y bebida” (OGMR 55d).

1.- “En la noche que fue entregado”

“Porque él mismo, llegada la hora, en que había de ser glorificado por ti, Padre Santo, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (PE IV). “cuando nosotros estábamos perdidos y éramos incapaces de volver a ti, nos amaste hasta el extremo. Tu Hijo, que es el único justo, se entregó a sí mismo en nuestras manos, para ser clavado en la cruz. Pero antes de que sus brazos extendidos en la cruz trazasen el signo indeleble de tu alianza, quiso celebrar la Pascua con sus discípulos” (PR I). Era la “víspera de su pasión” (PE I), cuando “el mismo iba a entregar su vida por nuestra liberación, estando sentado a la mesa” (PR II); “mientras estaba a la mesa con sus discípulos” (PE V).

El apóstol Pablo lo expresa en toda la altura, hondura y anchura. “El Señor Jesús, en la noche en que fue entregado” (1Cor 14,23b). En esta palabra se nos da y se nos dice toda la historia de la salvación, historia de misericordia entrañable del Padre con toda la humanidad, con todo el universo, con toda la historia. El Padre nos entregó a su Hijo único y amado, para que vivamos por medio de Él (Jn 3,18; 1Jn 4,9; Rom 5,8; 8,32). Lo puso en nuestras manos y nosotros pudimos entregarlo. Nosotros lo entregamos (Mc 14,42-15,32; Hech 3,14; 4,10; 5,30). Entonces, abandonado del Padre y rechazado por nosotros, Él mismo se entregó a sí mismo (Mc 15,33-34; Jn 13,1; Gal 1,4; Ef 5, 2.25; 1Tim 2, 6; Tit 2,14). Así llegó a la consumación del Amor. Nos entregó el mismo aliento del amor que el Padre le dio para que nos lo diera. Levantado sobre la tierra, todo le fue entregado a sus manos (Jn 3,14; 12,3; 17,2; 19,28). “Está consumado”, e inclinando la cabeza entregó el espíritu (Jn 19,30). La cruz gloriosa es el trono convertido en la sede de la mesa. “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28,18; Cf. 11,27; Jn 3,35; 7,14; Ap 12,10). “Porque Él mismo, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y dando gracias te bendijo” (PE III). La plegaria eucarística continúa siendo proclamada ante el Padre, hacia el Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo.

2.- Dando gracias, partió el pan

En el icono del apóstol, es el mismo Señor, el que preside la mesa. El Hijo amado, el entregado, el que se entregó. “El que murió, más aun el que resucitó, el que está sentado a la diestra de Dios, e intercede por nosotros” (Rom 8,34). Con los ojos levantados al Padre y las manos extendidas a los hermanos. Es una alabanza, convertida en ofrenda. “Dando gracias te bendijo” (PE III). “Tomó pan en sus santas y venerables manos y, elevando los ojos al cielo, hacia ti, Dios,

Padre suyo todopoderoso, dando gracias te bendijo” (PE I). “Proclamando tu misericordia” (PR II). Efectivamente, “cuando estaba sentado a la mesa con sus discípulos, tomó pan, (y) dijo una oración para bendecirte y darte gracias” (PN I). Es la bendición ascendente, en acción de gracia, en alabanza al Padre, por todo lo que hizo por nosotros a través de sus manos: la creación, la redención, la santificación (CEC 1359-1361). Toda la misericordia entrañable, que fue toda ella una pascua, se consumó en la “pascua”, centro y cumbre, anticipo de la parusía.

Toda el gesto de su entrega sacrificial para volvernos al Padre, con él, en la misericordia de la filiación, la fraternidad y la herencia. Toda la entrega con que él mismo se entrega a si mismo se hace presente en el pan que nos parte. La cena del Señor es el memorial único y permanente de su entrega pascual. El gesto del padre de familia, es el signo que lo expresa mejor. Con los ojos levantados al Padre, extendidas las manos “lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo; “tomad y comed, todos de él, porque esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros” (Cf. 1Cor 11,24a; Mc 14,22; Mt 26,26; Lc 22,19; Jn 6,51b). “Este”, este pan que tengo en las manos es “mi Cuerpo”. “Mi Cuerpo por vosotros” (1Cor 11,24a). “Mi cuerpo” (Mc 14,22; Mt 26,26). “Mi Cuerpo por vosotros” (1Co 11,24a). “Mi cuerpo, por vosotros, dado” (Lc 22,19). El gesto mismo, la palabra misma, entrega y expresión con el pan, el “amor sacrificado, inmolado” (“por), ofrecido como regalo y donación, entrega de sí mismo, en todo el amor, con todo el Amor. El “Aliento”, en el cuerpo roto y la sangre vertida” (Jn 19,30.34).

3.- “Tomad, comed. Mi cuerpo por vosotros”

“Cuerpo/Soma/Sarks) es la persona entera, en comunión, en inmolación. El hombre es “barro autónomo”. El aliento que hace vivo el cuerpo, le convierte en persona, que tiene corazón y existe para darse y hasta para darse a la muerte de amor. Este cuerpo de carne (espíritu encarnado, carne espiritualizada) está sellado por la imagen del Padre en su constitución personal de “serse para darse” y llevar a plenitud la familia y la casa (Gen 1,26-29; 2,7; 1Cor 15, 45). Entonces el hombre, como cuerpo que es, existe en camino, en historia. En el cuerpo, en camino, existimos toda la historia humana y cósmica, en la pequeña senda que recorreremos. Pero el cuerpo es frágil, quebradizo, vulnerable, avocado a la muerte, expuesto a la muerte. Este hecho posibilita al hombre una experiencia inaudita: ofrecer el cuerpo en sacrificio, gastarse y desgastarse por amor, dejarse asesinar por amor, morir en verdad de amor.

Toda la historia humana tiene en el cuerpo la posibilidad de la “inmolación en representación”. Más el Hijo del Amor pudo en el cuerpo entregarse en “expiación”, “mi Cuerpo por vosotros” (1Cor 11,24a). Así de sencillo: “mi Cuerpo”, en inmolación de representación. “Por vosotros”, mi Cuerpo en expiación. La palabra “dado” (didómenai) (Lc 29,19), desentraña la entrega como gesto de amor, como el amor mismo. El pan es el Aliento mismo del Señor. El pan está alentado en el Espíritu, el pan y la copa son Espíritu Santo (1Cor 10,3; 12,13b).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 27/8/ 2000.*

16. “Mi sangre, derramada por vosotros” (Institución /consagración)

Palabra viva: 1Corintios 11,23-27

SC: 2.47; LG: 3.28; PO: 13; UR: 2

OGMR: 55d

CEC: 1356-137; Dominicae cenae 9

El Señor comenzó su cena pascual con el gesto de su entrega en el pan partido. Levantó los ojos al Padre, dándole gracias, bendiciéndole, al tiempo que extendía las manos a los hermanos, dándoles su pan. Pero la cena pascual terminaba con la última bendición, más alta y más ancha, al tiempo que el padre de familia ofrecía a todos la única copa de vino, “la copa de la bendición” (1Cor 10,16a).

Por ello, el Señor, “asimismo, tomó el cáliz después de cenar” (1Cor 11,23a), “y dando gracias se lo dio” (Mc 14,23a; Mt 26,27a). El Señor, el Hijo amado del Padre, es al tiempo el Primogénito, es Hermano mayor, en el puesto del Padre. Por eso “levantó los ojos al cielo” (Jn 17,1). Su palabra al Padre es una bendición ascendente, que bendice toda la gracia del Padre, en la historia santa (Ef 1,1-13), gracia de la creación, recreada e innovada en la pascua del Hijo, la nueva creación, en su sangre. Aclama su misericordia, la bendice, la agradece. Sus palabras son una bendición, que pasa a ser acción de gracias (Eucaristía), porque el Padre amó tanto a los hermanos, que consumió su entrega en la nueva alianza en la sangre del Hijo de sus entrañas. “Tanto amaste al mundo, Padre santo, que al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo” (PE IV).

1.- Entrega de la “nueva alianza”

“Tomó la copa, diciendo: “Esta copa de la nueva alianza en mi sangre, derramada por vosotros” (Lc 27,30b). Alianza es el compromiso de amor, que hacen los padres, cuando van a formar una familia en torno a la mesa del hogar, para abrir la senda del camino. Es una entrega de una vez para siempre, sin condiciones, sin plazos. Gratuita, irrevocable, des-medida. La alianza es así el aliento mismo de sus entrañas, que se entrega a lo largo de todo el camino, hasta la muerte. Entrega que aparece cada noche sobre la mesa en el pan partido y en la copa ofrecida.

Esta es la primera alianza. Pero si los hijos no corresponden y los golpean y los asesinan, ¿qué harán? Será el momento de bajar más abajo, al hondón del amor, para darse en una entrega nueva, que va desde más arriba a más abajo, para ir más adelante. ¿Cuál sería el gesto de esta entrega? El perdón de la última gratuidad. Ya en la historia santa, los profetas que veían la ingratitud del pueblo del Señor, su idolatría y opresión, comenzaron a mirar para atrás para mirar hacia adelante. Fue entonces cuando pregonaron la “Alianza nueva” (Jer 31,31-34; Ez 11,19; Is 42,9; 43,16-21; 48,61; 65,17-18). El Señor, fiel a su alianza eterna, desentrañará su misericordia desde más arriba, en el perdón inagotable; más abajo, creando un corazón nuevo; más adelante, derribando toda las barreras, para acoger a toda la creación y a toda la humanidad.

Esta “Alianza nueva” se ha cumplido en la plenitud de los tiempos con la entrega del Hijo único de las entrañas, hasta la muerte y muerte de cruz” (Gen 22; Jn 3,16; 1Jn 4,9; Rom 8,33; Fil 2,6-11). El Padre le entregó, nosotros le entregamos, El mismo se entregó a sí mismo “hasta el extremo” (Jn 13,1). Se entregó al poner la mesa en los caminos, mesa del reino para todos, desde los pobres y los pecadores (Lc 15,1-32). Pero más se entregó todavía, cuando los dos hijos pródigos le clavaron el cuchillo en el corazón (Mc 15,29.36). “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 22,34). Ponlos a esta mesa del reino, a mi lado, ábreles la entrada conmigo a tu corazón (Lc 23,43.46). Por eso el Apóstol hablaba con frecuencia de la “Nueva Alianza” en la cruz gloriosa del Hijo (2Co 3,6; Heb 5,13; 9,5), en la que se realiza la nueva creación (Gal 6,15; 2Cor 5,17; Rom 6,4; Ef 1,15; Ap 21,5).

2.- Su sangre, el sello y el don

El Señor expresó su entrega en el gesto del pan. “Mi cuerpo por vosotros” (1Cor 11,24a). Mi Cuerpo “entregado por vosotros” (Lc 22,19). Ahora la palabra sobre la copa es fuertemente vigorosa y expresiva. “Esta copa es la nueva alianza en mi sangre” (1Cor 11,25a). La entrega del cuerpo realiza y expresa la totalidad de la entrega. El cuerpo es la persona entera, visible, cercana, vulnerable, capaz de morir, de ser arrancado hacia la muerte, asesinada. Pero la humanidad en la “sangre” descubre la posibilidad de la última entrega. La sangre, se de-sangra, al tiempo que exhala y expira el último “aliento”, des-aliento, para la vida.

Juan ha expresado la consumación de la entrega del Señor en este doble acontecimiento inseparable en el tiempo. “El amor se ha consumado e inclinando la cabeza entregó el Espíritu” (Jn 19,30). “Uno de los soldados le atravesó el costado y al punto salió sangre y agua” (Jn 19,34). Cuando el Apóstol nos transcribe de los labios del Señor la palabra sobre la copa: “la nueva alianza en mi sangre” (1Cor 11,25a), está escuchando dos palabras de la historia santa: la sangre es el “sello” de la alianza, la sangre del Hijo entregado como siervo (Is 52,13-53,12). El Padre ya nos lo dio todo, del todo. Todo lo demás es menos. La sangre de las entrañas es el último manantial y latido de su corazón. Pero la sangre es al tiempo “don” de la alianza (Ez 24,4-8; Zac 9,11).

En la sangre el aliento de su vida, su mismo Espíritu Santo, pasa a nosotros. El crucificado Señor de la gloria “es el Espíritu Santo” (2Cor 3,17). Por eso, la nueva alianza es la alianza del “espíritu que da vida” (2Cor 3,6). En la copa de bendición bebemos el Espíritu (1Cor 12,13b). Por eso al comer el pan y beber la copa, el Señor nos entraña en su Cuerpo, en su mismo y único Espíritu” (1Cor 10,17; 12,12; Ef 4, 4a). En realidad, en la cena pascual el Señor nos entraña en su manantial, nos envía a su misma misión, nos alienta en su mismo Espíritu (Jn 20,19b-23). Está germinando la nueva humanidad de la nueva creación (Rom 5,12).

3.- Su expiación, toda la “nueva creación”

“Esta es mi sangre de la alianza, derramada por los muchos” (Mc 14,24; Jer 31,34; Ex 24,8; Is 53,11s; Heb 9,20). La sangre derramada “por muchos”, “por todos”, “por la vida del mundo” (Jn 6,51). El “por” es profundamente misterioso. Es el latido de las entrañas del Hijo, en su absoluta obediencia al Padre, para que su vida pase a nosotros, en sobre-abundancia. “Yo por ellos me consagro para que ellos sean consagrados, encendidos en la fidelidad de la verdad. El “por ellos” expresa, en primer lugar, la “inmolación” del sacrificio último. El Hijo se entrega “por ellos”, a la muerte por ellos, para que el amor del Padre pase a ellos. Es el “por ellos”/“para ellos”/“en vez de ellos”. Pero al tiempo se expresa la sustitución, “en vez de ellos”. Como esos padres, que ponen los hombros para que caigan sobre ellos las culpas y los golpes de los hijos. Es un gesto de “representación”, les representa en su puesto. “Por ellos”, en “vez de ellos”.

Pero la entrega del Hijo en la mesa convertida en cruz, y en la cruz convertida en mesa es una “expiación”. Solo a él le es posible. En su “por ellos” se expresa el perdón definitivo, infinito, consumado a todos los pecadores, de todos los hombres, de todos los tiempos, de toda la tierra, de todos los siglos. Es lo que se proclama en el fragmento de la primera plegaria eucarística; “gratis, en su gracia, en su sangre” (Rom 3,24-25; 5,1; Ef 2,8; Tit 3,7; Rom 8,23; 1Cor 1,30; Col 1,14; Ef 1,7; Sal 13,7; Lev 16,13-15; Heb 9,5; 1Jn 2,2; Rom 5,9; 1Cor 11,25). Es “el instante de la gracia”, el “día victorioso de la expiación” (2Cor 5,21; Gal 3,13; 1Cor 1,30; Lev 25,10; Is 9,8; Lc 18,19; 2Cor 6,2). En esta copa, don entero de su vida (Sal 15,5), entregada a la muerte, apurando el dolor (Mc 10,38; 14,36), ha aparecido la justicia del Reino (Rom 21,26), que “es perdón de los pecados” (Mt 26,28-29); Mc 14,24-25). La copa del vino es la nueva creación, la absoluta gracia,

la entera novedad, la última plenitud. Mesa nueva, corro nuevo, senda nueva. Germen y senda de la novedad de la plenitud. En realidad, esta mesa es el anticipo de la parusía. Es el sacrificio de la Alianza nueva, que nos reconcilia con el Padre, con el universo, en alabanza de su gloria.

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 3/9/ 2000.*

17. “Proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva”

(Anámnesis/memorial)

Palabra viva: Primera a los Corintios 11,23-27

SC: 2.47; LG: 2.28; PO: 2.4.5

CEC: 1362-1367

OGMR: 53c

Eucaristicum Mysterium 3.8.10

Cuando el padre termina de poner sobre la mesa el pan partido de su entrega, los corazones de los hijos se estremecen en sobre-salto de amor. El secreto escondido de su vida entera se ha desvelado y hasta puede verse con los ojos y palpase con las manos. Cuando el Señor Jesús, que preside la mesa pascual, pone sobre ella el pan de su Cuerpo entregado y la copa de su Sangre derramada, el sacerdote, que deja ver su presencia, proclama una aclamación: “¡Este es el Misterio de la Fe!”. Todo el proyecto del corazón del Padre, su Hijo por nosotros, aliento entero de su Amor, el crucificado Señor de la Gloria, su misterio, se ha desvelado (1Cor 2,6-10; Rom 16,25; Col 2,26-27; Ef 3,8-11).

El Hijo, entregado como siervo, entronizado como Señor, nos ha revelado este secreto en su carne. Pues él, la Palabra, en la que el Padre nos dijo y nos dio todo, se ha hecho carne nuestra, carne crucificada y glorificada. Ahora se ha hecho el Misterio, sacramento, signo visible del Amor abismal, del Amado de sus entrañas. Hemos visto su gloria. La vemos con los ojos y la palpamos con las manos (Jn 1,14-18; 1Jn 1,1-3). “¡Este es el sacramento de nuestra fe!”

Maranató

“Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección ¡ven, Señor, Jesús!”

La asamblea entera de los hermanos exclama, en el Aliento del Espíritu, la aclamación del día primero de la Pascua: “¡Maranató!” (1Cor 16,22a). “Señor Jesús” (Fil 2,6-11; 1Cor 12,3; Rom 10, 9). “Señor nuestro”, “de nosotros”, “de toda la creación”, “de toda la historia entera”. “Tú, el Primogénito de entre los muertos” (Col 1,18b; 1Cor 15,20). “Tú, el Primogénito de toda la creación” (Col 1,15b; Jn 1,3; Heb 1,3). “Tú, el Primogénito de entres muchos hermanos” (Rom 8,29; Heb 2,10; Jn 20,17).

- “Ya estás aquí”. “Ya has puesto la mesa del Reino entre tus manos abiertas, heridas y encendidas”. Tu Cuerpo roto y tu Sangre vertida son el anticipo en plenitud de la tierra nueva suspirada. Ya está el corro de los pequeños a tu lado, ya la mesa, ya la senda abierta amaneciente.
- “Pero ven”. Todavía el universo gime y la humanidad siente “los dolores”. Muros y cadenas todavía están ahí”. Se ve el reguero de la sangre y más abierta que nunca la fosa común. “Maranató”. “Ven, no tardes. Ven pronto. Ven” (Ap 22,20).

- “Sí, vengo pronto” (Ap 22,20). ¡Un vuelco del corazón! ¡Que amanece! Es la hora de la conversión, del sobre-salto de alegría. “¡Amén!” ¡Ven Señor Jesús! ¡Ya viene!

Así, pues, Padre, al celebrar ahora el Memorial...

Nos encontramos en la anamnesis. “Con ella la iglesia al cumplir este encargo, que a través de los apóstoles, recibió de Cristo, realiza el memorial del mismo Cristo, recordando principalmente su bienaventurada pasión, su gloriosa resurrección y la ascensión al cielo” (OGMR 55a). La humanidad hace camino en la historia, pasando del pasado al presente, y del presente al futuro. Pero el pasado del verdadero amor, por ejemplo el amor de la alianza de los padres, de alguna manera atraviesa el tiempo, se hace presencia en el presente y anticipo del futuro. En el horizonte de la historia santa del Padre, desde la alianza eterna del amor, Jesús, el Hijo amado nos hizo un encargo en la cena pascual. “Haced esto en memorial de mí” (1Cor 11,24b.25b; Lc 22,19b). Está evocando el instante de la primera cena pascual. “Este día será memorable para vosotros (aikkaron/zanar; hacer memoria en memorial); en él celebraréis fiesta al Señor” (Ex 12,14ª; 13,3a; Det 3,2-3). Es el compromiso incondicional y permanente de su alianza, de hacerlos corro en la mesa y senda en el camino. El Señor es misericordioso y fiel. La fidelidad de su misericordia permanece siempre. Él siempre la recuerda (Sal 105,8.42; Lc 1,54.72) en una historia de amor, en la cual para él “mil años son como un día” (Sal 29,4).

Pero el último “Sí” de su Alianza, el pleno y definitivo “Amén” ha sido la entrega pascual de su Hijo (2Cor 1,19.22). El Hijo realizó la entrega de la sangre de la Alianza, su sello y su don “de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo” (Heb 7,27; 9,12). Cuando el Señor, entre las manos de los apóstoles, entrega su cuerpo roto y su sangre vertida, la iglesia realiza el memorial del mismo Cristo” (OGMR 55). “Nuestro Salvador, en la última cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre, para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confía a su esposa amada, la iglesia, el Memorial de su muerte y resurrección” (SC 47/C. Trento DS 1740). “Cada vez que coméis de este pan y bebéis de esta copa, proclamáis (el Memorial) la muerte del Señor hasta que vuelva” (1Cor 11,26). “Siempre que se inmola sobre el altar esta víctima, se realiza y se hace presente nuestra redención” (Secr. IX post.Pent.; SC 2; LG 3.28; PO 2.4.5).

...de la muerte y resurrección de tu Hijo

El misterio pascual se nos hace presente y se nos entrega en el Memorial del Señor, el gran Misterio, todo el Sacramento del Hijo del Amor. El Misterio atraviesa el tiempo, se presencializa y nos hace contemporáneos suyos, nos sienta a la misma mesa de su travesía. El pasado se hace presente y el futuro se anticipa. Conmemoración y recapitulación, en la misma institución. La pascua se hace presente de paso a la parusía. La parusía se anticipa sobre-cogiendo y sobrepasando a la humanidad y al universo, en la iglesia, “sacramento universal de salvación”. La anamnesis es la presencia de todo el misterio de redención, reconciliación y nueva creación, con los ojos en el Padre y las manos ofrecidas a la historia entera. Anámnesis convertida en proclamación de la muerte del Señor.

- **“La muerte de tu Hijo”** (PE II). “Muerte gloriosa de Jesús, Cristo, Señor nuestro” (PEI); “pasión salvadora de tu Hijo” (PE III). “Memorial de nuestra reconciliación”. “Tu Hijo, a través del sufrimiento y la muerte en cruz” (PE V), “a través de su descenso al lugar de los muertos” (PE IV), “nuestra Pascua y nuestra paz definitiva” (PR I).

- **“La resurrección de tu Hijo”** (PE II). “Su santa resurrección del lugar de los muertos y de su admirable ascensión a los cielos” (PE I; PE III). El Hijo “resucitado a la vida nueva y glorificado a tu derecha” (PE V).
- **“Mientras esperamos su venida gloriosa”** (PE III; IV). En la esperanza del feliz retorno” (PR I). “Él es quien nos conduce hacia Ti” (PN I). “El que se ofrece con su Cuerpo y con su sangre, y por este sacrificio, nos abre el camino hacia ti” (PE V). Él “es salvador del mundo” (PN I). “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, Ven Señor Jesús”. “Anunciamos, Señor, tu muerte hasta que vuelvas”.

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 10/9/ 2000.*

18. Al celebrar el Memorial...te ofrecemos (memoria + ofrenda)

Palabra viva: 1Pedro 2,4-10

SC: 48; LG: 34; PO: 5

Eucaristicum Mysterium 12

Dominicae Cenae 9

OGMR: 55

CEC: 606.901.1105.1354.1368-1372.1553.2031.2643

Cuando los hijos ven el pan partido, que el padre pone sobre la mesa de sus manos, se ven provocados al sobre-salto de la alegría. La alegría se expresa primero en la alabanza, pero la verdadera alabanza es inseparable de la ofrenda. A los hijos se les ofrece la gracia de poder abrir sus manos de par en par y ponerlas entre las manos abiertas y heridas del padre, para acoger el latido y el aliento de su corazón y ofrecerse así en la misma ofrenda de su entrega.

Así también en la Cena del Señor, después que él nos entregó su cuerpo roto y su sangre vertida, la proclamación del memorial se une inseparablemente a la oblación de la ofrenda, entre las manos heridas y encendidas del Primogénito. A la “Anámnesis” sigue en unión inseparable la “oblación”. Por ella la Iglesia entera, en este memorial, sobre todo la Iglesia aquí y ahora reunida, ofrece al Padre, en el Espíritu Santo, la Víctima inmaculada. La Iglesia pretende que los fieles no solo ofrezcan la Víctima inmaculada, sino que aprendan a ofrecerse a sí mismos, y que de día en día, perfeccionen, por Cristo, el Mediador, la unidad con Dios y entre sí, para que finalmente Dios sea todo en todos” (OGMR 55f; Cf. SC 48; LG 34; PO 5; Euch.Myst.12).

Es Jesús Cristo, el que se ofrece a sí mismo

El Hermano mayor está a la cabecera de la mesa, con la mirada puesta en el Padre y las manos extendidas a los hermanos. Le acabamos de oír la entrega de su sacrificio “Mi Cuerpo por vosotros”, “mi sangre derramada por vosotros”. Ha dejado el pan y la copa sobre la mesa. Ha extendido los brazos de par en par para acogernos y entrañarnos a todos en el aliento y latido de su corazón. Entonces nosotros, los pequeños hermanos, asombrados, nos hemos visto arrastrados en el Espíritu a su misma ofrenda. Hemos levantado con él los ojos al cielo y el memorial se ha convertido en oblación.

De momento lo estamos viendo solo a Él, solo sus manos levantadas, recogiendo las nuestras, “Dirige tu mirada, Padre santo, sobre esta ofrenda. Es Jesucristo que se ofrece con su Cuerpo y con su Sangre y, por este sacrificio, nos abre el camino hacia ti” (PE V). Él es el Sacerdote, Él es la Víctima, Él es el Altar. “Por él, unos y otros tenemos entrada abierta al Padre en un mismo

espíritu” (Ef 2,18; 3,11-12). Él es la puerta al corazón del Padre (Cf. Jn 10,7; 14,6). “Hermanos, tenemos plena confianza para entrar en el santuario, en virtud de la sangre de Jesús, por el camino nuevo y vivo abierto por Él para nosotros (a través de sus heridas/velo desgarrados de su cuerpo”. “Él es el Sacerdote excelso al frente de la casa de Dios” (Heb 10,19.21; 6,19-20). Él es nuestra paz, el que derribó el muro, para pasar de esclavos a hijos, de enemigos a hermanos, de desterrados a herederos.

“Habiendo recibido por la fe la justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo”. “Él nos ha abierto el acceso a “esta Gracia, en la que estamos” (Rom 5,1-2). Por eso, le estamos viendo delante de nosotros y al tiempo detrás de nosotros. Nos ha acogido a todos, para adentrarnos en la misma ofrenda, Pues, en sus manos, entre las manos del Padre, en el aliento del espíritu santo, son en verdad el “trono de la Gracia” (Heb 4,16). El sacerdote es al tiempo la víctima, entregada al Padre por nosotros. “Con su propia sangre” entre las manos, ofreciéndose a sí mismo “por el Espíritu eterno” (Heb 9,12-14). Al lado del Padre, el único Mediador, el único Sacerdote, sumo y eterno. “¿Quién podrá arrancarnos de su amor?” (Rom 8,34-35).

Y nos pasa su ofrenda para ofrecerle a Él

“Así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo, te ofrecemos el Pan de vida y el Cáliz de salvación” (PE I). Pero ¿cómo es esto posible? ¿Cómo vamos nosotros a ofrecer su misma ofrenda? ¿Cómo podemos ofrecerle a Él su cuerpo entregado y su sangre derramada? ¡Un milagro inaudito! Él ha pasado a la familia de sus hermanos su misma ofrenda, para que ellos la ofrezcan como suya. “Él se ha puesto en nuestras manos, para que le ofrezcamos como sacrificio nuestro y junto con él (¡Padre!) nos ofrezcamos a Ti” (PN II). Sí, la iglesia entera presente en esa iglesia local, por pequeña que sea, aun en las comunidades de la dispersión, ofrece al Padre, en el Espíritu Santo, al Hijo de sus entrañas entregado por nosotros, la Víctima inmaculada (OGMR 55f).

Es una ofrenda de aclamación, es una aclamación, como suprema ofrenda. ¡Padre!, “Te ofrecemos en esta acción de gracias el sacrificio vivo y santo. Recibe la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad” (PE III). “Dirige tu mirada sobre esta Víctima que tú mismo has preparado a tu iglesia” (PE IV). “Padre, fiel y verdadero, te ofrecemos lo mismo que tú nos entregaste..., “la víctima que devuelve la gracia a los hombres” (PR I, II). “Este es el santo sacrificio que el entregó a su iglesia” (PE III).

Esta copa de la sangre vertida, que arrancó todas las cadenas, “¡Cáliz de salvación!”. Este pan partido que derribó el muro, “¡Pan de vida eterna!”. Toda la redención, toda la reconciliación, toda la Gracia, toda la Gloria. Toda la expiación de la nueva creación. “Te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, (nosotros tus siervos y todo tu pueblo santo), de los mismos bienes que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo, pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación”. Esta es en verdad la sangre redamada de Abel, este es el hijo sacrificado en el monte por Abraham, este es el pan y el vino del sacerdote Melquisedec. Que sea el Ángel de la Alianza el que te lleve hasta el altar del cielo” (PE I) la única ofrenda suya, hecha nuestra.

...y ofrecernos en todo juntamente con Él

Ahora es cuando podemos pasar a sus manos para ofrecernos con él. Para que nos ofrezca él mismo, entre sus manos, para que sea con él, en él, por él y desde él, “víctima viva en alabanza de tu gloria” (PE IV). “¡Padre de bondad, nos has llamado a la comunión de tu Hijo, a la ofrenda de tu Hijo, nos has llamado a unirnos a ti, participando en el único sacrificio de Cristo”, el Hijo de tu amor, el siervo obediente, la víctima de expiación, la brecha de la gloria! En este sacrificio

de la “reconciliación perfecta”, acéptanos, Padre santo, juntamente con la ofrenda de tu Hijo” (PR II), “acéptanos a nosotros juntamente con él” (PN I). “Padre, te pedimos que nos recibas a nosotros con tu Hijo querido” (PN III), como ofrenda permanente entre tus manos.

Es este gesto admirable de toda la familia de hermanos el que se expresa en los textos de la ofrenda viva de los hermanos, en la mesa. ¡Acercaos a la piedra viva, todos entran al hogar del Espíritu (Ef 2,20.22; 1Pe 2,3)! Sois el linaje escogido, el sacerdocio real, la nación santa que pone sus manos entre las del Pastor supremo, en el ara de su Cuerpo, “para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios, por mediación de Jesucristo” (1Pe 2,5; Heb 13,15), y luego entre esas mismas manos pregonar el Evangelio, en el corazón del mundo, pregonando las alabanzas de Aquel, que os llamó de las tinieblas a la luz admirable (1Ped 2,9; Ef 5,8; 2Cor 4,6). Todos a una, entre las mismas manos, en distinguir para unir, el sacerdocio apostólico y el sacerdocio bautismal. Y, por sus manos, toda la Iglesia, toda la humanidad y todo el universo, toda la historia. En absoluta obediencia del Hijo, en su inmenso asombro, en su infinita confianza, en la absoluta obediencia, “por ellos”, en alabanza a la gloria del Padre. “En el sacrificio vivo y santo” (Rom 12,1-2; SC 48; PO 5; Euch. Myst. 12; Dom. C. 9).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 17/9/ 2000.*

19. Suplicamos el Espíritu Santo para formar un solo Cuerpo (Epiclesis 2: koinonia/comunión)

*Palabra viva: Primera a los Corintios 12,12-26
LG: 3.7.26; SC: 47; OGMR 55,f
Eucaristicum Mysterium 3.6.18
Dominicae Cenae 4; CEC: 1396-1401; 787-95*

Ser de verdad hermanos y vivir como hermanos nos es imposible sin dar un rodeo por el corazón del Padre, sin acoger el aliento y el latido de sus entrañas. Así también, en la iglesia, la familia de los hermanos que el Padre ha reunido entre los brazos de su Hijo, en el Aliento del Espíritu santo. No podemos ser de verdad hermanos y vivir de verdad como hermanos si no damos este rodeo. Al entrar al corazón del Padre, por manos de su Hijo, en la misma ofrenda suya, en el Fuego del espíritu Santo, se realiza el misterio de la fraternidad. La familia se convierte en Cuerpo, en el mismo Cuerpo de Cristo, en la comunión del Hijo, en el mismo y único Espíritu suyo.

Así desvelamos el paso siguiente de la Plegaria Eucarística. La iglesia entera reunida en torno a la mesa, como la familia del Primogénito, ofrece al Padre, en el Espíritu, la Víctima divina, en la mediación de Cristo, para adentrarse y consumarse de día en día cada vez más en la unidad: la unidad con Dios, la unidad de la fraternidad, unirse sí, “para que finalmente Dios lo sea todo para todos” (Cirilo de Alejandría sobre Juan 1,16.12; OGMR 56)

El Espíritu del Amor, el Espíritu de tu Hijo

La ofrenda del memorial sucede en la “comunión del Hijo” (1Cor 1,9). Por él, con él, en él y desde él. Él mismo es la entrada, él mismo es la ofrenda. Así la comunión con el Primogénito, inaugurada en el bautismo y la confirmación (Gal 4,4-7; Rom 8,15-17) avanza hacia la consumación (Jn 17,24a-25b; Rom 5,1-2; Ef 3, 11-12) en el corazón de la Plegaria eucarística. El Hijo que nos condujo al corazón del Padre, se vuelve a nosotros, desde las entrañas del Padre,

para que el Padre, nos dé el abrazo del Espíritu, del todo, en todo por medio de Él. La Iglesia, situada ante este milagro asombroso, hace al Padre una ardiente súplica (la Epiclesis segunda), suplicándole que con su aliento, dado al Hijo, y pasado del Hijo a nosotros, entre sus manos heridas, lleguemos a ser el Cuerpo de su Hijo. ¡Padre!, “te pedimos humildemente que el Espíritu Santo congrege en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y de la Sangre de Cristo” (PE II). “Concede a cuantos compartimos este pan y este caliza que seamos congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo” (PE IV).

El Padre nos ha bendecido con toda la bendición del Espíritu, y esta bendición se ha consumado en el Memorial de su Pascua. Padre, “te suplicamos que cuantos recibimos el cuerpo y la sangre de tu Hijo, seamos colmados de gracia y de bendición” (PE I). Estamos viendo al Señor, entre nosotros, levantado en alto, brotando de su costado el agua y la sangre (Jn 19,34; 12,32). “Cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo nuestra Pascua ha sido inmolado (1Co 5,7), se realiza la obra de nuestra redención. El sacramento del pan eucarístico significa y realiza al mismo tiempo la unidad de los creyentes que forman un solo cuerpo en Cristo (1Cor 10,17). Es en la mesa del cuerpo y la sangre entregados, donde aparece la iglesia, el pueblo unido, por la “unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 3.4; SC 48; PO 5).

Para formar en Él un solo cuerpo

Padre santo, “es Jesucristo que se ofrece con su cuerpo y con su sangre y por este sacrificio nos abre el camino hacia ti. Padre de misericordia, derrama sobre nosotros el Espíritu del Amor, el Espíritu de tu Hijo” (PE V). La humanidad está dividida y enfrentada. Un muro con su entramado. Los tramos del muro socio-económico, del muro racial y sexual. Pero la invocación segunda al Espíritu suplica el milagro de la reconciliación en la nueva humanidad, para la nueva creación (Gal 6,15; 2Cor 5,17). La humanidad del Primogénito, el Hombre nuevo, el Espíritu vivificante (1Cor 15,45-49; Rom 5,12-21). “Para que llenos del Espíritu Santo (con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo) formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo Espíritu” (PE III).

El cáliz de bendición nos entrega “la comunión con la sangre de Cristo”, y el pan partido “la comunión con el cuerpo de Cristo” (1Cor 11,23-26). “Porque uno solo es el pan, aun siendo muchos, un solo cuerpo somos, pues todos participamos del mismo pan” (1Cor 10,17). “Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos sois “uno” en Cristo Jesús” (Gal 3,28; Col 3,11; Ef 2,17-19. 4,24; Jn 17,24; Ap 5,9). Las manos abiertas y heridas del Primogénito, que derribaron el muro que nos separaba del Padre y nos abrieron el camino hacia sus entrañas, en el Aliento del Espíritu Santo, esas mismas manos heridas y abiertas, en el Aliento de su mismo Espíritu, derriban el muro que nos separaba de los hermanos y abren las entrañas de la fraternidad.

Se ha derribado el muro de la “división” (PR I). Se ha abierto el camino hacia la “concordia” (PR II). “Un solo Cuerpo, Cristo”. “Porque en un solo espíritu hemos sido bautizados, para no formar más que un solo cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido (en la copa) un solo Espíritu” (1Cor 12,12b-13). El mismo Espíritu, uno y único en él y en nosotros, principio de comunión y de vida, nos levanta y nos entreaña a la comunión con él en su mismo cuerpo (LG 7). “Nos convertimos en lo que recibimos”, cuerpo de su cuerpo, “y así queda unida toda la fraternidad de su cuerpo” (LG 26).

Con un solo corazón y una sola alma

En torno a una misma mesa, la suya; formando una sola familia, la suya; comiendo un mismo pan, el suyo; en la alegría del Espíritu Santo, el suyo (Cf PN). Todos hijos, hermanos y herederos,

en la comunión del Primogénito. Con un solo corazón y una sola alma, la suya. Se ha inaugurado el cuerpo de la nueva humanidad, icono y senda de la humanidad y el universo entero. Ha aparecido la “comunión de vida”, cuerpo de Cristo, miembros unos de otros. Entonces “si sufre un miembro, todos los demás sufren con él; si un miembro es honrado, todos los demás toman parte de su gozo” (1Cor 12,26.27; Gal 5,22; 1Cor 13,4.8a; Rom 12,14-21; Col 3,10-15). “La multitud de los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma” (Hech 4,32a). Pero como en una familia, todos los hijos son iguales, y al tiempo distintos. Cada uno tiene un don, para un servicio, en torno a la mesa, de paso al cosmos. Lo que les distingue eso mismo les une.

Así, de modo admirable, en la cena del memorial, el Señor al darnos el Don original, el Espíritu, el Carisma primero, nos iguala en la filiación, en la fraternidad y en la herencia, pero luego nos distingue en carismas, para la edificación del Cuerpo de la iglesia y la recapitulación del universo (1Cor 12,4-11.27-30; Rom 12,6, Ef 4,11). Así, “la comunión de vida” se puede realizar como “comunión de dones”. “No puede decir el ojo a la mano, no te necesito” (1Cor 12,21). En admirable intercambio, desde la ultimidad, pues los miembros más débiles son los más necesarios (1Cor 12,22; 11,22-27). Pero este milagro de la nueva humanidad, no se consumaría, no derribaría todas las barreras, sin el admirable intercambio de la “comunión de bienes”, partiendo siempre de los pobres, de cerca y de lejos en la misma mesa común (2Cor 8,9 (8,1-9.15) Hech 1,4; 2,42-47; 4,35; 5,12; Snt 2,1-5). El que está a la cabecera de la mesa, entregando su Cuerpo, sale a la cabecera de la marcha. El Padre le dio como cabeza del universo a la iglesia, que es su cuerpo, para llevar el universo de plenitud (Col 1,1b-23; Ef 1,22-23). La unidad del cuerpo del Señor es sacramento e instrumento, paradigma y germen de la “unidad del género humano en Cristo Cabeza” (Euch. Myst. 18). “Oh sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad” (SC 47).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 24/9/ 2000.*

20. Suplicamos el Espíritu para la unidad consumada

(Epiclesis 2/koinonia/recapitulación)

Palabra viva: Colosenses 1,12-20

Lumen Gentium (constit. Iglesia) 3.5.8b.9

Gaudium et Spes (const. Iglesia/mundo actual 1.10b.32.41-42

OGMR 55,f; PE II-III. esp. III-IV; PR I-II; PE Vb.c; CEC: 1397-1405;

El abrazo de amor que el padre da en la mesa a la familia de sus hijos, cuando les entrega el pan y la copa, tiene mucha altura, hondura y anchura. Les entraña en su mismo corazón, levantándoles a compartir el mismo gesto de su entrega. Les aúna en la hondura de la comunión, para que sean un cuerpo, con un corazón y un alma sola. Pero al tiempo les arrastra a la anchura de su camino, alentándoles a llevar la familia entera adelante, con los pequeños a la cabeza, hacia la otra casa común, donde su propósito de amor se consume.

Así también la epiclesis segunda, después de la consagración y de la institución, nos adentra en el misterio mismo del Memorial del Señor, a la altura, hondura y anchura de su entrega. “En este memorial, sobre todo la iglesia aquí y ahora reunida, ofrece al Padre, en el Espíritu Santo, la Víctima inmolada”. Para que los hermanos la ofrezcan, y se ofrezcan con ella y se dejen ofrecer por ella. Y, así, “de día en día perfeccionen, siendo Cristo el Mediador, la unidad con el Padre, la unidad entre ellos, la comunión de la fraternidad, para que finalmente Dios lo sea todo para

todos”, en la unidad de la recapitulación (OGMR 55f) del universo en la historia, entre las manos del Padre y del Hijo, en el Espíritu.

La cena del Señor nos arroja al camino

El Señor entraña a su Iglesia, reino de Cristo en misterio, para la consumación del Reino de Dios en gloria. “Es necesario que Él reine para que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. Porque (el Padre) ha sometido todo bajo sus pies”. Luego al final, cuando (el Hijo) entregue a Dios Padre el Reino... para que Dios sea todo en todos” (1Cor 15,25.27a.24c.28b (Ps 110,1; Ps 8,7)). En efecto, “todo lo puso debajo de sus pies y le dio como cabeza del universo a la iglesia, que es su cuerpo, la plenitud de Aquel, que lleva el universo a plenitud” (Ef 1,12.23). “La iglesia, reino de Cristo ya presente en misterio, “constituye el germen y el comienzo de este Reino de Dios en la tierra” (LG 31.51). Sacramento e instrumento, primicia y diseño. Cristo hizo de la iglesia, “pueblo mesiánico” que encabeza, “comunidad de vida, de amor y de unidad, (que al tiempo) la asume también como instrumento de redención universal y la envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (Mt 5,13-16)” (LG 9). Fermento para que la humanidad se transfigure en la familia del Padre y el universo en el hogar común, en la gran mesa compartida de su Reino (GS 40.42).

El Hijo amado extendió sus brazos en la cruz para inaugurar la nueva creación, destruyendo la muerte y manifestando la resurrección, como las primicias de su pueblo santo (Cf. PE II). Por eso suplicamos que el “Espíritu Santo” congregue en la unidad a cuantos participamos del cuerpo y la sangre de Cristo”. La iglesia, cuerpo de su Cuerpo, para que la humanidad y el universo acaben siendo cuerpo suyo en la plenitud de la unidad. El Señor resucitado, el Hombre nuevo, encabeza la humanidad y el universo en su iglesia. Por eso la epiclesis alcanza esta anchura insospechada. El Padre, por el Hijo, en el Espíritu, lo ha creado todo y ahora avanza santificándolo todo en su pascua victoriosa. Y así, “fortalecidos en el cuerpo y la sangre de tu Hijo formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo Espíritu” (PE III).

Efectivamente el Padre en la pascua de su Hijo “envió el Espíritu Santo, como primicia para los creyentes, a fin de santificar todas las cosas, llevando a plenitud su obra en el mundo” (PE IV). La iglesia, alentada en el mismo amor que le arrastra a él, a morir por la vida del mundo, está así convertida por el Espíritu Santo, en Cristo, “en víctima viva para alabanza de su gloria” (PE IV).

Para preparar la gran mesa del reino

El Hijo amado se ofrece a sí mismo al Padre por todos nosotros, por la vida del mundo. Levanta hasta el altar del cielo el “pan de vida” y el “cáliz de salvación”. Y así desciende sobre todos, del todo, la bendición que es redención y reconciliación para la glorificación. “Para que cuantos recibimos el cuerpo y la sangre de tu Hijo, al participar aquí de este altar, seamos colmados de gracia y bendición” (PE I; Cf. Ef 1,1-13). “Te pedimos, Padre, que esta Víctima de reconciliación traiga la paz y la salvación al mundo entero” (PE II).

Las manos heridas y encendidas del Hijo, han derribado el muro que nos separaba del Padre. Y desde el Aliento del corazón del Padre, ha derribado el muro que nos separaba entre nosotros. Nos reconcilió en la unidad con el Padre, nos reconcilio en la unidad entre nosotros (2Cor 5,19. 6,2; Ef 2,14-22). Redención y reconciliación inseparables (Rom 3,21-26; Col 1,12-22). Derribó el muro, arrancó las cadenas. Y al tiempo, envió a su iglesia “congregada en la unidad” (PE I) y “peregrina en el mundo” (PE II), para que por ella, que es su cuerpo, el mundo alcance la plenitud de la redención y de la reconciliación, transfigurando el universo en la tierra llana, ancha y florecida de la multiplicación de los panes y de los peces.

Estamos en la Alianza nueva, en su sangre. Sus brazos extendidos en la cruz, son el signo indeleble se su alianza entre el cielo y la tierra, cuando él reconcilia todas las cosas en sí mismo por su sangre derramada en la cruz. El Señor a la cabeza del universo en la iglesia es la brecha y la senda de la paz en la humanidad dividida por el odio y la discordia. La iglesia suplica en la epiclesis, que la participación en este banquete, en el Fuego del Espíritu, rotos todos los muros de sus entrañas, “resplandezca ante el mundo como signo de unidad e instrumento de tu paz” (PR I, II; PE Va, b; PN I, II; PE I).

Donde los pequeños sean los primeros en servir

Convertir la mesa en la tierra de la paz mesiánica y escatológica, es la parusía anticipada en la eucaristía. Por eso ya en ella se nos regala el don de la “fiesta del cambio de puestos”, en la dinámica viva del “admirable intercambio”. El Año de Gracia es la mesa sobre el monte donde se secan las lágrimas de todos, y donde los últimos pasan a ser los primeros (Lc 4,18-22; 2Cor 5,21-6,2).

Es verdad que todo el universo es gracia llena de luz (PE IV), pero al tiempo la idolatría de la desobediencia y la opresión de la apropiación, lo han convertido en gracia des-graciada, que gime y anhela la consumada redención y reconciliación, para la salvación. “Que tu iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando” (PE Vb). “Que todos los miembros de la iglesia sepamos discernir los signos de los tiempos y que nos preocupemos de compartir en la caridad las alegrías y las esperanzas de los hombres y así les muestre el camino de la salvación” (PE Vc). Tú, Señor, que sientes ternura por nosotros, como un padre por su hijos, tú que manifestaste tu “amor para con los pobres y los pecadores”, “danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana” (PE Va,b).

Estamos en camino a la consumación del Reino del Padre, para “compartir allí la vida eterna y cantar tus alabanzas” (PE II), la plenitud entera de la gloria, “donde se secarán todas las lágrimas” (PE III). Pero estamos en un anticipo de la gloria. Y al pasar de la mesa al camino, sabemos que el Padre renueva su gracia y la desborda donde abundó el pecado. Por eso ha dado al mundo “todos los bienes” (PE I; III). Por eso la mesa del Señor nos encamina y arroja al servicio, al trabajo y a la lucha por la recapitulación consumada, libre ya la creación del pecado y la muerte, mesa compartida, incesante alabanza de gloria (PE III, IV; PR I, II).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 8/10/ 2000.*

21. La súplica por la iglesia peregrina (intercesión 1)

Palabra viva: Ef 1,15-23

LG: 1-17. 26; G: 1-39. 41-42

Plegarias Eucarísticas: PEI; PEII; PEIII; PE IV; PE V a, b, c, d, e; PR I; PR II; PN I; PNII; PN III.

OGMR: 55 g

El Señor se nos ha entregado del todo en el pan y en la copa, memorial de su Pascua. Hemos proclamado su entrega. Y hemos invocado ardientemente su Espíritu para pasar en sus manos y entrañarnos en su cuerpo. ¿Qué más nos queda? Suplicar que sus manos nos ayuden a acoger,

compartir y ofrecer lo que él nos entrega. Hemos llegado a las “Intercesiones”. “Con ellas se da a entender que la Eucaristía se celebra con toda la iglesia, celeste y terrestre, y que la oblación se hace por ella y por todos los miembros, vivos y difuntos, miembros que han sido todos llamados a participar en la salvación, redención adquirida por el cuerpo y la sangre de Cristo” (OGMR 35g).

“Acuérdate Señor de tu iglesia extendida por toda la tierra” (PE II). Suplicamos la gracia de acoger y llevar a plenitud el don del Hijo del Amor, su redención, su reconciliación, su salvación, caminos de su segunda venida en gloria. “Padre misericordioso te pedimos humildemente, por Jesucristo tu Hijo nuestro Señor, que la bendición de su Hijo nos lleve a la perfección de la caridad por la caridad” a la consumación de la “caridad”. “Por medio de tu Hijo nos abres el camino de la vida, para que a través de este mundo lleguemos al gozo perfecto de tu Reino” (PE I; II; Vc). “Da a los hijos la gracia”, que alcancen la Gloria. Llena los corazones de tus hijos con la alegría de la Pascua” (PN III).

La súplica de la in-corporación

“En estas comunidades, aunque muchas veces sean pequeñas y pobres o vivan dispersas, está presente Cristo, quien con su poder constituye a la iglesia una, santa, católica y apostólica”. En efecto, “la participación en el cuerpo y en la sangre de Cristo hace precisamente que nos convirtamos en aquello que recibimos” (LG 26). Por eso, podemos decir con toda verdad, “acuérdate, Señor, de tu Iglesia extendida por toda la tierra y reunida aquí en el domingo, día en que Cristo, ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal” (PE II).

- El día del Señor es el memorial de la pascua entera. Y en la mesa de la Eucaristía se nos da “el día santo en que la Virgen María dio a luz la salvación del mundo”. Y el “día santo en el que su único Hijo, eterno como tú en la Gloria, se manifestó en la realidad de nuestra carne”. Y “el día santísimo de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo”. “El día glorioso en que Cristo ha sido constituido Señor del cielo y de la tierra”. Y “día en el que la efusión del espíritu Santo ha hecho de (la iglesia) sacramento de unidad para todos los pueblos” (PE II).
- Pero en torno a la mesa estamos un puñado de hermanos, los que tú Padre, “nos has hecho renacer del Agua y del Espíritu Santo”. “Los que has confirmado marcándolos con el sello del Espíritu Santo”. “A los que invitas a participar en este día del pan de vida y del cáliz de salvación en la mesa de tu Hijo” (PE IV). Los hermanos que forman y formarán cada vez más por Cristo, en el Espíritu “un solo cuerpo y un solo Espíritu”. “¡Que él nos transforme en ofrenda permanente!” “Acuérdate Señor de tus hijos y de todos los aquí reunidos, cuya fe y entrega bien conoces”. “¡Te ofrecemos y ellos mismos te ofrecen este sacrificio de alabanza!” Te suplicamos por ellos y todos los suyos. Que tu perdón les lleve a la salvación que esperan, incorporados al Hijo de tu amor en su Pascua.

La súplica por la comunión

En torno a la mesa del Señor somos una gran familia, en círculos concéntricos. “Y ahora, Señor, acuérdate de todos aquellos por quienes te ofrecemos este sacrificio, por tu servidor el Papa Juan Pablo, nuestro Obispo Braulio, del orden episcopal, de los presbíteros y diáconos, de los oferentes y de los aquí reunidos, de todo tu pueblo santo y de aquellos que te buscan con sincero corazón” (PE IV). Como que en el corro se nos escapa en los ojos por la irradiación de la luz. Como en el corro mismo de Jesús están a su lado los apóstoles, junto con los discípulos. El

Santo Padre, el obispo y los sacerdotes son el grupo apostólico, en el que el mismo Señor se hace presente, como cabeza en los que él mismo se representa, por los que él mismo actúa. Solo en la comunión y la sintonía viva con los pastores, se realiza y visibiliza la comunión legítima, viva y verdadera de la unidad de la iglesia. Pero apóstoles y discípulos, en distinguir para unir, son todo el pueblo santo, familia de hijos y hermanos. Por eso la súplica es por la iglesia universal, santa y católica, extendida por toda la tierra, “pueblo de Dios”, “cuerpo de Cristo” y “templo del Espíritu”.

- Suplicamos la unidad de su cuerpo. “Por tu iglesia santa y católica, para que le concedas la paz, la protejas y la congregues en la unidad” (PE I). Efectivamente, el Hijo del Amor nos ha reconciliado en el Padre y nos ha convertido a su amor, para convertirnos, aunarnos y entrelazarnos unos con otros en su mismo cuerpo, “en el Espíritu, vínculo de amor” (PR II). Una familia de hermanos, llamada a ensancharse hasta los confines. “Reúne en torno a ti, Padre misericordioso a todos tus hijos dispersos por el mundo” (PE III) “Con Jesús, como a tus hijos en una misma familia” (PN II), en torno a esta mesa.
- Suplicamos que su cuerpo sea el signo de unidad. “que los hombres de toda raza y cultura se reúnan en el cuerpo de la iglesia, vivificada por el Espíritu, signo de la unidad de todos los hombres” “Consolida los vínculos de unidad entre los laicos y los pastores y Pedro”. “Que tu iglesia sea en medio de nuestro mundo, dividido por las guerras y discordias, signo de unidad, de concordia y de paz”, “para que abra a todos los hombres a la esperanza” (PE Va; PE III), “preparando la venida de tu Reino” (PR I).

La súplica por la recapitulación

El Señor, en su iglesia, para su reino, se abre paso por los caminos del mundo, para entregar el Reino al Padre. La Iglesia está en el mundo para el Reino, que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. “Te pedimos, Padre, que esta Víctima de reconciliación traiga la paz y la salvación al mundo entero” (PE III) Y, para ello, “confirma en la fe y en la caridad a tu iglesia peregrina en la tierra” (PE III). La paz suya es obra de la justicia.

- Por ello suplicamos aliento para el anuncio del evangelio. “Padre, tú nos invitas a escuchar tu Palabra, que nos reúne en un solo cuerpo, pues seguimos fielmente a tu Hijo, que es el camino, la verdad y la vida”. Padre, tú nos reúnes a todos en la mesa “por el evangelio de tu Hijo”. “Fortalécenos con ese mismo Espíritu, “para caminar alegres en la esperanza”, “comunicando el gozo del evangelio”, para que todos sean uno (PE Vc).
- Y suplicamos aliento para servir a los pobres, trabajando por la justicia. El Hijo “manifiesta su amor a los pobres y a los pecadores”, compadecido de su desgracia, signo y prueba del amor del Padre de inmensa ternura y fidelidad. “Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna ante el hermano solo y desamparado, explotado y deprimido” “Que tu iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando” (PE Vb; Vd; PN III).

El anuncio del evangelio, el servicio a los pobres y el trabajo por la justicia, aquí y ahora, necesita “amor iluminado”. Por eso suplicamos sabiduría para discernir los signos de los tiempos, desde la fidelidad al evangelio. Y no solo esto, sino aliento para compartir, desde dentro, en “la caridad del Señor”, las alegrías y esperanzas, las angustias y tristezas de los hombres, para dejar ver la brecha de la salvación (PE Vc).

22. La súplica por la iglesia purgante (Intercesión 2)

Palabra viva: Heb 11,9-28

LG: 50

OGMR: 55g: PE I-IV

Ritual de Exequias 1-2

Constitución apost. "Indulgentiarum doctrina" 1.1.67

CEC: 958. 1030-1032. 1471

Cuando el Señor en su última cena abrió su corazón a los hermanos, les desveló el secreto de su travesía. Me voy a la casa del Padre a prepararos sitio. Aquí no tenemos casa permanente. Nuestro hogar para siempre está allí. Pero después de prepararos sitio, me volveré con vosotros a esta tienda de campaña, para acompañaros siempre, a la cabecera de la mesa y de la marcha. Para que donde yo estoy, estéis también vosotros conmigo (Jn 14,1-3). Desde entonces, Él avanza a la cabeza del universo en la iglesia, para llevarlo todo a plenitud (Ef 1,17-23). La fila se ve en esta "iglesia peregrina en esta tierra", la iglesia caminante. Y la fila llega a la casa del Padre y se va reuniendo en torno a su mesa, la iglesia triunfante

Enseguida adivinaron los primeros hermanos, que los mártires y los apóstoles habían llegado hasta allá. Pero descubrieron que un tramo largo en la fila, de los hermanos que se "durmieron en el Señor", todavía no había llegado allá y que necesitaban purificación: la iglesia purgante. Pronto se reunieron en torno a los sepulcros de sus difuntos y hasta celebraban allí la cena del Señor, para ayudarles a llegar. "La iglesia peregrina, perfectamente consciente de esta comunión en torno al cuerpo místico de Cristo, desde los primeros tiempos del cristianismo honró con gran piedad el recuerdo de los difuntos y también ofreció por ellos oraciones (Cf. 2Mac 12,46)" (LG 50). Hasta ofreció sufragios a su favor, en particular el sacrificio eucarístico (Cf. DS 856), para que una vez purificados pudieran llegar a la visión beatífica de Dios (CEC 1032).

Por los hermanos que se durmieron en el Señor

En la misma plegaria eucarística, en la comunión de toda la iglesia intercedemos por nuestros hermanos difuntos, para que participen plenamente de "la salvación y redención adquiridas por el cuerpo y la sangre de Cristo" (OGMR 55g). El Señor ha incorporado a su cuerpo misterioso a toda la humanidad y a toda la creación. Pero de lleno a los que se han entregado a él, en la fe y en los sacramentos pascales de su iglesia. "Acuérdate también, Señor, de tus hijos, que nos han precedido en el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz" (PE I). "Recibe en tu reino a nuestros hermanos, que se durmieron en el Señor" (PR II), "los que murieron en la paz de Cristo" (PE IV; PE V), "con la esperanza de la resurrección" (PE II). Solo sus nombres pueden ser proclamados, pues han muerto en la comunión de la iglesia católica, madre de las iglesias.

Pero las palabras de la plegaria ensanchan nuestra mirada en un círculo concéntrico de luz, que alcanza no solo a los cristianos, sino a una humanidad invisible a los ojos: "todos los que han muerto en tu misericordia" (PE II), a "cuantos murieron en tu amistad", y a "todos los difuntos cuya fe solo tú conociste" (PE IV; V; PR I, II). Es el misterio insondable del cuerpo de Cristo, que en parte se hace visible en el cuerpo eclesial y en parte se nos escapa de la anchura de nuestras

manos. Estamos en la comunión viva de este cuerpo, en el que están entrañados sacramentalmente los cristianos, en el paso de la travesía pascual. “Acuérdate, Señor, de tus hijos, a quienes llamaste de este mundo a tu presencia, concédeles, que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con él la gloria de la resurrección” (PE II, III), “en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria” (PE III).

“La iglesia en las exequias de sus hijos, celebra el misterio pascual, para que quienes por el bautismo fueron incorporados a Cristo, muerto y resucitado, pasen también con él a vida eterna, primero con el alma, que tendrá que purificarse para entrar en el cielo con los santos elegidos, después con el cuerpo, que deberá aguardar la bienaventurada esperanza del advenimiento de Cristo y la resurrección de los muertos” (Ritual de Exequias, 1). Por eso en la Plegaria eucarística se insertó desde muy pronto la “intercesión por los difuntos”, miembros vivos de la iglesia, que hacen la travesía pascual de la purificación, para pasar por fin a la casa del Padre, quien únicamente conoce nuestra fe en su amor.

En llama ardiente de su Pascua

Para entrar definitivamente en la casa del Padre, a la vida eterna de su gloria, tenemos que presentarnos con las manos enteramente abiertas. Si morimos con las manos cerradas al amor del Padre y de los hermanos, en el pecado mortal, no podemos atravesar la puerta. Pero ¿y si morimos con las manos entreabiertas? Necesitamos purificación... abrir las manos blanqueadas con la sangre del Cordero. “Los que mueren en gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque estén seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo” (CEC 1030).

La tradición de la iglesia, tomando la sugerencia de algunos textos que hablan del fuego ardiente que acrisola la fe y la vida eterna (p. ej. 1Cor 3,15; 1Ped 1,7), ha diseñado su enseñanza sobre la purificación final de los elegidos, en el “Purgatorio” (Concilio de Florencia, DS 1304. Concilio de Trento, DS 18-20; 15-80). Nuestros hermanos han muerto, sus huesos quebrantados permanecen en la sepultura, pero su ser personal de cuerpos espirituales y espíritus encarnados, no sucumben a la aniquilación, viven, y en ningún lugar mejor para encontrarnos, que junto a la mesa eucarística.

Aquí es donde más cerca los encontramos; aquí es donde más podemos hacer por ellos. Solo la sangre derramada del Hijo del Amor, podrá abrir sus manos y limpiarlas y transfigurarlas. “Solo en Cristo, Redentor nuestro” está toda la satisfacción, toda la redención (Heb 7,23-25; 9,11-28). “La eucaristía es el corazón de la realidad pascual de la muerte cristiana” (Cf. REx 1). La Iglesia, expresa entonces su comunión eficaz con el difunto, ofreciendo al Padre, en el Espíritu Santo, el sacrificio de la muerte y resurrección de Cristo, pide que su(s) hijo(s), sean admitidos a la mesa del Reino (Cf. REx 57).

Para llegar a la casa del Padre

Ofrecemos en la plegaria la súplica, nuestra súplica, “mientras se halla presente la santa y adorable víctima”. La ofrecemos, “por los que han muerto, aunque fueran pecadores... presentamos a Cristo inmolado por nuestros pecados, haciendo propicio para ellos y para nosotros, al Dios amigo de los hombres” (Cirilo de Jerusalén, Cat. Mist. 5.9.10). El Sumo Sacerdote, que tomó la forma de esclavo, se ofreció como víctima “para hacer de nosotros el cuerpo de una gran cabeza”, sacrificio del único cuerpo, en que se ofrece Él y nos ofrece a

nosotros y nos ofrece con Él (Cf. Agustín, Ena. 10,6). Por medio de Él y juntamente con Él, en el aliento del Espíritu Santo suplicamos, por la iglesia que se purifica, dejando que se sobrepase nuestro corazón. Padre, “admítelos a contemplar la luz de tu rostro” (PE II). “Concédeles el lugar del consuelo, de la luz y de la paz” (PE I). Que compartan con el Hijo “la gloria de la resurrección” (PE III), “en la plenitud de la vida” (PE V). “Recíbelos con amor en tu casa” (PN II).

En la unidad sobrenatural del cuerpo místico de Cristo, “nuestra vida está ligada como en una persona mística”. Entre peregrinos, bienaventurados y purgantes, hay profundo intercambio. La iglesia, nuestra madre, ofrece a los peregrinos los tesoros de las expiaciones y méritos del Señor, para poder interceder ofreciendo en sufragio nuestras “indulgencias”, que al tiempo nos invitan a la conversión, a la oración y a la misericordia, para abandonar el hombre viejo y revestirnos del nuevo (Cf. Ef 4,29). (Const. Apost. Indulgentiam doctrina). Cf. Agustín, Confesiones, 9.9.27. (Crisost. Hom. In 1Cor 45,5). “Nuestra oración por ellos”, dará paso a su intercesión eficaz en favor nuestro y de todo el mundo”.

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 29/10/ 2000.*

23. La súplica a la iglesia celestial (Intercesión 3)

Palabra viva: Apocalipsis 7,2-14

LG: 39-42.48-50

Liturgia Fiesta de los Santos.

Prefacios de los Santos. PE I-IV

CEC: 683ss. 823s. 1691ss. 1987ss. 2012-2016

La Iglesia del Señor es una gran familia de hermanos. “Hasta que el Señor venga en su esplendor, con todos sus ángeles (Cf. Mt 25,31), y destruida la muerte, le esté sometido todo (Cf. 1Cor 15,26-29), sus discípulos, unos peregrinan en la tierra, otros ya difuntos, se purifican, mientras otros están glorificados, contemplando a Dios mismo, tal cual es”. Un solo Padre, un solo Hermano mayor, un solo Espíritu. Un mismo amor del Padre, un mismo amor a los hermanos, una misma alabanza de la gloria de su gracia. “En efecto, todos los de Cristo, que tienen su Espíritu, forman una misma iglesia y están unidos entre sí en él (Cf. Ef 4,16). Por tanto, la unión de los miembros de la iglesia peregrina, con los hermanos que se murieron en la paz de Cristo de ninguna manera se interrumpe. Más aun, según la constante fe de la iglesia, se refuerza con la comunicación de los bienes espirituales” (LG 4a).

Todos estamos en torno a la misma mesa, donde el Señor se nos entrega, por entero, en el pan y la copa. Todo el bien de la iglesia, de la humanidad y del universo y de la historia entera. No es de extrañar que en la misma plegaria eucarística hagamos memorial de los hermanos de la iglesia peregrina (intercesión 1), de los de la iglesia purgante (intercesión 2) y de los de la iglesia celestial (intercesión 3). A estos acostumbramos a llamarlos los “santos”.

En tono a la Mesa, encendida de Fuego

La imagen que mejor expresa la santidad es el Fuego: “el Fuego del Amor”, “el Fuego de la fidelidad de la misericordia” del Padre, que en su Hijo, en el aliento del Espíritu Santo, nos sobe-viene, nos sobre-coge, y nos sobre-pasa. En la celebración de la Cena del Señor, dos aclamaciones que se descifran muy bien. Mirando al Hijo entregado y entronizado aclamamos:

“¡tú solo eres Santo!” (Gloria in Excelsis, Cf. 1,33; Mc 1,24; Hech 3,14; 4,27-30; Heb 7,2; 1Jn 2,20, Ap 3,7). Es el “santo de Dios” (Jn 6,69). El Hijo, entregado por el Padre como siervo y entronizado como Hermano mayor, en la llama de amor viva del Espíritu, nos hace prorrumpir en un aclamación incontenible: “Santo, Santo, Santo es el Señor Dios del universo, llenos están el cielo y la tierra de tu gloria” (Cf. Is 6,3; Ex 5,6.14).

Pero este Fuego comienza a prenderse vivamente en la iglesia del Señor, germen, senda del reino del Padre (Ef 5,25-26). Este es el propósito de su voluntad (Ef 1,3-14). Fuego es la Palabra del Evangelio, Fuego es el agua del bautismo, Fuego es el óleo de la confirmación, Fuego sobre todo es el Pan y la Copa. Y todo Fuego, del corazón abierto del Señor, que es el Espíritu (1Cor 15,45; 2Cor 3,18a).

Todos los hermanos, bautizados y confirmados en el Espíritu del Señor, están prendidos del Fuego. El Apóstol puede llamar a todos “los santificados” en Cristo Jesús, los “santos” (1Cor 1,2; Rom 1,5; 1PEd 2,9). Todos santos y por ello todos llamados a la santidad. Pues el Fuego de su Amor es don y es encargo. Somos llamados a arder en el Fuego, a transfigurarnos en el Fuego, a consumarnos en el Fuego. “Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,45). Lo que Dios quiere de vosotros es que seáis santos” (1Tes 4,3). Es la llamada a amar al Padre con todo el corazón y con toda el alma” (Mc 12,30), en el aliento mismo del Hijo; y a amar a los hermanos, con todo el corazón y con toda el alma, en las entrañas del Hijo (Jn 13,34; 15,12; Col 3,12). El amor, que en la senda del Hijo mismo, nos alienta a sus mismas huellas: dar la vida por los hermanos (Jn 15,3; 1Jn 3,16), en la misma travesía de su pascua (2Cor 8,9; Fil 2,6-11).

Por ello llamamos “santos” en sentido más reducido a los que intensamente se dejaron encender del Fuego, compartiendo con el Hijo, la travesía de la Pascua. La Bienaventurada Virgen María, los apóstoles y los mártires, las vírgenes, los confesores, y los que siguieron de cerca al Señor, practicando las virtudes y los dones del Espíritu. “Reunidos en comunión con toda la iglesia veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor” (PV I; IV). “Nuestra unión con la Iglesia del cielo se realiza, sobre todo, en la sagrada liturgia... En ella todos los redimidos por la sangre de Cristo, de todo linaje, pueblo, lengua y nación (Cf. Ap 5,9), reunidos en una única iglesia, proclamamos la grandeza de Dios, uno y trino, en el mismo cántico de alabanza” (LG 50).

Nos ayudan a ver su mano herida y ardiente

Desde nuestra pequeña mesa eucarística concelebramos la liturgia, en “la gloria de tu ciudad santa, la Jerusalén del cielo, que es nuestra madre, donde eternamente te alaba la asamblea en fiesta de todos los santos, nuestros hermanos”. Hacia ella estamos caminando en la ardiente oscuridad de la noche, “peregrinos en país extraño” (Pref. F. T. Santos). A través de sus huellas, vemos que su Mano herida y encendida, que los sostuvo y condujo a ellos, es la misma que nos sostiene y alienta a nosotros, “Tú nos ofrece el ejemplo de su vida”. “Ellos nos estimulan con el ejemplo de su vida” (Pref. Santos, I y II).

- Que pasemos, Señor, a tus manos. Se dejan ver en los grandes testigos y en los santos de cada día en la liturgia, y en los que nos protegen de manera especial. Pasamos a la misma ofrenda del Hijo, en el Hijo, con el Hijo, desde el Hijo. Se ve la travesía de la Pascua, en la noche. “Para que animados por su presencia alentadora, luchemos sin desfallecer en la carrera y alcancemos con ellos (participando de su destino) la corona de gloria por Cristo Señor nuestro”. Por ello, al ayudarnos a entrar en la obediencia del Hijo, nos alientan a entrar en la comunión y recapitulación del Hijo. Nos dejan ver sus manos, las dejan pasar y desaparecen. No podemos detenernos en ellos.

El Padre, tiene a bien manifestarnos su rostro de forma vigorosa en los hermanos que, compartiendo nuestra misma humanidad, se transformaron más perfectamente a imagen de Cristo (2Cor 3,5). “En ellos, él mismo nos habla y nos da un signo de su Reino al que nos atraen poderosamente la gran nube de testigos en torno nuestro (Heb 12,1) y el gran testimonio de la verdad del evangelio” (LG 50).

Y nos escuchan para pasarnos de lleno a ella

Ellos ahora, desde la casa del Padre, están más cerca de nosotros que nunca, nos aman más que nunca, conocen nuestras necesidades más que nunca, nos pueden ayudar, más y mejor, que nunca. Ahora son de verdad “ayuda a nuestra debilidad”, “ayuda con su intercesión” (Pref. Santos). Debemos amar a estos amigos y coherederos de Jesucristo, hermanos y compañeros, intercesores y bienhechores. Podemos pedirles lo que deseemos y necesitemos, como los pequeños hermanos a los mayores, pero la liturgia eucarística nos sugiere las grandes peticiones a ellos.

- Que nos ayuden a llegar más cerca de Cristo, del que mana como fuente toda la gracia del pueblo santo, que peregrina (Pref. Propios Santos).
- Que nos ayuden a vivir más en el corazón de la iglesia, para que su unión en el Espíritu se nos infunda por el amor fraterno (¿CC IV?).
- Que nos ayuden a “preparar la venida de tu Reino”, a trabajar por el Reino de Cristo en el mundo, hasta su venida (PR I).
- Y que lleguemos a la casa común, por Jesús, Cristo, a compartir la vida eterna y cantar las alabanzas de la gloria, “para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos” (PE III).

Estas sugerencias” nos ayudan a purificar evangélicamente nuestra devoción a los santos, “que pasando al cielo, hicieron el bien en la tierra”. “Que todos un día, junto a ellos, nos sentemos en la mesa del cielo” (PN III).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 5/11/ 2000.*

24. Asomados al Hogar de la Gloria

Palabra viva: Romanos 8,18-30

LG: 3,5.9.17.48; GE: 1.10.22.39; Dignitatis Humanae

PE I-IV; PE V a, b, c, d. PR I, II

Prefacios comunes I, III, V, VII, VIII, IX.

CEC: 1020-1037. 1042-1050

“Y cuando termine nuestra peregrinación por este mundo, recíbenos también a nosotros en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria” (PE V). En el centro mismo de la cena del Señor nos asomamos de lleno a la casa del Padre, el hogar de su gloria, gloria eterna en plenitud. Ya se lo habíamos oído al Señor. “Voy a la casa del Padre”. “Voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, estéis también vosotros conmigo” (Jn 14,2-3). Efectivamente, en la travesía pascual de su cruz gloriosa se fue al corazón del Padre, “subo a mi Padre, (que es) vuestro Padre” (Jn 20,21). Pero abierta la puerta de la casa y preparada ya la gran mesa, para todos, se vino a nosotros, a hacer morada junto a nosotros, sentándonos a esta

mesa de su pascua, anticipo de aquella, en el hogar del Padre (Jn 14,23). Ya aquí el mismo Padre nos acoge, en la gracia de su Hijo, en la comunión del Espíritu Santo (2Cor 13,13). Esta mesa anticipa aquella, pues la pascua es la parusía anticipada (1Cor 11,23-26).

En la mesa de la casa del Padre

¿Qué es el cielo? El abrazo común que el Padre da al Hijo, en la unidad del Espíritu Santo. “Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, Padre, y a tu enviado Jesucristo” (Jn 17,3). La vida que el Padre y el Hijo comparten, en este abrazo abismal del Amor. Ahora ya, en esta mesa se nos ha anticipado. Ya conocemos al Padre, en el rostro de su Hijo. Ya le amamos desde las entrañas de su Hijo”. Pero aún no comulgamos en este abrazo en plenitud, cara a cara. “Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo estoy, estén también ellos, como me has amado a mí” (Jn 17,24a.23b). “Por tu Hijo Jesucristo, compartir la vida eterna y cantar tus alabanzas” (PE II).

En aquel hogar, en aquella mesa, en aquella cena, en aquella fiesta, en aquella luz de la gloria, los que compartimos la muerte de Jesucristo, purificados ya enteramente por sus sangre, compartiremos con Él, en Él, y desde Él, este gran abrazo común, en la mesa definitiva del Reino del Padre. “Cuando Cristo haga resurgir de la tierra a los muertos y transforme nuestro cuerpo frágil en cuerpo glorioso como el suyo” (Fil 2,6-11; 3,20-21; 1Cor 15,20-28; 1Tes 4,14-17). El Hijo entrega el Reino al Padre y pasaremos en su paso, entraremos en su entrada a “la plenitud eterna de la gloria” (PE III). Examinados de amor a la caída de la tarde (Mt 25,31-40), nosotros mismos habremos decidido el destino final: el infierno o la gloria. Los que llegan a este hogar “de la luz y de la paz” (PE I), contemplaran cara a cara “la luz de tu rostro” (1Jn 3,2; 1Cor 13,12; Apoc 21,4). Estaremos con el Hijo, vueltos al Padre, en su inmensa familia, en el abrazo común de la unidad, para siempre, en alabanza de gloria (Fil 1,23; Jn 14,3; 1Tes 4,7). En esta comunión de vida y amor, su dicha definitiva y suprema, se consumarán todas las aspiraciones de la humanidad. Sobre pasados en Gloria y cada uno descubrirá su propio nombre, consumado el proyecto del Padre, por su Hijo, en el Espíritu Santo (Ef 1,3-23; Rom 8,18-30. LG 48).

Anticipada ya en primicia y en senda

“La iglesia solo llegará a su perfección en la gloria del cielo. Tendrá esto lugar cuando llegue el tiempo de la restauración universal (Hech 3,21) y cuando, con la humanidad, también el universo entero, que está íntimamente unido al hombre y alcance su meta a través del hombre, quede perfectamente renovado en Cristo (Cf. Ef 1,10; Col 1,20; 2Ped 3,10-13). En aquel día será la consumación de la humanidad, “en la que los hombres salvados por la gracia, como familia amada de Dios y por Cristo, el Hermano, den a Dios gloria perfecta” (GS 32). Aquel día será la consumación del universo, cuando aparezcan los cielos nuevos y la tierra nueva, la nueva creación (2Ped 3,13). La nueva casa, el nuevo hogar, la nueva morada de la justicia y la paz, “cuya bienaventuranza llenará y sobrepasará todos los deseos de paz, que se levantan en el corazón de los hombres” (Ap 21,4-5; 1Cor 15, 42.53; Rom 8,19-21) (GS 39a).

En el final de la plegaria proclamamos, ayúdanos “a preparar la venida de tu Reino”. Maranató. Ya estás. Ya vienes. Preparemos tu última venida para tu Hijo, para su mesa, que ya ha venido, ya está. La iglesia, “reino de Cristo en misterio”, es camino y germen del Reino del Padre que se consumará en gloria, sacramento e instrumento, rostro y senda (LG 3.5.9.17.36). Es el “pueblo mesiánico”, pueblo peregrino para llevar la paz y la salvación “al mundo entero (PE III). “Instrumento de concordia, de unidad y de paz” (PE Va). “Recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando” (PE V).

Efectivamente, en el Reino de Cristo (Pc1), se abre paso para la nueva creación (Pc2). Por la fraternidad reunida en la mesa del Hijo, aquí en la tierra, se abre paso, en rostro y senda, el “banquete de la unidad eterna”, para que “a los hombres de cualquier clase o condición, de toda raza y lengua”, “en un mundo nuevo, donde brille la plenitud de la paz” (PR II; GS 39c). Así avanzaremos hacia la consumación de la creación nueva, liberada de toda corrupción, donde cantaremos la acción de gracia de Jesucristo, tu ungado, que vive eternamente” (PR I; PE IV).

En alegría glorificada e indecible

Es en la cena del Señor donde se sienten hoy los gritos y las esperanzas de la creación, de la humanidad y de la iglesia misma (Rom 8,19-25; GS 1; LG 8c.48b). Pero “donde abundó el pecado sobreabundó la gracia” (Rom 5,20b). “Feliz la culpa que mereció tal Redentor” (Cf. Lc 15,11.24). El memorial de la pascua del Señor hace todas las cosas nuevas. Desentraña en el tiempo, en las cadenas y en los muros de la historia, y más abajo en la solidaridad de la culpa, y más abajo en la solidaridad de la existencia, gracia de la creación, la sobre-abundancia de la expiación del Hijo, redención y reconciliación sobreabundante. “Pues de su plenitud hemos recibido todos Gracia sobre gracia” (Jn 1,16).

El que vemos a la cabecera de la mesa sale al camino, se pone a la cabecera de la marcha, para pasarnos hoy en su paso. Desde más arriba, a más abajo, más adelante. En las mismas huellas de ayer, inéditas y recientes hoy, en la llama del Espíritu. Por él, como buen samaritano (Pr C 8), huésped y peregrino, nos hacemos al camino, que se consuma en la verdad y se desentraña en la vida (PE Vb). Él continúa hoy aunando a su iglesia y a su humanidad (PE Vd). Él continúa evangelizando a los pobres, liberando a los oprimidos y consolando a los desconsolados, para prender fuego a la tierra (PE IV). Él nos hace vislumbrar y descifrar los signos de los tiempos (PE Vc), para transfigurar el universo en el trabajo por la justicia y la paz (Pc 9; PR I, II). Él nos alumbramos los ojos para encontrar el gesto y la palabra oportuna ante los hermanos explotados y oprimidos (PE Vb). Él es en verdad el centro y la cumbre de la historia (GS 10). Su gracia pascual asume, recrea y libera toda la gracia creada (LG 13; GS 39b,c). Al soplo del Espíritu avanzamos en la recapitulación, en aurora incontenible (GS 22). Sobresaltados por la alegría (maranató) podemos salir de su mano a sus mismas huellas (LG 8b) en alabanza a la gloria de su gracia (Ef 1,6.12-14).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 12/11/ 2000.*

25. Por Cristo, con Él, en Él y desde Él

Palabra viva: Jn 17,1-26

SC: 7-8. 83-84

OM 12. 55h

Plegarias “Consilium (2.6.68). Apartado II

PE I. II.

CEC: 2241.2

La gran oración, la plegaria eucarística, que comienza con una alabanza, termina con una alabanza. “Por toda tu admirable economía en favor nuestro, te damos gracias y te glorificamos sin cesar en tu iglesia redimida con la sangre preciosa de tu Hijo” (Plegaria Adday y Mari). “Concédenos que con una sola voz y un solo corazón glorifiquemos y alabemos tu glorioso y magnífico nombre, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos”

(Liturgia de San Juan Crisóstomo). “Por el cual a ti gloria y honor, Padre e Hijo y Espíritu Santo, en la santa iglesia, ahora y por los siglos” (Plegaria de San Hipólito). La Plegaria I (canon romano) expresa esta alabanza, dirigiéndola al Padre, por su Hijo, en el Espíritu Santo, recogiendo así la última hondura de la revelación del misterio. Del Padre, por el Hijo, en el Espíritu. Así desciende la economía del misterio”: al Padre, por el Hijo, en el Espíritu. Así desciende la economía del misterio. En la mesa del Señor, memorial de su pascua gloriosa, anticipo de su parusía en gloria consumada.

A ti, Padre, por medio de tu Hijo

“Por él, unos y otros, tenemos entrada confiada al Padre, en un mismo Espíritu” (Ef 2,18. 3,12; Rom 5,1-2). “Nadie viene al Padre, si no es por mí” (Jn 14,6; Mt 11,27). Tenemos un solo Padre, Padre de todos, que acoge a todos, que está en medio de todos, que sobre-pasa a todos (Ef 4,6; 1Cor 8,6). Pero hacia él y desde él, no tenemos en absoluto ningún otro Mediador más que su Hijo amado, entregado por nosotros y entronizado sobre nosotros. “Un mediador entre Dios y los hombres, el Hombre, Cristo Jesús” (1Tim 2,5b; Heb 9,15; Rom 5,15). A través de sus manos, juntas las nuestras en las suyas, sostenidas en la suyas, desde las suyas.

- Por Cristo. A través de sus manos, abiertas, heridas y encendidas. Sus manos puestas entre las manos del Padre. “Acerquémonos, pues, con atrevida confianza al trono de la gracia” (Heb 4,16b). En la plegaria lo veíamos delante de nosotros, dándose a sí mismo desde el Padre, en el aliento del Espíritu Santo. Extendió sus brazos, los cerró sobre nosotros, los abrió sobre nosotros. Ahora lo vemos vuelto al Padre, desde nosotros. Como si se hubiera puesto detrás y nos hubiera recogido a todos, pasándose a la cabecera de la oración de alabanza. Es él quien alaba y nosotros, por medio de él, entrañados en él, asociados a él.
- Con Él. El Padre, al “levantarle”, nos entrañó en él, nos compartió su mismo aliento (1Cor 15,45; Gen 2,7), para que pudiéramos llegar a ser su cuerpo, “un cuerpo y un espíritu” (Ef 4,4. 2,4-16; 1Cor 12,12-13; Rom 12,15). En los sacramentos de su pascua, morimos con él, resucitamos con él, ascendemos con él y con él nos sentamos junto al Padre (Rom 6,3-5; Col 2, 12-13; Ef 2, 4-6). Hemos entrado, pues, a la “comunidad de su Hijo Jesucristo” (1Cor 1,9. 10,12.16; 1Jn 1,3). “Que estén estos conmigo” (Jn 17,24).
- En Él. “Padre, yo en ellos y tú en mí” (Jn 12, 23,a). Estamos “en él”, “existimos en él”. Como los sarmientos en la vid (Jn 15,5). Vivimos en su misma vida en el aliento del espíritu. “Cristo en nosotros” (Rom 8,10; Col 1,27). “Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20; Fil 1, 22; Ef 3,17). Él en nosotros para que nosotros estemos en Él y seamos hallados en él (Fil 3,9c). Ahora es cuando podemos volvernos al Padre, orando “en Espíritu y verdad” (Jn 4, 34), desde él, existiendo en él, en su Espíritu.

En la unidad del Espíritu Santo

“Y cuando yo sea levantado de la tierra atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32). En efecto, ahora a la cabecera de la mesa, el Señor, encabeza a toda la humanidad, a todo el universo y a toda la historia, en su iglesia, su Reino presente ya en misterio. “Todo lo sometió bajo sus pies y le dio como cabeza del universo a la iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva al universo a plenitud (Ef 1,2-23; 1Cor 15,24-28; Ef 4,5-13). El Señor avanza hacia la recapitulación y plenificación de todo y de todos, desde esta mesa de la iglesia peregrina, hacia la glorificación consumada en su parusía, para entregar el Reino al Padre y que él sea todo en todos” (Ef 1,3-14;

Col 1,12-20; Ap 5,1-14; 11,15-18; 15,3-4; 21,1-6). Pero esta vuelta al Padre por Él, con Él y en Él, sucede en la unidad del Espíritu Santo. En este sentido podemos decir “desde Él” (ex ipso, fórmula milanesa de la doxología), desde el aliento y latido de sus entrañas.

- En el aliento del Espíritu (Gal 4,4-7; Rom 8,9-25). Llama la atención el paralelo del canon romano y la plegaria de S. Hipólito: “en la unidad del Espíritu santo”/“en tu santa iglesia”. En la mesa del Señor, en la comunión de su cuerpo, pasamos a ser cuerpo suyo, cuerpo de su cuerpo, en su mismo Espíritu. “Un Espíritu con él” (1Cor 6,17). En el Espíritu comulgamos en su comunión misma, de Hijo, Hermano y Heredero. Comulgamos en su filiación y fraternidad y en su herencia. Desde ahí estamos orando. En sus entrañas, entrañas de su iglesia, entrañas de la humanidad, del universo y de los siglos.
- En el latido del Espíritu (Rom 8,26-30; 1Cor 2,6-16; Fil 2,1-11). “Abba, Padre”. “Bendito seas”. “Aquí estoy, por ellos”. “En alabanza a la gloria de tu gracia”. El latido de su obediencia al Padre, que se hace latido de servidumbre por sus hermanos, y latido de inmolación por el mundo (Jn 17,1-26; Lc,1-4; Mt 6,9-13). Esta comunión en su mismo aliento, germen y senda de la nueva creación, que se abre paso, hace que su iglesia sea su mismo cuerpo, en el mismo Espíritu. Una unidad, en el Espíritu santo. Él es el Sumo Sacerdote delante del Padre, pero no está solo, se ha entrañado a su cuerpo misterioso, “desde Él”.

Todo honor y toda gloria... Amén

La palabra “Abba” en Él (Mc 14,36) y en nosotros (Gal 1,4. 5,6; Rom 8,15) es en principio una palabra de júbilo, un asombro abismal de amor. La alegría se hace confianza, y la confianza se ultima en la obediencia, pero se consume en la alabanza. Ecce. Fiat, Magnificat. Es la resonancia más originaria de su oración. Pero el origen y el fin es la alabanza, el estremecimiento de amor, la aclamación jubilosa de “gloria en gloria”.

- “Toda gloria”. “Padre, glorifica tu nombre” (Jn 12,28c). “Padre, glorifica a tu Hijo” (Jn 17,1). Sí, lo glorifico y lo glorificaré. Y así quedó levantado en la cruz gloriosa, “para gloria de Dios Padre” (Fil 2,11). “Para manifestar la gloria del Padre”, “para aclamar la gloria del Padre”. “En alabanza a la gloria de la gracia” (Ef 1,6.12.14). De la alabanza brota y en la alabanza se consume toda nuestra confianza y obediencia de hijos en el Hijo. En el Magnificat entramos a la última hondura del Ecce, del Fiat.
- “Amén”. Hemos pasado a sus manos. Ahora nuestras manos son más tuyas que nuestras, es decir, son más nuestras que nunca. Él es el “Sí”, el “Amén” del Padre a nosotros. Y por ello es el Amén nuestro al Padre. Amen. Amen. Amen (2Cor 1,19-20; Apoc 3,14). Amén, la entera fidelidad del Padre, a nosotros en él. Amén, nuestra entera fidelidad al Padre en él (Rom 1,25; 9,5; 11,36; 16,27; Ap 1,7; 7,12; 22,21). El “amén” nuestro nace de sus manos capacitadas, liberadas y sostenidas por Él.
- El Espíritu “que grita”, “en el que gritamos” (Gal 4,6; Rom 8,15). “Todo el pueblo presente aclama diciendo “Amén” (Justino, Ap 5,6). Un grito como de un “trueno celestial”, que estremece el tiempo (Jer. In Gal 1,2). Es el gesto supremo del sacerdocio bautismal, que hace posible que en el júbilo nos ofrezcamos, entre las manos del Hijo, como “víctimas vivas para alabanza de su gloria” (Rom 12,1). Así es. Así sea. Es una palabra de consentimiento como firma bajo la ofensa del Señor (Agustín. Ad. Pelg. 3).

Es “el sello a todo lo que contiene la divina oración” (Cirilo de Jerusalén. Cat. 23). “Sí, vengo pronto. Amén” (Ap 22,20).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 19/11/ 2000*

25a. La gran aclamación a la gloria del Padre

(doxología)

Palabra viva: Apocalipsis 4,8-11. 5,8-14

OGMR: 55 h.

Doxología: todas las Plegarias.

CEC: 2639-2643

El padre ha extendido los brazos delante de sus hijos a la cabecera de la mesa. Los ha extendido para abrazarlos a todos, a toda la familia, a toda la casa. Pero cuando los estrecha contra su corazón los adentra en su entrañas, cierra los brazos sobre ellos. Por una parte aparece por delante, por otra parte aparece detrás. Pues los brazos cerrados sobre ellos los atraen y entrañan más aun en su corazón.

Con este gesto termina también la Plegaria eucarística. Jesús, el Hijo amado, único Hermano mayor nuestro, ha extendido los brazos para acoger y entrañar a toda la humanidad y a todo el universo, en el puñado pequeño de hermanos, que está en torno a la mesa. En estos brazos abiertos aparecen los brazos del Padre; en esos brazos que se cierran aparecen los brazos del Padre. Así, al que vimos delante de nosotros, le vemos ahora detrás de nosotros. Por él, con él, y en él, nos adentramos al corazón del Padre en la unidad del Espíritu Santo. Es el instante de la doxología, alabanza a la gloria de su gracia.

A ti, Padre omnipotente

El apóstol, en la persona de Cristo, delante de la mesa, levanta las manos con el pan y la copa, el cuerpo entregado y la sangre derramada del Señor. Y proclama la alabanza de gloria. El Hijo, que estaba vuelto al Padre, se volvió a nosotros (Jn 1,18). Ahora, vuelto a nosotros, se vuelve al Padre (Jn 20,17). Es un camino de bajada y de ascenso, para reunir a los hijos dispersos por el mundo. Ahora todos tenemos entrada confiada al Padre en un mismo Espíritu (Ef 2,16; Rom 5,1). La misión de la salvación es la misericordia entrañable del Padre, que nos viene por manos de su Hijo, en el aliento del Espíritu. Y retornará al corazón del Padre, por manos de su Hijo, en el aliento del Espíritu. Del Padre, por el Hijo, en el Espíritu. Al Padre por el Hijo en el Espíritu. Toda la oración en la mesa termina siempre en el Padre de la misericordia y de la fidelidad, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra, porque es el Padre de su Hijo único, Padre de nuestro Señor Jesucristo (2Cor 1,3; 1Ped 1,3; Ef 1,3; 3,14s; Heb 12,1; Snt 1,7).

El pan y la copa levantados en las manos del sacerdote, signo invisible de las manos del Hijo, resumen toda la obra de la creación y de la redención. Toda la gracia sobre Gracia; todo el camino descendente y ascendente de la gloria. El Padre, entre las manos abiertas, heridas y encendidas del Hijo, nos ha bendecido con todo el Espíritu. Y ahora toda la creación, la humanidad y la historia, en el pequeño corro de su iglesia, proclama la bendición ascendente, en alabanza a la gloria de su gracia. Bendecidos, bendecimos; agraciados, agradecemos; glorificados, alabamos (Ef 3,1.23). A ti, Padre omnipotente, de quien procede todo, y a quien retorna todo entre las manos del Hijo del Amor (2Cor 8,6).

Por Cristo, con Él y en Él

Nuestra alabanza a la gloria de la gracia del Padre sucede “por Él”, a través de sus manos. El Hijo Amado, el único Mediador. “Un solo Mediador ente Dios y los hombres, Cristo Jesús” (1Tim 2,5; Heb 9,15; Rom 5,15). Todo por sus manos, única y enteramente por sus manos. Nosotros ponemos, como sus hermanos más” pequeños, nuestras manos entre las suyas.

“Con Él”. Él es el único Sacerdote, el Pontífice verdadero, sumo y eterno (Heb 4,14; 19,11.24; 7,25). Pero ha querido allegar a sus hermanos a su lado. Compartiendo carne y sangre, flaqueza y llanto, para que podamos ofrecernos al Padre, juntamente con Él. Y lo que es más asombroso todavía, ofrecerle a Él. Su pan y su copa las tomó de nuestras manos. Se ha dignado compartirlos, para que seamos y caminemos siempre con Él. El Hijo amado, único Mediador y único Sacerdote porque es el único Hermano mayor, el Unigénito convertido en Primogénito. Él es la cabeza de la Iglesia, de la humanidad y de la historia.

“En Él” misteriosamente sucede la alabanza a la gloria del Padre, en la comunión de su cuerpo misterioso, que aparece como germen y primicias en su iglesia (Col 1,15.18; 1Cor 15,20; Jn 1,3; Heb 1,3; Rom 8,29; Heb 2,10; Jn 20,17). El Padre le dio como cabeza del Universo a la iglesia, plenitud del que lleva el universo a plenitud” (Ef 1,22s; 1Cor 15,28; Col 1,19). En nuestro “por Él, “con Él” y “en Él”, prestamos voz a todo el canto de la humanidad de la creación y de la historia.

En la unidad del Espíritu Santo

Todavía la alabanza nos estremece más todavía. Pues nos adentra en el aliento de su cuerpo, en el latido de su corazón, en la unidad del uno y mismo Espíritu, en Él y en nosotros. Somos su cuerpo misterioso, su familia, entrañado en sus entrañas en personalidad corporativa (1Cor 10,17; 12,25.27; Ef 1,23; 4,4; Col 3,15). “Un Espíritu con Él” (1Cor 6,17; 2Cor 3,17). Podemos decir no solo por Él, con Él, en Él, sino “desde Él” (liturgia ambrosiana). En el aliento de sus entrañas, en el latido de su corazón, en su misma obediencia al Padre, por ellos a gloria de su gracia (Jn 17,1-26). Ahora es cuando oramos “desde él” en “Espíritu y Verdad” (Jn 4,24).

La plegaria de Hipólito proclama “Con el Espíritu Santo en la Santa Iglesia”. La iglesia una, santa, católica y apostólica, reunida en torno a la mesa eucarística, aunque la comunidad sea pequeña y pobre, es “la comunión en la unidad del Espíritu Santo”, alentada, sostenida, transfigurada y sobre-pasada por el Aliento del Espíritu.

La plegaria de Crisóstomo expresa la alabanza en la iglesia congregada “con una sola voz y un solo corazón”. Alabamos a la “admirable economía en favor nuestro”. “Te damos gracias y te glorificamos sin cesar en tu iglesia redimida con la sangre preciosa de Cristo”. “¡Todo honor y toda gloria!”. “En alta voz y descubiertos los rostros”. “Alabanza, honor, confesión, adoración a tu nombre viviente y vivificante” (Plegaria Adday y Mari) Cf. Fil 2,6-11

AMÉN. AMÉN. Amén

AMÉN. AMÉN. Amén. El Hijo es el AMÉN del Padre a nosotros, y el AMEN nuestro al Padre. Pero nuestro pequeño amén, en el suyo, se ensancha y se enciende sin medida, en el Espíritu, mientras nos vamos transfigurando de gloria en gloria (2Cor 1,19-22; 3,17-18) ¡Así es, así es! ¡Así sea! Por los siglos de los siglos. Amén.

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 8/7/ 2001*

25b. La oración de los hijos en el Hijo (Padre nuestro 1)

Palabra viva: Lucas 11,1-4; Mateo 6,9-13

OGMR: 56. 91

CEC 2598-2615. 2777-2795

El Señor Jesús “mientras estaba comiendo, tomo pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio” (Mc 14,22). Los ojos al Padre, las manos extendidas a los hermanos. Él mismo se entregó y nos partió el pan de su entrega. Sus palabras se convirtieron en su gesto. Pero mientras estaban cenando, les hizo el encargo para que se dispusieran a pasar a los hermanos la entrega, que Él les hacía de sí mismo. No fuera a ser que comieran el pan y bebieran la copa, para “su propia condena” (1Cor 11,28-29). Era una invitación a acoger, compartir y ofrecer su mismo amor (Lc 2,24-27; Jn 13,2-16.34-35).

También, en la plegaria eucarística y la comunión, encontramos unas palabras y unos gestos. La celebración eucarística es “un convite pascual”. Conviene que según el encargo del Señor, su cuerpo y su sangre, sean recibidos por los fieles, debidamente dispuestos, como alimento espiritual” EM 12 (OGMR 56 Introd.). A esto tienden los “Ritos preparatorios” con los que nos vamos acercando hasta el momento de la comunión.

“Antes de participar en el Banquete”

“Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir” (Rito de comunión). El Padre, por manos de su Hijo, nos ha entregado su Espíritu, y en esta comunión de amor, hemos recibido el don de la filiación, que se convierte en el don de la fraternidad de su Hijo y se consuma en el don de la herencia de su Hijo. Nos da antes lo mismo que nos encarga. ¿Cómo podríamos llamar nosotros “Padre” al mismo “Padre de nuestro Señor Jesucristo”, si Él no hubiera pasado a nuestras entrañas, el mismo y único aliento de su Amor? Sí. “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones, con el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rom 5,5; Act 2,33; 1Jn 4,10; Tit 3,6). Al terminar la proclamación del memorial, nos sentimos “llenos de alegría por ser hijos de Dios”. “¡Mirad que amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos!” (1Jn 3,1; Jn 1,12; Ef 1,5).

Por su Hijo, con su Hijo, en su Hijo, desde su Hijo, “nos ha dado su Espíritu” (1Jn 4,13). Existimos en el cuerpo de su Hijo, en el aliento de sus entrañas, en el latido de su corazón (Jn 6, 57). “En espíritu y en verdad” (Jn 4,24; 6,63). Estamos siguiendo su “divina enseñanza” (Lc 11,1-2; Mc 6,9). Más aun, Él no solo nos ha enseñado a orar, sino que nos ha entregado su misma oración. Por eso “nos atrevemos” a decir, en conciencia filial, en seguridad alegre, en audacia humilde, en honda simplicidad, en inquebrantable certeza. Hemos sido amados y agraciados en el Hijo, por Él y para Él (Ef 3,12; Heb 3,6; 4,16; 10,19; 1Jn 2,28; 3,21; 5,14). Esta es nuestra “parresía”, nuestra entrada libre y confiada junto al Hijo entronizado. “Nuestra boca habla con labios de fuego, un lenguaje nuevo” (Rito bautismal Siríaco).

¡Abbá! ¡Padre!

“Estaba Jesús orando y cuando terminó le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar. Él les dijo: ¡Padre! (Lc 11,1-2). “Al Padre nadie lo ha visto nunca, pero el Hijo único, que estaba vuelto al seno del Padre, se volvió a nosotros y nos lo dio a conocer” (Jn 1,18; 1Jn 5,20). “Todo me ha sido entregado por el Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre lo conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27; Lc 10,22). Él, vuelto al

Padre, en el abrazo común del Espíritu le decía siempre: “¡Abba, Padre!” (Mc 14,36; Jn 11,41; 17,1; Lc 24,34.46). El amor que iba pasando a los hermanos desvelaba y alentaba su oración, pero este amor nos lo entregó por entero en su Pascua. “Todo está consumado”. E inclinando la cabeza entregó el Espíritu” (Jn 19,30), que pasa a nosotros en el “agua y la sangre”. Ahora es cuando pasamos a ser hijos en el Hijo, el Unigénito convertido en Primogénito de todos los hermanos y de toda la creación.

Ha llegado la plenitud de los tiempos. El Padre ha enviado a su Hijo, en nuestra carne, para pasarnos de esclavos a hijos. “Y el hecho de que somos hijos, se muestra en que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abbá, Padre! (Gal 4,4.7). El Espíritu ora en nosotros con gemidos inenarrables, y nosotros gritamos en él, ¡Abbá Padre! (Rom 8,15-17; 1Ped 1,3.23). El mismo grito, la misma palabra, el mismo aliento. Por el Hijo al Padre, en el Espíritu. Por eso dice al Padre: “Aquí estamos, yo y los hijos que me diste” (Heb 2,13; 1,2-4). Grito de inmensa alegría, de infinita confianza, de absoluta obediencia. Hijos pequeños, entrañados en el Hijo del Amor (Mc 1,11; 9,7; 12,6; 14,61; 15,39; Jn 17,1.24; 1Jn 1,3; 5,1; Col 1,13; Ef 1,6).

¡Padre nuestro!

El aliento del Espíritu del Hijo, ha ensanchado nuestro corazón. A través de sus ojos, estamos contemplando al único Padre, el Padre de todos, el que está sobre todos, el que acoge a todos, el que sobre-pasa a todos (Ef 4,6; 1Cor 8,6; Mt 23,9). ¡Todo desde él, todo hacia él! Todo por manos de su Hijo, el único Señor, Hijo de las entrañas, levantado en la cruz, brecha de la gloria. “Señor, Jesús, Cristo”. Para desentrañar la gloria del Padre, para aclamar la gloria del Padre (Fil 2,6-11). El Padre le ha puesto a la cabecera del universo en la iglesia, le ha dado como cabeza del universo a la iglesia (Ef 1,22s). Cuando le alentó, le levantó y lo designó Primogénito de entre los muertos (Col 1,18). Inauguró la nueva humanidad de la nueva creación (Rom 5,12-19; 1Cor 15,21-28.45-47).

El Padre es “nuestro”. En torno a la mesa de la iglesia, una extendida por toda la tierra, a una sola voz, todos los hijos en el Hijo, alentados por el Espíritu Santo, gritamos: “¡Padre nuestro!” (Mt 6,9). Pero en ese mismo grito gritan todos los bautizados, aunque estemos separados todavía, grito, pues, que nos aúna y nos conduce a la unidad consumada (UR 8.22; Mt 5,23-24; 6,14-16; Jn 17). Pero la iglesia, que es su cuerpo, es la primicia de toda la humanidad y de todo el universo, pues el Hijo es el Primogénito de toda la creación (Col 1,15), para reunir en uno a todos los hijos dispersos por el mundo (Col 1,15) y para llevar el universo a su recapitulación final (Ef 1,10; Mc 1,15) ¡Misterioso “nuestro”! Nuestros los cielos y la tierra, nuestros los pueblos y los caminos, nuestros los cantos y las lágrimas, nuestros las tiendas y los gemidos. En la unidad del Espíritu Santo (Cf. GS 22).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 15/7/ 2001*

25c. Venga a nosotros tu Reino

(Padre nuestro 2)

Palabra viva: Lc 11,2b; Mt 6,9b-10

GS: 22. 32. 39. 45.

CEC: 2807-2827

La oración de los hijos en el Hijo, teniendo al Hijo mayor, el Primogénito delante de nosotros, y detrás de nosotros. En la hora de la cena de la familia, los hijos ven al padre delante, ven su rostro, ven sus manos, adivinan sus huellas. El “Padre nuestro”, lo aclamamos al Padre, delante del Hijo Primogénito. El que se abajó en el pesebre, el que anunció el Reino del Padre en los caminos, el que lo realizó anticipadamente en la Pascua, al que estamos viendo ya venir a consumarlo en la parusía. El “Padre nuestro” es sobre todo una aclamación de bendición de alabanza. Pero lo mismo que el padre, en la cena de familia, rodea a sus hijos con sus brazos, para adentrarlos en su corazón, así también sucede en la mesa del Señor. Al que vemos delante, le vemos también detrás. Sus brazos hacen el corro, nos rodean y nos allegan a él, en el aliento del Espíritu. Oramos la oración de los hijos, desde él, en su amor mismo. Por eso lo que era alabanza, se hace ofrenda, y pasa a ser súplica, para convertirse por fin en alabanza. Allegados a él, delante de su rostro, pasamos entre sus manos a la ofrenda juntamente con él, por medio de él, en él mismo, en la unidad del Espíritu Santo.

Santificado sea tu nombre

En el marco oscuro de la noche, aparece luminoso el rostro del padre delante de la mesa. Veníamos del camino. El mundo nos parecía la pelea de Caín y Abel. Ahora veíamos brillar el amor en su rostro, ternura y fortaleza, misericordia y fidelidad, don hecho proyecto.

En la historia santa el Padre nos fue diciendo su nombre, al ir realizando las maravillas. “Soy el que soy”. “Estoy con vosotros”. Delante, al lado y detrás. Fidelidad de la misericordia definitiva. “Amén”. El fuego vivo, el que no se agota, fuego que arde y alumbraba, que enciende e incendia (Gen 17,1). En la creación (Gen 1,26; Sal 8), en la promesa, convertida alianza para siempre (Ex 3,14-15). Fuego del Reino que comenzará con el Ungido (Is 6,1-7), nueva creación del Santo (Is 45,11), que se santificará revelando su nombre (Ez 36,23), brecha victoriosa de la gracia (Dan 7,14.18).

Pero la cegadora claridad de su rostro en la travesía entera de su Hijo, “el Santo” aparecido en la carne (Mt 1,20s; Lc 1,35; Jn 1,14), misericordia victoriosa en los caminos (Mc 1,24; Jn 6,69), aurora incontenible de la gracia, en la cruz gloriosa (Act 3,14-15; Fil 2,6-11), resplandor de la gloria del Padre (Heb 2,1-4; 2Cor 3,17-18), anticipación de la parusía en gloria (Mc 14,62). “Padre, glorifica tu nombre” (Jn 12,38). Levanta en el madero a tu Hijo. “Padre, glorifica a tu Hijo” (Jn 17,1). El Padre lo glorificó y lo glorificará. Dándose a conocer en el rostro de su Hijo, dejándose amar desde las entrañas de su Hijo (Jn 17,3). “Yo por ellos me santifico para que ellos sean santificados en la verdad” (Jn 17,19). Delante de su rostro estamos aclamando en alabanza. ¡Santo, Santo, Santo! Los cielos y la tierra, la humanidad, la iglesia, nosotros mismos incendiados de amor (Ef 1,4.9; 1Cor 6,11) en Él (1Cor 1,30). La alabanza es la forma más expropiante de la obediencia. Urge vaciarse las manos. Manos vacías, limpias de sangre, para ser santos en el Santo, con el Santo y para el Santo (Ex 19,5-6; Lev 19,2; 1Tes 4,3). Avanza la revelación de la gloria, nos urge la fidelidad de la obediencia, pasándonos a las manos encendidas del Hijo del Amor. Para el Padre, para su Reino, entera y absolutamente para Él.

Venga tu reino

Amanece en la noche. La claridad del rostro abre otra aurora. Y a su claridad, aparece la mesa de las manos del padre, donde se abre paso en victoria de amor. Manos extendidas, mesa para todos los hijos, rotas las barreras, arrancadas las cadenas. Todos en corro, los pequeños a su lado. Fiesta de cambio de puestos, admirable intercambio.

Así sucede en la mesa del Señor. Delante de su rostro proclamamos la alabanza al Padre. “Venga tu Reino”. ¡Ya ha venido! ¡Ya viene! Efectivamente, el Reino anunciado (Mc 1,14-15) se hizo corro grande en la tierra florecida (Mc 6,30-42) y por esto el Hijo tuvo que subir al madero, para inaugurarlo de lleno en anticipo. Mesa antes de padecer (Mc 14,22-25), mesa en la cumbre de su pasión (Jn 19,19.28-37), mesa en su resurrección (1Cor 11,23-26), hasta que vuelva. Maranata, ven Señor Jesús. Hijo de las entrañas. Único Hermano mayor. Ya está delante de la mesa. Ya vas delante del camino ya te vuelves (1Cor 16,22; Ap 22,20).

Es necesario que Él reine, para entregar el Reino al Padre (1Cor 15,22-28). Aclamación de alabanza al Padre, delante del rostro de su Hijo, entronizado en el madero, que encabeza la mesa de la parusía comenzada. Y al tiempo urgencia de ofrenda al Padre, por medio de él, para que nuestras manos abiertas, entre las suyas, corporeicen en sacramento el paso de su reino, en su Iglesia, germen e icono del Reino del Padre, que nos sobre-coge y sobre-pasa (Rom 14,17; Mt 5,1-16; 6,24.33; 7,12-31; Gal 2,16-25). Estamos a la espera del retorno del Hijo del Amor (Tit 2,12) y el Espíritu está encendiendo la iglesia, para santificar todas las cosas, llevando a plenitud su obra en el mundo (PE IV).

Hágase tu voluntad

Cuando contemplamos las manos del padre, mesa en la noche, adivinamos que la mesa es brecha del camino. Saldrá delante, a preparar la mesa del porvenir, última herencia. Y no solo habrá que vaciar las manos y abrirlas, sino habrá que entregarlas entre las suyas. Se ven que están heridos y descalzos sus pies.

Así en la mesa del Señor, nos vemos avocados a aclamar al Padre, ante el Primogénito, que va a salir al camino, hacia la última mesa sobre el monte. En plena noche, rostro a tierra, ofreció sus manos en absoluta obediencia. Abbá, Padre, no lo que yo quiera, sino lo que tú. Tú eres el Señor de lo imposible. Todo es posible para ti. “Hágase tu voluntad” (Mt 26,42) Eso fue su senda entera. “Aquí vengo para hacer tu voluntad” (Heb 10,7). Obediencia en el camino (Jn 4,34; 5,20; 6,35), obediencia absoluta en la travesía (Heb 10,10). En tristeza, en angustia, en gemido, en lágrimas (Mc 14,34-36; Heb 5,7-9). “¿Y qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero, ¡si para esto he venido, para esta hora! Padre, glorifica tu nombre (Jn 12,27-28c). El Padre le responde: “Lo he glorificado y lo glorificaré” (Jn 12,28 b).

Aclamación al Padre, delante del Hijo levantado en la cruz gloriosa. Aclamación al Padre que atrae a todos y a todo hacia Él: “Hágase tu voluntad”. Y la aclamación es la última expresión de la ofrenda. El Magnificat posibilita el Fiat. Todo es posible para ti. Bendito seas. Y entramos a la misma ofrenda del Hijo, a su absoluta obediencia, en la unidad del Espíritu Santo (Lc 1,38; Mt 7,21; Rom 12,2; Ef 5,17). Así nos ofrecemos por entero en la misma ofrenda sacrificial suya (Rom 12,1; Ef 5,2; 1Ped 2,2.5), aclamando la gloria de la gracia del Padre, su beneplácito de amor (Ef 1,3-14.15-23).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 27/7/ 2001*

25d. Perdona nuestros pecados

(Padre nuestro 3)

Palabra viva: Marcos 6,10b-13a; Lucas 11,3-4b

OGMR: 56a

CEC: 2828-2849

La claridad el rostro, la mesa de sus manos, la senda de sus pies. El don del Padre, su Hijo, entregado y levantado, el Reino en persona. El don que nos inunda de alegría y nos provoca a la alabanza y a la ofrenda. ¡Las tres alegrías, las tres aclamaciones! ¡Las tres ofrendas! Pero el don se convierte en encargo. El Señor nos invita a compartir el mismo encargo que el Padre le confió a él, su misión misma, el avance de su Reino, hasta entregarlo al Padre, en la última victoria. El propósito de su voluntad, venido desde el cielo, del corazón del Padre, se abre paso en esta tierra, abriendo brecha hacia el hogar del Padre, la meta de la alegría sobre el monte (Ef 1,3-14). “Así en la tierra como en el cielo” (Mt 6,10c). La gloria de las alturas, se abre paso en la tierra (Cf. Lc 2,14; 19,18). ¡Hosanna en las alturas! ¡Bendito el Reino que viene! (Mc 14,10). “Es necesario que Él reine” (1Cor 15,25) ¡Se le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra! (Mt 28,18).

Danos nuestro pan del mañana

El Señor que nos regala su mesa, nos envía, a ponerla, junto a él, en la travesía del mundo entero, en toda la creación (Mc 15,15; 1,15). “Buscad primero el reino de Dios y su justicia” (Mc 6,33). Haced el corro sobre la tierra, ofreced vuestro trozo de pan entre mis manos. Será el pan de la vida y vosotros lo repartiréis. “Dadles vosotros de comer” (Mc 6,37). El pan del Padre, que da la vida al mundo (Jn 6,26-58). El pan que cambiará la cara de Epulón, con Lázaro a la puerta (Lc 16,19-21), en la mesa de las bodas del Hijo, mesa tan grande como el mundo, donde los últimos serán los primeros (Lc 14,7-25; Mt 22,1-24; 25,31-46). Los hombres sufren hambre de pan y de evangelio (Mc 4,4; Dt 8,3; Am 8,119).

El encargo sobrepasa las fuerzas de los hermanos y los hermanos suplican al Padre ante el rostro del Primogénito, que les dé lo que antes les encarga. “Danos el pan del porvenir”, “lo más esencial”, el Pan de la vida, el cuerpo de Cristo (Jn 6,32.51-58.63). Cuando les habló a los hermanos de poner la mesa con él, quedaron preocupados. Él les dijo: “no andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis” (Mt 6,25). Y más tarde cuando les envió a la intemperie del camino, sin alforja, sin dinero, y sin bastón (Mt 10,7-9; Lc 10,3-9). Ellos sintieron la necesidad del trozo del pan (Prov 27,1; 30,8). Ellos están bajo el cobijo del Padre. Pueden pedirle el trozo del pan diario (Mt 6,34), la “ración de cada día” (Ex 16,4.19). Al lado del Hijo, que se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza (2Cor 8,1-15), el trozo de pan se multiplicará en insospechada generosidad, para expresar la fiesta del cambio de puestos, en el Reino ya comenzado.

Perdónanos nuestros pecados

El Señor hace en la mesa un segundo encargo a los hermanos. Ellos no pueden ayudarle a poner la mesa del Reino, en el mundo, hacia la casa del Padre, sino se aman y son todos uno (Jn 13,1.34-35; 17,15-23). Por ello les encargará que se amen, perdonándose setenta veces siete (Mt 18,22). Ahora se lo encargará sin condiciones, sin plazos, sin medidas. Ellos le vieron sentarse a la mesa de los pecadores, que se ablandaban a su amor, con el júbilo de ser pecadores perdonados (Mc 2,9-10.15-17; Lc 7,36-47; Mt 11,16-19; Lc 19,1-10; 23,39-43). Entre sus brazos abiertos, en los caminos, y enclavados en el madero, los que se acercaban se sentían verdaderamente perdonados, acogidos, entrañados en el corazón del Padre (Lc 15,1-2.11-32. 39-43). Lo más hondo era dejar el puesto de fariseo y llorar desde atrás como el publicano. “Ten compasión de mí, que soy un pecador” (Lc 18,43). Se le conmovieron las entrañas, le abrazó, le perdonó la deuda (Mt 18,27; Lc 15,20; 23,43). Él es nuestra reconciliación. Este Hijo, por su sangre (2Cor 5,18-6,2; Ef 1,7; Col 1,14).

Los hermanos, ahora, delante del rostro del Hijo, piden el perdón, que se les encarga. “Perdona nuestras ofensas”. “Perdona nuestros pecados” (Mc 6,12; Lc 11,4a). Pero el encargo es necesario, es apremiante. No podrán acercarse a la mesa, para ser acogidos en las entrañas si no perdonan a los hermanos, que han ofendido. Impresiona la insistencia. Son abrazados para que vuelvan a abrazar a los hermanos y luego retornen juntos, para hermanarse juntos a la mesa (Mc 11,25; Mt 6,12.14-15; 18,35; Lc 12,57-59; 16,1-8; 18,13) ¡Deja la ofrenda y vete a reconciliarte con tu hermano! (Mt 5,23-24). Es posible, es sencillo. Él antes nos da todo su amor, victorioso en nosotros si lo acogemos (Fil 2,1-11; Ef 4,32; Gal 5,25; Mt 26,28; Jn 20,33). Solo queda una deuda: el amor del Hijo en nosotros (Rom 13,8). La obligación más bella y necesaria, nuestra paz (Cipriano).

No nos dejes caer en la tentación

Un tercer encargo nos provoca a una tercera petición. La fraternidad en torno a la mesa ha de salir a los caminos sobre las mismas huellas del Hijo del Amor. Por eso, él los llama a negarse a sí mismos, tomar la cruz y venirse con él. El camino de las bienaventuranzas se hace en las huellas de su misma travesía (Mt 5,1-12; 10,16-39). Al caminar los hermanos entrarán en la noche: las “apetencias de la carne” (Mc 4,13-19; Rom 7,14-20; Snt 1,14-15), el rechazo del “mundo”, con el odio de todos, les empujarán a escaparse (Mc 14,50). Han de compartir con él sus tentaciones, su tentación (Mt 4,1-41; 26,33-36) “Velad y orad para que nos caigáis en la tentación, que el espíritu es pronto, pero la carne es débil” (Mc 14,35).

Por eso el encargo de la travesía se hace petición. Oran al Padre, delante de su rostro. El Hermano compasivo, que en la tribulación aprendió sufriendo a obedecer (Heb 2,10-18; 4,14-16; 5,7-10). Sí, pueden entrar a compartir sus pruebas (Lc 22,28; Jn 16,20-23). El Señor extiende su mano (2Ped 2,9; 1Cor 10,13) y en el aliento del Espíritu se fortalece el corazón (Gen 1,5.25; Mt 6,21-24), con firmeza insospechada (Jn 17,11; 1Cor 16,1; 1Ped 5,8; 1Tes 5,6). La tribulación nos acrisola en paciencia sufrida y esperanza firme, por el Espíritu derramado en los corazones (Rom 5,3-5). Y “en todo sobre-venceremos por Aquel que nos amó” (Rom 8,28-39).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 29/7/ 2001*

25e. Tuyo es el Reino, por siempre Señor

(Padre nuestro 4)

Palabra viva: Apocalipsis 15,3-4

OGMR: 56a

CEC: 2850-2856

Al salir de la mesa al camino, para acompañar al Señor, que se levanta y se abre paso hacia adelante, se hace la noche todavía más densa. Entramos al combate entre la luz y la tiniebla. Vemos que nuestras manos tienden a cerrarse y que la pelea sangrienta, que sucede en la noche, nos amenaza, si abrimos de par en par las manos. Por eso en la tercera súplica nos encargó el Señor, que hiciéramos dos plegarias. “No nos dejes caer en la tentación” y “líbranos del mal”, “líbranos del maligno” (Mt 16,13a.13b). Y es tan importante esta súplica que la iglesia, nuestra madre, ha hecho una añadidura (“embolismo”) para desarrollar la última petición del Padre nuestro. Necesitamos pedir para todos “la liberación del poder del mal”, pero hacerlo al tiempo con cantos de victoria (la “doxología”) que el pueblo proclama e incluso canta (OGMR 56 a).

Esperamos la venida gloriosa

Cuando caminamos en la noche, tenemos la inquebrantable certeza de que mañana amanecerá una aurora, incontenible, victoriosa. El Señor nos enseñó, que la mesa del Reino del Padre, se terminará de poner en el definitivo amanecer de su gloria, su fuerza luminosa, su luz poderosa. Como el pastor que va delante del rebaño y que se vuelve, por fin, delante de él, para terminar de hacer el corral. “Entonces verán al Hijo del hombre, que viene sobre las nubes con gran poder y gloria” (Mc 13,24). Vendrá a poner la mesa de las bodas, en el monte, último hogar del Padre, examinando a todos de amor a la caída de la tarde. “Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado”. “Tuve hambre y me disteis de comer”. “Apartaos de mi malditos, al fuego eterno”. “Tuve hambre y no me disteis de comer”. Así les hablaba mirando el amanecer, cuando se echaba encima su muerte violenta en la ignominia (Discurso escatológico Mc 13,1-36; Mt 24,1-25, 46; Lc 21,5-37; Rom 14,7-12; 2,1-10; Ap 20,11-21,8).

Al terminar de partiros el pan y la copa, con nuestros corazones en el júbilo del Espíritu Santo, gritamos: “Maranatá”, ¡Ya vienes! (1Cor 11,23.26; 16,22; Ap 22,20). Sí, Amén. “Esperamos la venida gloriosa de nuestro Salvador, Jesús Cristo” (Cf. Tit 2,13). El Hijo del Amor, el crucificado, fue levantado, a la cabeza de la mesa y de la marcha. “Es necesario que Él reine”, para entregar la mesa al Padre (1Cor 15,24.28). Estamos recogiendo las tres primeras aclamaciones “en forma de adoración y de acción de gracias”. Estamos esperando la revelación del Señor, la consumada comunión en su mesa” (1Cor 1,7-8). “Bienaventurada esperanza”. ¡Ya no habrá cadenas ni muros! La mesa suya recapitulará y transfigurará todo (Fil 3,2-21). “La epifanía” de la gloria del Hijo, el gran Dios, rostro mismo del Padre. Epifanía del amanecer en gloria (1Tim 6,14; 2Tim 1,10; 4,1-8; Tit 2,13; 2Tes 2,8). Entre las manos heridas del “salvador nuestro, Jesús Cristo” (1Tim 6,14; Tit 1,4; 2,11.13; 3,16), que destruyó por fin la muerte (Heb 2,14), en la luz de la vida inmortal (Jn 1,4.9; 1Cor 15,53-54).

Líbranos del Maligno

Cuando el Señor recorrió los caminos, se veía enseguida la encrucijada, entre dos reinos, dos reinados. El muro y la mesa. El hogar y la pirámide (Cf. Mc 2,1-3.6; 3,23-30). La casa que el Padre, puso en nuestras manos, la convertimos en campo de guerra. Por sugerencia del Maligno nos cerramos al amor del Padre, en la desobediencia (Gen 3,1-24; 1Cor 15,21-22; Rom 5,12-14) y nos cerramos al amor de los hermanos en la opresión, que se hace asesinato y suicidio (Gen 4,1-24; 1Jn 3,11-15). El muro, las cadenas, la tierra empapada de sangre. “El mundo entero yace bajo el poder del maligno” (1Jn 5,19b).

El Maligno, Satanás es una persona. Se atraviesa y se opone al proyecto del Padre, a la salvación cumplida en su Hijo. Sembró la cizaña en el campo. Y se entrelaza en íntima solidaridad, el pecado personal y el colectivo, como también la brecha de la solidaridad del Reino de Dios: es una comunión. El Maligno, “homicida desde el principio” (Jn 8,44), es el “seductor del mundo entero” (Ap 12,9). Por eso Jesús pedía al Padre: “no te pido que los saques del mundo, sino que los libres del Maligno” (Jn 17,15; Cf. Mt 6,13b; 2Tes 3,2). La gran tentación será el arrancarnos de las manos del Hijo, la apostasía (Mc 6,13a.13b).

La aclamación eucarística alienta a la suprema confianza a todos: “líbranos”. A nosotros, a cada uno y a toda la iglesia, a toda la familia humana, a todo el universo. “Ahora ha sido vencido el príncipe de este mundo”. En la pascua del Hijo, en su entronización en la cruz gloriosa. Al ser levantado a lo alto “ya” todo lo atrae hacia Él (Jn 12,3; 14,30; Ap 12,11; 22,17-20). “Maranatá”. En la noche “todavía, haces brillar el sol sobre todos (Mt 5,45), y a todos llamas a la sala de las

bodas (Mt 22,10). Sí, “donde abundó el pecado, sobreabunda la gracia de la paz” (Rom 5,20b-21).

Tuyo el Poder y la Gloria por siempre Señor

Orando así, vislumbramos en la humildad de la fe, la recapitulación de todo y de todos en el Primogénito, “es el que es y el que viene” (Ap 1,8.18; Ef 1,10; 9,23). ¡Ya estás, ya vienes! La justicia, la paz y el gozo de la parusía, se anticipa en la pascua, en la mesa del memorial. En las desdichas del mundo, que abruma a la humanidad, la fraternidad, en torno a la mesa suplica llevar adelante el don de la paz, en la comunión ilimitada de destino con la pasión gloriosa del Señor. El camino del martirio acrisola la paz como resplandor del amanecer en el interior de la noche (2Tim 4,17). El Señor es fiel, él nos mantiene y nos mantendrá en el misterio, la comunión y la recapitulación de su Hijo (1Cor 1,9; 10,13). Mientras se marcan en el cuerpo de la iglesia las heridas de su Señor para el pregón de la paz, en la victoria del Maligno. Pues, desde el Hijo, en el Espíritu, podemos dar la vida por los hermanos, vertiendo la nuestra, con la sangre del Cristo, nuestra paz. El Señor lo hace y lo hará. Él es el “Amén”. “Tuyo es el Reino, el poder y la gloria”. La realeza, el poder y la gloria, que se atribuyó “el príncipe de este mundo”, el Hijo los restituye al Padre, en la consumación gloriosa (Fil 2,6-11; Ap 4,11; 5,17; 15,3-4). Tuyo es el Reino por los siglos Señor, nuestro (Did. 8,2).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 5/8/2001.*

26. La paz os dejo, mi paz os doy” (fraternidad 1)

Palabra viva: Efesios 2,14-22

LG: 9

GS: 77-78

Antes de recibir en nuestras manos el cuerpo y la sangre del Señor, somos llamados a abrir estas manos nuestras de par en par para el Amor del Padre, que se nos entrega en el memorial de su Hijo, en el Aliento del Espíritu Santo. Pero el Señor, nos da antes, lo que después nos encarga. Por eso nos entrega antes el “Padre nuestro”, para aclamar, ofrecer, suplicar y aclamar con él. Abiertas de par en par nuestras manos al Padre, entre las manos del Primogénito, es como somos capaces ahora y podemos ser llamados a abrir nuestras manos de par en par a los hermanos, para compartir el amor, que hemos acogido. Entonces el Señor, de nuevo, nos da antes, lo que luego nos encarga. Antes nos dio el gesto de su oración de Hijo, ahora nos da el gesto de su comunión, de Hermano. Entramos pues en la secuencia de la “paz”, que nos entrega el “Señor, Jesús, Cristo”. A Él nuestra mirada y nuestra súplica.

“Paz a vosotros”

“Señor Jesús Cristo, que dijiste a tus apóstoles: La paz os dejo, mi paz os doy”. Estaba sentado con ellos a la mesa, en la noche en que fue entregado. Y mirando a sus rostros, alcanzados por la noche, al dar Él su paso hacia el calvario, les dijo: “os dejo mi paz, mi paz os doy. No os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde” (Jn 14,27).

El amanecer luminoso de la creación se convirtió en noche sangrienta, cuando cerramos nuestras manos al Amor (Jn 1,5.10-11). Los hombres no querían ser hijos y cerraron las manos en la desobediencia (Rom 5,12; Gen 3,17.19). No querían ser hermanos y levantaron el puño en la opresión (Jn 3,12; Gen 4,8). En el hogar común apareció la guerra. Para mantenerla había que

poner cadenas, sobre los otros; y para mantener las cadenas, había que levantar un muro: la opresión y la injusticia. Del corazón pasaron al hogar; del hogar a los corazones. Odio en el latido del alma, “odio” en las estructuras del mundo, ahora bajo el “Maligno” (1Jn 5,19; Jn 8,47; 17,15).

¿Puede haber mesa común, si hay muros y cadenas? ¿Es posible la paz sin redención y reconciliación? Y ¿son posibles la redención y la reconciliación, si no se arranca el odio? El mundo habla de paz, el imperio proclama la paz para toda la “tierra”. Seguro que es el “orden”, que desplaza sin arrancarlas, el muro y las cadenas. Y para asegurarlas se servirá del dominio de los reyes que dominan como señores, absolutos, y oprimen con su poder (Cf. Mc 10,42).

Por eso les decía el Señor a sus apóstoles, mi paz, la que yo os doy, no es ni la doy, “como es la del mundo” (Jn 14,27). “El pueblo andaba a oscuras”, “vivían en tierras de sombra”. “La vara del opresor, el yugo de su carga, el bastón de su hombro”. “La bota que pisa con estrépito”, y “la túnica empapada en sangre” (Is 9,1.2, 3-4; Mt 4,15-16; Lc 1,78; Jn 1,5; 8,12; 2Cor 4,6). “Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes” (Jn 15,18). “Todos os odiarán por mi nombre” (Mt 10,22 c). “Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo! Yo he vencido al mundo” (Jn 16,33).

“Él es nuestra paz”

Ellos le traicionaron, le abandonaron. Pero él, levantado en el madero (Jn 19,28-37), se presentó en aquel mismo cenáculo, cuando ellos, por miedo al “mundo”, habían cerrado las puertas. “Se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo “Paz a vosotros” (Jn 20,19). Era el Hijo amado, bajado al pesebre, gloria en el cielo y paz en la tierra (Lc 1,79; 2,4.14.29), ya entonces signo de contradicción (Lc 2,34). Era el Ungido misericordioso que inauguraba el reino de la paz, en la noche del pecado y del dolor (Mc 5,34; Lc 8,48). El que les puso a ellos, pequeños de su misericordia, en pie por los caminos a pregonar su paz (Lc 10,12s [Q]), brecha que rompe el tejido de la historia, hasta la más entrañable (Lc 12,51 [Q]). Era el que les invitaba a tomar el yugo como “Rey pacífico” (Mt 21,1ss. 11,28 ss [Q], para trabajar por la paz de su Reino que era perdón de los hijos perdonados (Mt 5,9.23ss; 6,12ss; 18,1-35), ofrecido como luz y sal, desde la comunidad pacificada (Mc 9,50; Mt 5,13).

Fue esta mesa de la justicia, La paz y el gozo, mesa de su reino (Rom 14,17), la que le avocó al madero de los criminales (Fil 2,6-11). Allí, con los brazos abiertos, extendidos entre el cielo y la tierra, “derribó el muro” que nos separaba del Padre” (Lc 23,34.43.46; Mc 15,35-39; Jn 19, 30.34). “Él es nuestra paz” (Ef 2,14; Is 9,6; Miq 5,45). Víctima de propiciación por nuestros pecados, sangre derramada sobre el propiciatorio, el perdón convertido en redención y reconciliación, justicia y paz, nueva creación (Rom 3,21.26; 4,25-5,1.10-11; 8,14-30). Su rostro, amanece en la gloria del Padre; sus manos abiertas, heridas y encendidas, mesa de la paz, en la que Él se saca de su corazón el precio del rescate y el pan de la comunión (2Cor 5,14-6,2; 1Cor 11,23-27; Ef 2,1-10.14.22; Col 1,12-23).

“Paz a vosotros”. Y les mostró las manos y el costado (Jn 20,20c). Ahora todos tenemos entrada por el Hijo, en el Espíritu. Se anuló el odio, se derribó el muro, se arrancaron las cadenas. Hemos vuelto todos a casa, entre las manos del Señor de la paz (Act 10,16), la “gracia y la paz” (1Tes 1,1). “Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor” (Jn 20,20b; Lc 24,41).

“Concedenos la paz y la unidad”

Nos preparamos para la comunión. Y como pobres pecadores, perdonados, suplicamos con la infinita confianza “implorando la paz y la unidad para la iglesia y para toda la familia humana” (OGMR 56 b). “No tengas en cuenta nuestros pecados”. Nosotros, como todos los hermanos del

“mundo”, tenemos las manos manchadas de sangre. “Ligeros sus pies para derramar sangre: ruina y miseria sus caminos. El camino de la paz no lo conocieron” (Rom 3,15-16a.23a). ¿No seremos nosotros los más pecadores de todos los hombres? (Cf 1Tim 1,15). Pero vemos, con nuestros ojos, en el Memorial, que sus manos se abren ante nosotros y se cierran sobre nosotros, para abrirse más allá de nosotros. Esta familia suya, que el Padre, se adquirió con la sangre de su propio Hijo (Act 20,28b), ha recibido un “amén” definitivo, para responder con un “Amén” inquebrantable (2Cor 1,20.27), en el Aliento del único y mismo Espíritu. En esta mesa del “banquete de las bodas del Cordero” la vemos como esposa “vestida de lino deslumbrante de blancura” (Apoc 19,8-9). Por eso nos atrevemos a decir: “no mires nuestros pecados, sino la fe de tu iglesia”. Ella es la primicia del Primogénito, la única primicia. Ella es signo e instrumento, diseño y germen del Reino del Padre. Por ella pasa la paz mesiánica, que avanza victoriosamente a la parusía. Por eso, “según tu palabra, concédele la paz y la unidad”. La paz y la unidad suya, son paso y destello de la paz y unidad de toda la familia humana y de todo el hogar, del universo (LG 2-9).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños.12/8/ 2001*

27. “Ofreceros la paz” (fraternidad 2)

Palabra viva: 1Corintios 16,19-24

LG 9; GS 77; AG 3.8; GS 78.82

CEC 2302-2306

Antes de acercarnos a recibir el cuerpo del Señor y la sangre del Señor, él mismo nos encarga y nos pide que abramos nuestras manos de par en par a los hermanos. Pero siempre él nos da antes lo que después nos encarga. Por ello la mejor manera de recibirlo es suplicarle que con sus manos siempre abiertas, heridas y encendidas nos ayude a acogerlo. Por eso le suplicamos que nos conceda la paz y la unidad.

Pero como su paz, es su perdón, nos resulta verdaderamente difícil, dar a los hermanos el abrazo de la paz. Pedro se lo preguntaba, “Señor, ¿Cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces? (Mt 18,21). Parece como si el resentimiento, el odio y el deseo de la venganza salvaje, germinara insospechadamente en el corazón, como en la pelea de Caín y Abel (Gen 4,24). El Señor le dice: “Hasta setenta veces siete”. Es esto lo que él mismo hace con nosotros. Nos perdona la deuda inmensa, porque “se le conmovieron las entrañas” (Mt 18,27; Lc 7,42). Pero enseguida, al salir agarramos a los hermanos, les exigimos y les encarcelamos. El Señor, con ira de padre, nos manda a llamar, “¿no debías tú también tener misericordia de tu compañero, lo mismo que yo me compadecí de ti?” (Mt 18,33; 5,7; 7,2; Col 2,13).

Examínese cada uno ante la Mesa

Hay una palabra recia del Señor, que los hermanos recordaban siempre en torno a su Mesa. “Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas entonces de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano” (Mt 5,23s; Mc 11,25). En aquel mismo altar se hace presente en memorial, el Misterio de la reconciliación (2Cor 5,8-6,2; Rom 5,6.11; Col 1,19s), en la muerte del Hijo del Amor. No hay otro manantial de la justicia, la paz y el gozo.

El apóstol, que preside la mesa, en quien el Señor se hace presente, debe levantar la voz, para llamar a esta gravísima responsabilidad, donde los hermanos se juegan la muerte o la vida. Si tienen las manos cerradas al amor del Señor y por ello al amor de los hermanos, si se han excluido de su reconciliación victoriosa (1Cor 12,3a) entonces deben no acercarse a la mesa. “Si alguno no ama al Señor, que sea anatema” (1Cor 16,22a). “No echéis a los perros, lo que es Santo” (Mt 7,6a; 2Ped 2,22; Heb 10,29). “Fuera los perros, los hechiceros, los impuros, los asesinos, los idólatras y todo el que ame y practique la mentira” (Apoc 22,15; Rom 1,29; Ef 5,5). Los hermanos deben examinarse y mirarse a las manos, antes de acercarse a la mesa (1Cor 11,28-32). “El que sea santo, que se acerque, el que no lo sea, que haga penitencia” (Did 10,6). En el día del Señor, antes de partir el pan “confesad vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro” (Did 14,1). Los primeros hermanos, cuando se reunían al amanecer, para partir el pan, después de haber aclamado al Ungido, como Hijo de Dios, Dios mismo, “se comprometían a no cometer ningún crimen” (Carta de Plinio). Por eso, todavía hoy en las iglesias orientales, el Sacerdote levanta el Cuerpo del Señor y dice: “Lo santo a los santos”. Y la asamblea contesta: ¡“Un Santo, un Señor, Jesús cristo, para gloria del Padre”! Las Constituciones apostólicas (VIII, 13.13), añaden la aclamación de la paz (Lc 2,14; 1Cor 8,6; Fil 2,11).

“La paz del Señor esté siempre con vosotros”

El apóstol, en nombre de todos ha suplicado al Señor Jesús Cristo, el don de la paz y de la unidad, “antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna”. Ahora le señala en medio de todos. “¡Es el Señor!” (Jn 21,7c). ¡“Él es nuestra paz!” (Ef 2,14a). E invita a los hermanos, a ofrecerse unos a otros, la paz, que han recibido de sus manos. ¡“Abrazaos unos a otros con el beso santo”! (1Cor 16,20b; Cf. 1Tes 5,26; 2Cor 13,12; Rom 16,16; 1Ped 5,14). Una aclamación sale de sus corazones inundados de júbilo: “Maranatá! (1Cor 16,22b; Cf. 11,26; Apoc 22,20). ¡Señor Jesús Cristo! (Fil 2,11) ¡Ya estás! ¡Ya vienes! “Venga la gracia y pase este mundo. Hosanna el Hijo de David. Maranatá. Amén” (Did. 10,6). “Santo, Santo, Santo”. “Tú eres el Santo de Dios” (Mc 1,24; Jn 6,69) El Hijo, entregado como siervo, y levantado como Señor. Tú la justicia y la paz (Act 3,14; 4,17; 10,37-43). El Padre le levantó, alentándole el Espíritu Santo (1Cor 15,45; Rom 8,11). Tú, el Señor, eres el Espíritu” (2Cor 3,6.17). Al alentarnos tu mismo Espíritu, tú el Amado, nos hiciste amados en el Amado, “santos” en ti, el Santo. “Amados de Dios, llamados santos” (Rom 1,7p). Hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano, herederos en el Heredero. En el único y mismo Espíritu, en él y en nosotros. Ahora podemos rastrear la expresión del Apóstol: “Abrazaos unos a otros en el beso santo” (1Cor 16,20b). “Abrazaos unos a otros en el beso de la caridad” (1Ped 5,14). “Paz a todos vosotros en Cristo” (Ibid; Ef 6,23). “Paz a vosotros”, dice el Señor (Jn 20,19-20.26; Lc 24,36). El apóstol solo presta la voz a la palabra: “La paz del señor esté siempre con vosotros”. “Offerte vobis pacem”. “¡Daos fraternalmente la paz!”. ¡“En Cristo que nos hizo hermanos con su cruz”! “¡En el Espíritu de Cristo resucitado!”

“Daos fraternalmente la paz”

Te estamos viendo a la cabecera de la mesa, con los ojos levantados al Padre y los brazos abiertos de par en par a los hermanos. “Padre, glorifica a tu Hijo”. Para que pase a los hermanos, tu amor mismo. Que te conozcan en el rostro de tu Hijo, que te amen desde las entrañas de tu Hijo (Jn 17,1-3). “Santifícalos en la verdad”. “Por estos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad” (Jn 17,17a.19; 1Cor 11,24; Mc 14,24; Heb 2,11). En el agua y la sangre, el fuego del Espíritu pasó a nosotros (Jn 19,30.34). “Padre, quiero que donde yo estoy estén también ellos conmigo” (Jn 17,24). Se ha roto el muro de la desobediencia. Entramos al corazón del Padre, por medio de Él (Jn 14,6; Mt 11,27). Pero él añade: “Que todos

sean uno, como tú Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros” (Jn 17,21; 10,38). Se ha roto el muro del odio, levantado desde Caín y Abel. Por él, con él, en él y desde él podemos “ser-unos-en-otros”, “unos-desde-otros”, “unos-para-otros”. “En esto hemos conocido el amor, en que Él dio su vida por nosotros, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos” (1Jn 3,17; Jn 13,14; 15,33). Efectivamente, unos y otros, podemos entrar con Él al Padre, en un mismo Espíritu” (Ef 2,18). En su sangre, se ha derribado el muro, y se nos ha dado la paz (Ef 2,17; 3,12; Rom 5,12). Entre sus mismas manos heridas y encendidas, con la fuerza victoriosa de la expiación de su sangre se ha derribado el muro que nos separaba a unos de otros, el odio. Este odio, que levantó los otros muros económicos, sociales, políticos, culturales, raciales y hasta religiosos. “Ya no hay judío, ni griego, ni libre ni esclavo, hombre o mujer, porque todos vosotros sois “uno” (una persona comunitaria) en Cristo Jesús” (Gal 3,28; 1Cor 12,13; Rom 10,12; Col 3,11). Ya ninguno somos extranjeros ni forasteros, somos hijos en el hogar del Padre, en el Hijo, que nos hermana en la comunión suya, en la fraternidad de la paz de su gracia. Un solo Padre, que está en medio de todos y acoge a todos y está sobre todos, porque en el medio está como único Mediador su Hijo, el Señor. Al habitar, en medio, con su espíritu (Ef 3,17.18), “La paz de Cristo reina en nuestros corazones, en un solo cuerpo (Col 3,15; Fil 4,7; Jn 14,27).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños.19/8/ 2001*

28.La fracción del pan (fraternidad 3)

Palabra viva: 1Corintios 10,16b-17

LG 3.7.26

OGMR 48.56c.283

CEC 1329.1342.2624

Después del abrazo de la paz, pasamos al gesto de la “fracción del pan”, unido estrechamente al gesto de la mezcla del pan consagrado, con la sangre de la copa (la “inmixtion”). Estos dos gestos profundamente entrelazados tienen una misteriosa significación. El Señor llega al cenáculo, en su pascua gloriosa, y en el centro de la mesa, a la cabecera, les ofrece el abrazo de la paz: “Paz a vosotros” (Jn 20,19). Pero después comparte la mesa con ellos (Lc 24,41-43; Mc 16,14a; Jn 21,9-13; Act 10,41). “Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando”. Entonces ellos “le han reconocido en la fracción del pan” (Lc 24, 30.35b). ¿Cómo es que entonces “se les abrieron los ojos y lo reconocieron” (Lc 24,31b)? Muy sencillo, este era el gesto suyo. Cada día, cuando se reunían a la mesa, él mismo les partía el pan. Cuando se reunió la muchedumbre, haciendo el gran corro del Reino, él mismo le partió el pan (Mc 6,41; 8,6). Y en la cena pascual, antes de padecer, en aquel mismo cenáculo, él mismo les partió el pan (Mc 14,22; Lc 22,19; Mt 26,26; 1Cor 11,23-24). Todo el misterio de su Amor, toda su redención, toda su reconciliación, expresada en el gesto de la paz, se entrega en el pan partido (1Cor 10,16b-17).

Pan partido

El gesto era el centro y la cumbre, el arranque y el término del padre de familia cada noche, ante la mesa, para así emprender la marcha. Su vida en sacrificio, su entrega a muerte por los suyos, expresado en el pan roto y partido. En la cena pascual el gesto era todavía más hondo. Ya estaba el pan ácimo sobre la mesa, ya se había proclamado la hazaña del Señor en la travesía (Haggada). Ya se había cantado la primera parte del canto (Hallel I (Ps. 112/113,1-8). Ya todos habían cantado el Aleluya. Entonces, como signo de aquella hazaña del Señor, el padre de familia

tomaba un pan grande, levantaba los ojos al cielo y entre sus manos, lo partía. En la vieja fórmula aramea del relato, el padre debía mostrar el pan, mientras se proclamaba el memorial. “He aquí el pan de miseria, que comieron nuestros padre a la salida de Egipto”. Después, partía el cordero pascual sobre la mesa. Es en aquel momento cuando el Señor, con palabra y gesto irrazonables, proclama y entrega su amor, por entero, desde las entrañas del Padre a la mano de los hermanos. “Mientras estaba comiendo tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y dio a ellos. Y dijo esto es mi cuerpo” (Mc 14,22). “Mi cuerpo por vosotros” (1Cor 11,24c). Es toda su entrega a la muerte, en representación, en expiación, en donación. El gesto del Padre, en manos de su Hijo, el Hijo mismo que se entrega a sí mismo en todo su amor expresa en realidad, la “muerte del Señor” (1Cor 11,26b). Estamos en la nueva pascua. “Cristo, nuestra víctima pascual ha sido inmolada” (1Cor 5,7b; Jn 1,29.36; Apoc 5,6; 7,16ss). En la fracción del pan y en la inmixción, hay aclamaciones vivas del pueblo. El Verbo fue sacrificado en la cruz... su costado traspasado por la lanza”. “Padre de la verdad, mira a tu Hijo como víctima... mira su sangre derramada en el Calvario”. Tú eres el Cordero de Dios, cuyo costado fue traspasado por nosotros en la cumbre del Calvario”. Adorémosle a Él solo, glorifiquémosle con los ángeles. Aleluya” (Jungmann MS II; 445).

Pan encendido

El cuerpo del Señor se está partiendo en la mesa “por nosotros”. Pero este “por ellos” de la cruz, resume y lleva a plenitud toda la historia de su amor, todos sus gestos. En la liturgia de la iglesia en España en la época mozárabe, el pan se partía en siete trozos y se ponía sobre la patena en forma de cruz. El pan “por ellos” de su encarnación, de su nacimiento, de su circuncisión, de su aparición en los caminos, de su pasión, de su resurrección. Sí, este es el mismo pan “por ellos” que aparece entre sus manos heridas y encendidas, en la “gloria” de su “Reino”. Pero le vemos en efecto resucitado. Su “cuerpo” crucificado, sus “despojos” (Mc 15,43b.45b), sembrados en el surco, como grano de trigo (Jn 12,24), son ahora “espíritu vivificante” (1Cor 15,45; Rom 8,11). La carne rota, desalentada, desangrada, es ahora el cuerpo glorioso del Señor. “El pan que partimos es la comunión en el cuerpo de Cristo” (1Cor 10,16b). El signo de unir cuerpo y sangre, es el mismo de la consagración expresado ante nuestros ojos en misteriosa unidad. “Está unido y santificado y perfeccionado”, aclama la liturgia siríaca. En esta misma perspectiva aparece el rito bizantino (el “zeon”), agua hirviendo derramada en el cáliz. Si el Espíritu se significa como fuego que arde, la iglesia bizantina quiere expresar ante los ojos, que en la inmixción del cuerpo y la sangre del señor se significa, que entre sus manos está la plenitud del Espíritu, para pasar a las nuestras y que nosotros alcancemos, por la fe, la comunión en el fuego ardiente de su amor. “En el Espíritu ardiente” (Rom 12,11). Así como el calor arde en la copa, “llama de amor viva”, así el Espíritu vivificante, que es el Señor, nos enciende y transfigura a nosotros (2Cor 3,17-18). “Pues el Padre que nos confirmó para Cristo, el mismo no ungió” (Ef 1,13; 1Jn 2,27) y nos selló dándonos las arras del Espíritu en nuestros corazones” (“2Cor 1,22-23; 5,5; Rom 8,32; Ef 1,14).

Pan único

Ahora comprendemos que la fracción del pan y la conmixción, expresan la paz de la redención y de la reconciliación, como la “comunión del Hijo” (1Cor 1,9b), pasada a nosotros, en las primicias, en el pan, que partimos (1Cor 10, 16b-17). “Porque el pan es uno, un cuerpo somos los muchos, pues todos participamos de un único pan” (1Cor 10,17). Ahora comprendemos porque el gesto de la fracción del pan, descubre todo el misterio de la iglesia como comunión eucarística, sacramento e instrumento de la comunión de gracia, que arrastra a la humanidad y el universo hacia su recapitulación. Los hermanos “perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la comunión (koinonia), en la fracción del pan y en las oraciones” (Act 2,42).

Efectivamente, en las pequeñas reuniones de la iglesia, en las casas, allí partían el pan, en casa, compartiendo el alimento en el júbilo y en la sencillez de corazón” (Act 2,46; 20,7; 27,35). Ignacio de Antioquia (Ef 20, 2/Cf. Justino, Apología 67,7). Este pan partido, que se introduce en el cáliz, es signo de honda y ancha comunión. Los presbíteros de Roma, obligados a celebrar en las sencillas parroquias del entorno, llevan un trozo de pan consagrado en la mesa de Pedro, para ponerlo en la copa del altar como signo de comunión (Carta Inocencio I al Obispo Decencio de Gubio: “para que no se sientan ese día separados de nuestra comunión”). De este pan partido habrá que guardar un fragmento para llevar a los enfermos, ofreciéndoles el aliento y la comunión en el cuerpo inmolado y misterioso de Cristo. Y en este pan partido, beberán el Espíritu en la copa, compartirán el Aliento en el pan (1Cor 12,12-13), para ser un cuerpo y un espíritu, ya que pasamos a ser lo que comemos, cuerpo misterioso del Hijo del amor. La fracción del pan, gesto suyo en la última cena, expresión del gesto entero, en el tiempo apostólico al partir el pan, para darlo en comunión “significa que nosotros somos muchos, en la comunión de un solo pan de vida, que es Cristo, nos hacemos un solo cuerpo (1Cor 10,17) OGMR 56c.

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 26/8/ 2001*

29. Para la comunión en la unidad (fraternidad 4)

Palabra viva: Hechos 2,42-45

SC 55; LG 4.11.23

CEC 1391-1401

La “fracción del pan” en la Mesa del Señor, es el don para la comunión (Koinonia) en la unidad. “Porque uno es el pan, un cuerpo somos los muchos, pues todos compartimos un mismo pan” (1Cor 10,17). Es el Hijo del amor, que se da a sí mismo, “para que estemos con él” y seamos “hermanos” y le ayudemos a poner la mesa en el corazón del mundo, mesa que espera con ansia toda la creación (Mc 3,14.23-27.34; 6,7.33-34). Esta “comunión” de los caminos se consumó en la travesía (Mc 14,22-25. 15, 35-39. 16,14-18) y nos la entregó para siempre a la cabecera de la mesa, entre sus manos heridas, en el Aliento del Espíritu Santo (Lc 24,41-43; Act 10,11). Los apóstoles, pregonaron el evangelio de su Victoria, en el Fuego recio de Pentecostés (Act 2,39. 22.23.32-33.36) y en torno a la mesa, se inaugura de lleno en germen, lo que había dibujado por los caminos. Los hermanos se reunirán “en familia”, “por las casas”. A la cabecera de la mesa, el Señor, que se hacía presente en el apóstol. Los hermanos acogían el aliento, en el evangelio y en el cuerpo del Señor. “Permanecían constantes en la enseñanza de los apóstoles” (Act 2,42. <4,2. 18; 5,25.28.42>) y en la fracción del pan” (Act 2,42[20,7; 27,35 Cf. Lc 22,19; Jn 6,11). Con manos abiertas, inundado de júbilo el corazón “en las oraciones (2,42b/ 42c), y “en la comunión (koinonia)” (2,42). La palabra “comunión” designa aquí todo el misterio de la iglesia, fraternidad del Señor, en forma de su mesa: la comunión eucarística, que hace germinar la “comunión de vida”, “la comunión de dones” y “la comunión de bienes”.

“Un solo corazón y un alma”

Los hermanos le vieron orar al Señor, en la última cena levantando los ojos al cielo”. “Padre Santo, que sean uno como nosotros” (Jn 17,11). “Como tú Padre en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea, que tú me has enviado” (Jn 17,21). El Padre le dio un abrazo íntimo de Amor, en el Principio, pero ahora en la “tienda de campaña”, nos lo da Él a nosotros (Jn 1,1.14.18). Este abrazo de amor lo consumó en la travesía, cuando traspasado el corazón, nos pasó el aliento de sus entrañas (Jn 19,30.34; 20,22), en el pan partido

y en la sangre ofrecida (Jn 6,56-57; 15,4-5). El Hijo vive en el Aliento de las entrañas del Padre, en el latido de su corazón. Vive en Él, por Él, para Él y desde Él. Ahora, nosotros, podemos vivir en el Aliento de las entrañas y en el latido del corazón del Hijo. Vivir en él, para él, y desde él. Pero al estrecharnos juntos, contra su corazón, nos entreaña unos a otros, en su misma comunión, que se hace comunión fraterna, para que vivamos desde Él, unos en otros, unos para otros, unos desde otros. El Hijo, la Palabra de la Vida, la Vida misma, vuelto al Padre, se ha vuelto a nosotros. Podemos, verlo, escucharlo, palparlo, comerlo, para ser todos uno, en la unidad de su comunión. “Os la anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros”. “Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1Jn 1,3b; 1Cor 1,9). En medio de las tinieblas, el Reino de donde los hermanos asesinan a los hermanos, donde hay otra mesa, otro lugar, otra senda (1Jn 1,5-6; 2,11), nosotros tenemos la comunión de “la sangre de Cristo” (toda la expiación toda la reconciliación), que crea la “comunión entre nosotros”. Por este Hijo, por su sangre (Apoc 1,5; 7,1; Heb 9,14; Apoc 5,9p). El apóstol lo proclama sin cesar. “La comunión en el Hijo” (1Cor 1,9), es la “comunión en el Espíritu” (2Cor 13,13), que se entrega en el “evangelio” (1Cor 15,3) y en el “cuerpo” y la “sangre” sobre la mesa (1Cor 10,16.17), en medio del reinado de la “noche” (1Cor 10,18.20). “Un cuerpo y un Espíritu” (Ef 4,4), “un solo corazón y una sola alma” (Act 4,32), en insondable sintonía y simpatía y unanimidad. Es el latido mismo de “la caridad”, de las entrañas del Primogénito (1Cor 12,26; Rom 8,29-30), “partícipes de la naturaleza divina” (2Ped 1,4).

“Un cuerpo, muchos miembros”

En una misma familia, los hijos comulgan, carne y sangre, espíritu y vida, pero también dones y servicios, nacidos del Aliento del amor. El Señor creó su fraternidad, compartiéndole su misma comunión, en su misma vida, pero al tiempo entre sus manos compartió a todos sus dones, para participar en su servicio. Les llamó para “estar con él” y para “enviarles” a poner la mesa del Reino (Mc 3,13-14). Dones, para compartir y servir. En distinguir, para unir; unidos en su diferencia. Era necesario proclamar el evangelio, explicarlo en el corro; era necesario curar las heridas; era necesario abrir proféticamente la brecha de la justicia en palabras y signos. Los envió a los “doce” de dos en dos (Mc 6,6b-13) y a otros “setenta y dos” discípulos (Lc 10,1-12), también de dos en dos; y allegó al grupo un puñado de hermanas, para servir por los caminos (Lc 8,1-13), y hasta a los últimos de los pobres, al ser evangelizados, se convertían en pregón vivo del evangelio (Mt 11,4.6), lo más importante era compartir la vida, y desde este corazón único, disponerse a servir a todos, con el don recibido por cada uno (Mc 10,45; Jn 13,3-17). Los Hechos de los Apóstoles nos dibujan esta fraternidad, llena de dones, desde los apóstoles, maestros y profeta, hasta los servidores de los pobres, y los que ofrecen su casa y sus bienes (Act 2,46-47; 3,11-12; 4,29-30; 6, 1-8; 13,1-3). El que da ánimos, el que comparte con sencillez, el que realiza la misericordia, el que abre brecha con solicitud (Rom 12,6-8. 16,1-16). Ha sido el apóstol el que ha rastreado más profundamente el misterio de la “comunión de vida”. Juan decía que todos los sarmientos viven de la savia, para fructificar unidos por la vida del mundo (Jn 15, 1-16). Pero Pablo con la parábola del cuerpo va mucho más allá todavía. En el cuerpo inmolado del Señor, se da el gran don, el carisma primordial, la comunión con el Hijo (Gal 4,4-7; Rom 8,15-17). Pero en la misma familia, todos los hijos, que son iguales, son al mismo tiempo, distintos, como los miembros de un cuerpo, que el Padre es y encabeza. Un cuerpo, con muchos miembros para edificar la comunión, con lo cual, los miembros más débiles son los más necesarios (1Cor 12,1-30).

“Todo en común”

El mismo Señor en el corro, compartía por entero no solo lo que era, sino lo que tenía. Y cuando se reunía el corro grande de los hermanos fatigados y dispersos, se atrevía a pedir a los hermanos el trozo de pan que necesitaban aquel día para sobre-vivir (Mc 6,32-38). Incluso llegaba a pedírselo a los más pequeños (Jn 6,5-8), pues le parecía que el mayor don, es decir lo

que se necesita para mantener en precariedad la propia vida (Mc 12,41-44). Lo que la fraternidad tenía en común, debía de estar siempre disponible para los pobres (Cf. Jn 12,4-8. 13,19). El Hijo no tenía donde reclinar la cabeza (Lc 9,35). Recostado solo “en el seno del Padre” (Jn 1,18) era siempre su vida pan partido sobre la mesa, a donde invitaba a los más pobres, para que la presidieran con él, sirviendo los primeros. En la travesía pascual, al viento recio del Fuego, los primeros hermanos, dieron cuerpo en torno a la mesa, al gesto de la comunión de los bienes, brecha de la tierra de la herencia. En la cena del Señor, al ver sobre la mesa su cuerpo roto y partido, comprendían que todo lo que tenían no era suyo. “Nadie llamaba suyos a sus bienes; todo lo tenían en común” (Act 4,32b). Cada uno aportaba según podía y recibía según necesitaba (Act 2,45; 4,34-35). La comunión en el cuerpo del Señor que les unía en un solo corazón y una sola alma (los del Señor mismo), y les hacía sentirse y serse, miembros unos de otros, les alentaba en amor jubiloso a la koinonia de los bienes, que era liturgia de la gracia, en aclamación a “aquel que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (2Cor 8,9). El apóstol, ha explicado también de modo admirable esta comunión de bienes, con los pobres de cerca y de lejos, signo de la nueva creación, ya anunciada (Gal 2,9-10; 1Cor 16,1-6; 2Cor 8,1-24; 9,1-15; Rom 15,25-32). La Koinonia del Hijo entregado, en la celebración del memoria, era aliento y exigencia para compartir de verdad con los pobres, presencia del Juez, que viene ya a juicio (1Cor 11,17-32; 1Jn 3,16-18; Heb 13,12-16).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 2/9/ 2001*

30. “Este es el Cordero de Dios” (por la vida del mundo 1)

Palabra viva: Lucas 23,33-46

LG 14.41.49.60.62

SC 5.48; AG 3.7; UR 20; PO 2

El padre, desde la cabecera de la mesa ha logrado que se den un abrazo de paz. Pero ya están a punto de marcharse a sus casas, cada uno a la suya en el escenario del mundo. Los ojos del padre miran hacia el camino. ¡Qué situaciones tan distintas! Uno en casa grande, con buena mesa ¡y otro tirado en la misma calle en un portal! (Lc 16,19-20). Les separaba un muro, encadenado: la riqueza, el poder, el nivel, la cultura, el futuro. Uno hacía de amo y otro de esclavo, pero a los ojos del padre estaban encadenados los dos. Y más a fondo, en el corazón los dos cerrados al amor, en la envidia y en el odio. Era la pelea del amo y del esclavo. La pelea de los dos esclavos, que querían ser amos (Lc 15,11-13.28-30). Por debajo del muro y de las cadenas había una solidaridad, en la ambición, en el intento de opresión, en el afán de darse muerte. A los dos les faltaba el amor a fondo que él les había regalado, para compartir mesa y camino, en un lugar común (Rom 1,18-32; 2,17-29). Estaba partiéndoles el pan, y le faltaba todavía el gesto y un encargo, para construir la casa común, que él siempre había proyectado y para la que siempre les había alentado. Pues, en la cena del Señor, hemos llegado al mismo don y encargo. Mientras se parte el pan todos aclaman: “¡Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros!”.

El Hijo único y amado

Había florecido de nuevo la tierra entera (Gen 9,1-17). Pero de nuevo levantaron “rascacielos” arrojando a los pequeños a las “chozas” (Gen 11,1-9). Entonces el Padre, desde más adentro de su corazón, propone al viejo y pobre patriarca, salir a preparar una tierra nueva, bajo cielos nuevos. Era una bendición y al tiempo un compromiso. “Por ti se bendecirán todos los linajes de

la tierra” (Gen 12,3). Él acogió con manos vacías y abiertas, aquel gesto de misericordia y fidelidad, para toda la humanidad y el universo. Y el Padre, le pasó al camino de su justicia (Gen 15,6). Bajo la mirada del Padre, tierra compartida, como hogar común, dejando siempre la parte mejor, para los otros. Pero ¿cómo inundar el corazón de amor y de misericordia, para derribar barreras siempre y siempre arrancar las alambradas? El viejo patriarca fue invitado a un gesto supremo de amor: abrir sus entrañas de par en par, arrancándose a su hijo amado, dándole muerte, para que la bendición llegara a todos, hasta los confines de la tierra (Gen 22,1-18). En realidad era una señal, viva, de lo que pensaba hacer él, en la plenitud de los tiempos. Abraham sustituyó a su hijo, por un carnero, que sacrificó en holocausto (Gen 22,13). El Padre se había propuesto entregar a su propio Hijo, para que todos vivieran de su mismo amor, en una tierra nueva donde reinara su justicia. No serían ellos los que vinieran a pedir perdón ofreciendo su sangre. Era Él mismo, el que abría el corazón de par en par entregando a su Hijo, a la muerte de los perdidos, para que todos pudieran acogerse a sus entrañas y dejarse allegar como hijos y hermanos. “Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16). En verdad: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29; 2Cor 5,17-6,2). “Nuestro cordero pascual ha sido inmolado” (1Cor 5,7). “El que no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por nosotros, ¿cómo no nos va a dar en gracia todo con él? (Rom 8,32).

“Cordero degollado”

“Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (Mc 1,11). Tú mi complacencia, tú el propósito de mi voluntad, para la familia grande y el hogar común. En torno a ti. ¡Tú a la cabecera de la mesa y del camino (Ef 1,3-10). Me duelen sus gritos y lágrimas. Urge arrancar las cadenas, derribar el muro y curar el odio de los corazones. Les pedí un día que vinieran a pedirme perdón y a reconciliarse (Lev 16,1-34). Pero el último secreto, que tú conoces, es que derramaré yo mismo la sangre por ellos. Tú el Hijo de mis entrañas, serás la víctima, reducida a la nada, para hacer nuevas todas las cosas (Mc 9,7.12). Tú irás a poner la mesa grande, sobre el monte, la copa de la alegría para todos, tú, mi único, el heredero. Te arrojarán fuera de la cerca, para morir su misma muerte (Mc 12,6.7). Me propongo que sea suya la herencia. Tendré que ponerte sobre el altar y abandonarte. Seguro que sentirás angustia en la noche, pero “es necesario” por ellos. El Cordero degollado del día de la expiación y la reconciliación, eres tú mismo, en la figura del Siervo inmolado en rescate por todos (Mc 10,45; 14,26). En el supremo dolor de amor de mis entrañas, morirás sobre el madero, sostenido por mí, aunque te sientas abandonado y mi corazón quedará ya abierto, para siempre de par en par. Tu corazón herido será el hogar; tu rostro iluminado la aurora; tus manos abiertas la mesa; tus pies descalzos la senda. Anunciaré tu nombre a tus hermanos; que los pobres tengan pan hasta saciarse; que vengan los últimos de lejos, tan amados; y que salten de alegría hasta las cenizas de la tumba (Mc 15,35-39; 16,1-7; 14-20). El “cordero del sacrificio serás tú” (Jn 1,29.36; 19,36; Apoc 5,6.9.12; 1Ped 1,9; Hech 8,32). “Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29. Cf. Jer 11,9; Is 53,7; Jn 1,1.14.18; Heb 11,17; 1Jn 4,9; Gen 8,32; 22,16). “Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo” (Rom 5,10; Col 1,9-10). “Al que no conocía pecado, le hizo pecado por nosotros” (Jn 8,46; Gal 3,13; Rom 8,3), para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él” (1Cor 1,30; Rom 1,17; 2Cor 5,19-21). “Gratis”, “en su gracia”, “en su sangre”. Toda la redención, toda la reconciliación, toda la salvación, toda la nueva creación (Cf. Rom 3,21-26). Él la “víctima de la expiación”, es quien se entrega en el pan y en la copa, nueva alianza en su sangre” (1Cor 11,25).

En rescate por todos

“Me has formado un cuerpo”. Entonces dijo: aquí estoy para hacer tu voluntad” (Heb 10,5-6.10). “Abbá. Padre. Todo es posible para ti. No lo que yo quiero, sino lo que Tú” (Mc 14,36).

“Hágase tu voluntad” (Mt 26,42). “Padre, glorifica tu nombre” (Jn 12,28). “Tengo sed”, de consumir tu encargo (Jn 19,28). “Todos nosotros andábamos errantes, cada uno siguiendo su camino y el Señor descargó sobre él la culpa de todos nosotros”. “Herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas”. “Como cordero llevado al degüello”. “Él soportó el castigo que nos trae la paz; con sus heridas hemos sido curados” (Is 53,5.7). Está poniendo con el perdón de su sangre la mesa de la justicia y de la paz, brecha en el muro, que ya nadie puede cerrar. A un lado los fariseos armados con el yugo, para defender la integración; a otro, los guerrilleros, armados con cuchillos para imponer la revolución; el pueblo en torno, decidiéndose a los que más le ofrecían. Y él levanta las manos al Padre, mirando a los hermanos, con inmensa misericordia: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). Uno de los malhechores, que había luchado con la violencia, descubre la claridad de su rostro. La justicia y la paz están en sus heridas. Esas manos son la mesa del Reino de Dios y su justicia “Jesús, acuérdate de mí, cuando vengas a tu Reino”. Jesús le dijo: “Te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc 23,43). Se ha derribado el muro, Él es nuestra paz. Ahora todos tenemos entrada al Padre, por Él, en el mismo Espíritu (Ef 2,14-18). Entonces, levanta los ojos al Padre, y extiende de par en par los brazos a los hermanos, atrayendo a todos hacia sí. “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46). “Padre, los que me diste, quiero que donde yo estoy, estén también ellos conmigo”, “porque les has amado a ellos, como me has amado a mí” (Jn 17,24^a.23b). Un puñado de hermanos sintieron que se les desgarraba el corazón (Lc 23,48; Hech 3,37). Habían sido convertidos a Él, cuando le vieron vuelto a nosotros en la desmedida fidelidad de su misericordia. En Cristo, una creación nueva. Lo viejo pasó, todo es nuevo (Cf 2Cor 5,17).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 9/9/ 2001*

31. “Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo”

(por la vida del mundo 2)

Palabra viva: Apocalipsis 5,1-14

Mientras el Señor, por manos de sus apóstoles, nos parte el pan en su mesa, todos los hermanos, reunidos en torno, aclaman: “Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ¡Ten piedad de nosotros!” Las palabras descifran el gesto. Estamos intentando ahondar en su “misterio”. El gesto del padre de familia, al partir el pan, en la cabecera de la mesa, es el que más nos ayuda a desvelar la aclamación, aun cuando la aclamación nos sobre pasa. El padre se carga con todas las culpas de sus hijos. Las carga sobre sí, “por ellos”. En el fondo es un gesto de perdón des-medido, irrevocable. Pero, el padre verdadero, pase lo que pase, aunque los hijos vuelvan a extraviarse y a golpearlo, él se mantiene con las manos abiertas, en un perdón inagotable. Por eso esta fuerza de amor, que es cariño y fidelidad, se abre paso, mañana otra vez. Y no solo se abre paso, sino que (si el padre es verdadero) avanza a un gesto de amor mayor todavía, insospechado. Este gesto traducido, como pequeña parábola, apenas atisbada, es una inmolación (por ellos), en representación (en vez de ellos), una expiación (más allá de ellos). La parábola se nos queda pequeña, pues las entrañas de los padres no dan para tanto. Pues aunque es verdad que toda paternidad en la tierra, procede del Padre del cielo (Ef 3,14s), sin embargo mirando en el rostro del crucificado, al rostro de su Padre, que ha pasado a ser nuestro, tenemos que repetir aquellas palabras. “Uno solo es vuestro Padre, el del cielo” (Mt 23,9b).

Cordero, nuestra expiación

Al salir a los caminos del evangelio, Juan el Bautista, presenta al Hijo del Amor, que se presentaba ante todos: “Este es el Cordero de Dios, que quita [quita de en medio, arranca] el pecado del mundo” (Jn 1,29). El Hijo, vuelto al corazón del Padre, se ha vuelto a nosotros, para darnos toda su misericordia entrañable, la gracia, en la verdad, en el Aliento del Espíritu Santo (Jn 1,1-2.18; 14,33-34). Es el Hijo enviado (Jn 10,36), para ser entregado (Jn 3,17). El pecado del mundo es la pelea de Caín y Abel, es mejor, la pelea de “los Caínes”, sobre el cuerpo de Abel. El odio del corazón, ha pasado al escenario del mundo y el escenario lo alienta reforzando los corazones. Por eso el gesto de Abraham, entregando a Isaac, en sangre que habla más que la de Abel, expresa por qué el Bautista lo llama Cordero. Pero la sangre de este Cordero, no solo es una inmolación, sino la única expiación, que arranca, borra y anula el pecado del mundo. Este Cordero muere en una entrega, que es fuerza de expiación (Is 53,3-7). Ya el mismo Jesús, desde el comienzo de los caminos nos dijo, que venía con fuerza soberana para perdonar, el pecado personal y el colectivo (Mc 2,10; Mt 9,13; Lc 10,22a; Mt 28,18). Nos dijo el latido último de sus entrañas: “por ellos”. Él es el Hijo, en la figura del esclavo de todos, que ha venido a “servir y a dar su vida en rescate por todos” (Mc 10,45; 1Tim 2, 6; Lc 15,2; Tit 3,8). Su cuerpo, fue entregado y su sangre derramada por entero al pasar de la mesa al madero, donde murió la muerte de los criminales, hecho por el Padre pecado por nosotros (Mc 14,21-2; 15,33-34; Gal 3,13; 2Cor 5,21; Rom 3,23-25). Cuando se abrió su corazón en el madero, se desgarró el corazón del Padre, en el “gran día de la expiación”. Por Él, en Él y desde Él, han sido perdonados todos los pecados, de todos los hombres, de toda la Tierra, de todos los siglos. Se han roto todas las cadenas, se ha derribado todos los muros. La fuente del manantial del perdón no solo es inagotable, sino incontenible, definitivamente victoriosa. La terrible lucha de los hombres, como lobos, en la pelea del más fuerte, esta historia apenas irraztable se ha descifrado y recreado. El Hijo es el Cordero degollado. Su sangre es toda la redención y toda la reconciliación. No hemos sido rescatados, con oro y plata, sino con la sangre preciosa del Cristo, cordero sin mancha, destinado a nosotros, desde antes de la creación del mundo” (1Ped 1,19). “Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos porque fuiste degollado” (Apoc 5,9.12; 13,8). “El que nos amó y nos ha liberado de nuestros pecados en su sangre” (Apoc 1,5b; 1Jn 1,7; Heb 9,14).

Pastor, delante de nosotros

“Ya no pasarán hambre ni sed... porque el Cordero que está en medio del trono, será su pastor” (Apoc 7,16c.17). Cuando el padre, a la cabecera de la mesa, parte el pan, de su misma entrega, reúne al corro de los hijos y los encabeza. El pan partido, alimenta; el cayado, empuñado conduce. Mientras las ovejas están dispersas, mientras los hijos están encadenados y enfrentados, reina la muerte; cuando son reunidos en corro, la tierra se hace mesa y senda, justicia, paz y gozo. Por eso el Hijo del Amor, en los caminos, expresa el misterio de su amor con la figura del pastor. “Se le conmovieron las entrañas, porque los vio despojados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor” (Mc 6,34). El Padre le encargó que reuniera en un solo corro a todos los hijos dispersos por el mundo, amándolos con el mismo amor, que él les amaba, entregando su vida por ellos (Jn 10,1-10.27-30; 11,55; 17,17-26). Por eso reunía a la muchedumbre, poniendo a su lado, junto a sus apóstoles, que le prestaban sus manos, para pastorear él, a las ovejas, más heridas, y enteramente perdidas (Lc 15,3). Con ello empezaba a realizar, su reino de justicia y de paz (Cf. Mt 2,2; Heb 7,2). Pero, por causa de esta mesa le hirieron. Se lo confió en la última cena, después de partirlas el pan y la copa. “Todos os vais a escandalizar, ya que está escrito: “Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas” (Mc 14,27). El rey pacífico, el Primogénito de los hermanos fue clavado en el madero. Nadie le arrancó la vida. Fue él mismo, el que la dio, en absoluta obediencia al Padre, para que en sus entrañas, se desentrañara su amor por ellos (Jn 10,17-18.31; 17,17-19). El Cordero, se carga con todas

nuestras culpas, y las lleva al madero, altar del sacrificio, de la redención y de la reconciliación. “Todos nosotros andábamos errantes, como ovejas, cada uno siguiendo su camino y el Señor cargó sobre él, la culpa de todos nosotros” (Is 53,8). Fue oprimido y él se humilló, pero entonces “él mismo llevó nuestros pecados al madero, para que muertos al pecado viviéramos para la justicia”. “Erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas” (1Pe 2,24s; Heb 9,28; 10,10), “el pastor supremo”, “el mayoral” (1Ped 5,4), de los pastores (Act 20,18; Jn 21,6; Ef 4,11), para que todas las ovejas escuchen su voz y haya un solo rebaño y un solo Pastor (Jn 10,16).

Para la mesa pascual de la nueva Creación

Ya en la última cena se lo confió: el Pastor herido y degollado, será levantado. “Después de que sea levantado, iré delante de vosotros a Galilea (Mc 14,28). Efectivamente el Dios de la paz al Hijo de su amor muerto como malhechor fuera de la puerta, para santificarnos con su sangre (Heb 13, 11-12), “le levantó de los muertos, como gran Pastor de las ovejas, en la sangre de la alianza eterna, nuestro Señor Jesús” (Heb 13,20). El Padre bajó al abismo de la fosa común de los malditos y le alentó, le levantó, le designó, le encumbró, le puso a la cabecera de la mesa y de la marcha (Mc 16,6b egerthé). A la cabecera de la humanidad, a la cabeza del universo. Le dio como cabeza del universo a la iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva el universo a plenitud (Ef 1,22-23). El Pastor supremo abre la victoria de la cruz, más allá de donde podíamos sospechar. “Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia” (Rom 5,20). Ahora el Cordero está en pie sobre el monte Sion; ahora es el caudillo; ahora es el Juez (Apoc 14,1.4.10). El libro ha sido abierto de par en par. El Cordero degollado nos ha arrancado las cadenas, y ha derribado el muro, con su mesa, brecha de la justicia y de la paz. “Fuiste degollado y compraste para Dios, hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación. Y has hecho para nuestro Dios, un reino de sacerdotes, que reinan sobre la tierra” (Apoc 5,9b-10). Él es el fiel, el verdadero, el que juzga y lucha en la justicia, la palabra viva del Padre, el rey de reyes y Señor de señores (Apoc 19,11-16). Ahora ha puesto para todos los hombres, todas las criaturas y todos los siglos, la mesa del banquete de bodas. Inaugurando el júbilo que borra las lágrimas, pues él mismo parte el pan, pastor bueno, pan verdadero (Apoc 19,7a). Ahora ya nos asomamos a la última cumbre, cuando se levantará la niebla y él hará todas las cosas nuevas, ofreciendo de su corazón abierto, la fuente de agua viva, que se regala gratis (Apoc 21,1-6). Vendrán todas las naciones y se postrarán en su acatamiento, pues se ha desentrañado el misterio de la justicia y de la paz (Apoc 15,3-4). Y todos aclamarán: “al sentado en el trono y al Cordero, la fuerza, la sabiduría, la riqueza, la gloria y la alabanza” (Apoc 5,12-13).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 23/9/ 2001*

32. “...Que quitas el pecado del mundo, danos la paz” [por la vida del mundo 3]

*Palabra viva: Efesios 2,14-22; 4,1-6
LG 9; GS 77-78; AG 6.3.8
CEC 2305.1441-1442.1383*

El Señor está partiendo el pan sobre la mesa, entre las manos de sus apóstoles. Y la comunidad termina su aclamación: “Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, danos la paz”. Pero, ¿qué es en realidad la paz? A primera vista decimos que hay paz, cuando no hay guerra, cuando vivimos en el orden, sin que se derrame la sangre. Pero si ahondáramos un poco

más, descubriríamos enseguida que no hay paz, si no hay justicia y no hay libertad. Pero todavía nos queda preguntarnos y ¿de dónde nacen la justicia y la libertad verdaderas? Después de que Caín asesinó a Abel, la humanidad estuvo propensa, todavía hasta hoy, a la venganza salvaje. Pero poco a poco se fue descubriendo la ley y se hizo el libro de las leyes. ¡Gran salto hacia adelante! Justicia, entonces, sería dar a cada uno lo que marca la “ley”. Y ¿quién hace y aplica la ley? Puede darse el caso de que los pueblos, que mejores leyes tienen, se conviertan en “amos de la guerra”. La ley no derriba el muro, ni arranca las cadenas, las desplaza, pero no las arranca. Pero lo más tremendo es que la ley no desarma los corazones, pues hasta los hombres más desgraciados, intentan hacer la guerra del más fuerte, como si la ley de la selva, fuera la última ley. Muros levantados, corazones armados, atrincherados todos. Parece como si la paz fuera una breve tregua de una guerra mayor. ¿Dónde está, pues la fuente verdadera de la justicia y de la libertad?

Paz en los corazones

Cuando el Hijo amado del Padre nació en el pesebre, se oyó un pregón de la paz, nunca conocido, misterioso, inaudito. “Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres, que Dios ama” (Lc 2,14). Y cuando salió a los caminos del evangelio, él mismo anunció la paz, en el pregón del Reino del Padre, aparecido entre sus manos. “Ha llegado el Reino de Dios” (Mc 1,15). “Justicia, paz y gozo en el espíritu santo” (Rom 14,17). “Todos vosotros sois hermanos. Uno solo es vuestro Padre” (Mt 23,9-8). No sois esclavos, atados con cadenas. Os traigo su mismo Amor, el Aliento de sus entrañas. Ahora entre mis brazos abiertos, podéis ser hijos conmigo. Y de enemigos en trincheras, podéis pasar a ser hermanos en una misma mesa. Y de desterrados, en tierra desolada, podéis hacer florecer un hogar nuevo para todos. Les allegó a su corazón, para que oraran su misma oración. “Padre, venga tu Reino, perdona nuestras ofensas” (Lc 11,3-4). Un grupo pequeño de hermanos, su fraternidad, su nueva familia (Mc 3,33-35), para reunir a todos los hijos dispersos, en una mesa grande, tierra florecida, poniendo a los pobres, en el corazón, del último lugar al primero (6,30-43). “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt 5,9). Acoged vosotros la paz y compartidla (Mc 9,50), abrazad con mi paz a los desgraciados (Mc 5,34), llevadla a todos (Lc 10,5s). Y no os extrañe que esta paz les sea para todos espada (Lc 12,51) y por ello os den la muerte. Eso fue lo que le pasó a él, que fue enseguida bandera discutida, piedra de escándalo (Lc 2,14-19). Nadie quería aquella mesa grande del Reino del Padre. Y menos aún, cuando él quiso ser el último, para servir a todos, como siervo en rescate. Abajarse, despojarse, vaciarse, para derribar el muro y arrancar las cadenas (Mc 10,45; 14,22-24). Todos le aclamaron como el Esperado de la justicia y la paz (Lc 19,35), pero todos le colgaron del madero de los criminales. Fue entonces, cuando les abrazó contra su corazón, muriendo como víctima de expiación, en manantial de perdón inagotable, la justicia nueva de su Reino. Solo esa sangre desarma, pues solo ella reconcilia con el Padre, para vivir del latido de su misericordia y su fidelidad, la justicia y la paz y el gozo del Espíritu Santo (Mc 15,33-39; Lc 23,34). El Padre de las misericordias nos reconcilió a todos, hijos pródigos, en el corazón abierto de su Hijo (Jn 20,30.34). Él es nuestra paz (Ef 2,14; 2Cor 5,15-21; Rom 3,21-25; 5,10-11; Act 10,36). Por él entramos al Padre, derribado el muro, en el mismo Espíritu (Ef 2,18).

Paz en la comunidad

Los hermanos estaban llenos de miedo y vergüenza. Tenían miedo a ser perseguidos, como él; porque su traición les parecía infinita. De todas formas se fueron al cenáculo. “Se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz con vosotros”. Dicho esto, les mostró las manos y el costado y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús le dijo otra vez: “Paz a vosotros” (Jn 20,19-21). Era verdad la palabra que les había dicho en la cena: “Mi paz os dejo, mi paz os doy. No como os la da el mundo, os la doy yo” (Jn 14,27; Lc 24,36). En lo que el mundo

llama paz, quedan tres muros: el muro, que se cierra sobre el corazón; el muro que se levanta entre los hermanos; el muro, que con piedras grandes se construye, para adueñarse en exclusiva del mundo. El corazón traspasado, fuente del perdón inagotable era toda la gracia y la verdad (Jn 1,14.16; 18,36-37). En aquella puerta eran adentrados en el corazón del Padre. El muro de la "idolatría" quedaba derribado, el egoísmo, la soberbia de las raíces. Pero las manos heridas y abiertas, derribaban el muro que les separaba entre ellos, el muro del dinero, del poder, del saber, para que todos fueran una sola cosa, una persona comunitaria, en la nueva tienda de campaña (Jn 14,23-27; 17,21-23). Hijos en el Hijo, quedaban hermanados en su mismo cuerpo. "Ya no hay judío, ni griego, ni esclavo, ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos son "uno" en Cristo Jesús (Gal 3,28; 1Cor 12,31; Col 3,11; Rom 10,12). Dejaos reconciliar con el Padre, dejaos reconciliar con los hermanos. Germina una humanidad nueva, que puede estrenar "uno solo corazón y una sola alma" (Act 4,32; Fil 2,1-5). El Padre, de las misericordias, por manos de su Hijo, nos ha dado la gracia convertida en paz, para ser unos en otros, unos desde otros, uno por otros, en el latido del único y mismo Espíritu. ¡Como el Señor se dio en gracia a vosotros, vosotros daos en gracia unos a otros! "Como el Señor os perdonó perdonaos también vosotros" (Col 3,13), en la "atadura de la paz" (Ef 4,3). Con el perdón, del Señor, que es la única justicia nueva, la única verdadera paz, se desarmen y recrean los corazones, y podemos desarmar el muro de la comunidad, para que la paz reine en los corazones, en las relaciones de la comunidad nueva y viva en el Espíritu (Col 3,15). Se nos hace necesario perseguir la paz (Rom 14,19), mantenerla con el mayor esmero (1Tes 5,13; 2Cor 13,11; Rom 12,18), como latido vivo de la mirada y del corazón (Fil 4,7).

Paz en el mundo

Una humanidad nueva está germinando, en el corazón del mundo, campo permanente de odio y de guerra. Ya amanecen los cielos nuevos y la tierra nueva de la justicia y de la paz consumadas. Por eso al verle a la cabecera de la mesa, que extiende los brazos, hacia el mundo, como el rey pacífico que lo va a convertir en hogar, nuestros corazones se sobresaltan de alegría y se desgarran. El Padre lo dio como cabeza del universo a la iglesia, para que la iglesia, fermento suyo en el mundo, lleve el universo a plenitud (1Cor 15,28; Mt 28,18; Ef 1,22-23). El Primogénito, "rey de la justicia y la paz" (Heb 7,2; 13,20) envía a sus hermanos al universo para que el "mundo" se convierta en "nueva creación" (Mc 16,15-18). La creación entera gime esperando la filiación y la fraternidad y la herencia de los hijos, hasta convertido en hogar, el Hijo, entregue el Reino al Padre (Rom 8,18-30; 1Cor 15,28). Allí donde abundó el pecado, sobreabundó y sobreabundará la gracia (Rom 5,20). Los hermanos se preguntan con corazón encendido: "¿Qué hemos de hacer hermanos?" (Act 2,37). Y al volverse al Señor sienten el fuego vivo, que les incendia, para derribar ya aquí y ahora el muro del odio que divide al mundo. Ya ahora, una mesa con comunidad de vida, de dones y de bienes. Una mesa de la fiesta del cambio de puestos, más aun del admirable intercambio. Compartir, desde abajo. La gratuidad, la ultimidad, para la universalidad. Y los últimos, la basura del mundo, pasan a ser los primeros, en servir, dando cuerpo a la primavera del día de la Gracia (Lc 4,18; 2Cor 5,15-6,2). Derribar con la mesa de la servidumbre del amor, en el desmedido compartir, llegado a la muerte violenta en la ignominia en comunión ilimitada de destino con el crucificado Señor de la gloria. La fraternidad se hace militante, en el combate de la luz, en la noche. Únicamente con las armas de la luz, para consumir el pregón del Evangelio de la paz (Ef 6,10-20), hasta que despunte el día, y los cielos nuevos y la tierra nueva aparezcan sobre el monte (2Pe 3,12; Apoc 2,1-6; 22,17-20).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 30/9/ 2001*

33. Dichosos los invitado a la Cena del Señor [por la vida del mundo 4]

Palabra viva: Apocalipsis 19,1-9

CEC 1385 "en pecado grave debe recibir el sacramento de la reconciliación, antes de comulgar" (Cf. 1457) 1384[2835] 1386 [737]

Antes de recibir el cuerpo y la sangre de Cristo, los hermanos, empezando por el sacerdote, deben orar en silencio, para "recibir con fruto", la entrega que el Señor, nos hace de sí mismo, con todo su Amor. Después el sacerdote levanta en alto el "pan partido" y lo presenta a la comunidad, con aquellas mismas palabras que todos habían acabado de proclamar: "Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (OGMR 56fg). El Hijo del Amor en la travesía, es el Hijo entregado, el Cordero degollado; el Hijo resucitado y levantado, el Cordero convertido en Pastor; el Hijo que se abre paso hacia adelante, poniendo ya la mesa, el Cordero pascual. "¡Cristo nuestra Pascua (nuestra víctima pascual) ha sido inmolado" (1Cor 5,7). ¡Cordero inmolado, Cordero entronizado, Cordero pascual! Pero este Cordero, que nos abre la travesía y nos pasa en su paso, ya ha llegado a la otra orilla, ya ha puesto la mesa pascual, junto al corazón del Padre, para prepararnos un lugar, en la casa grande, en su mesa inundada de gloria (Jn 14,1-4). Nos ha abierto el banquete de las bodas de su parusía, de modo que nuestra mesa pascual es el anticipo de la mesa eterna de sus bodas (Jn 20,17; 20,19-22; Apoc 21,1-5). El que murió, como cordero degollado en el madero, es el Pastor herido (Mc 14,27); levantado es el Cordero en pie, el Pastor y guardián que va delante (Mc 16,7), a los confines de la noche, al universo entero, para convertir la creación en brecha gloriosa de su Pascua (Mc 16,15-19). Avanza, pero cualquier día se volverá, a terminar el juicio de amor, como Cordero victorioso, que abre el libro y nos examina de amor, Pastor y Rey, antes de entrar por fin, a la fiesta de la alegría eterna (Mt 25,31-46). Maranata. Ya estás, ya viene, hasta que definitivamente te vuelvas (1Cor 11,26). Ven, Señor, no tardes. Sí, vengo pronto (Apoc 22,20).

Banquete de bodas del cordero

El sacerdote al presentar ante los hermanos el pan partido, "los invita al banquete de Cristo", el Señor Jesús, el Ungido, la brecha de la justicia y de la paz, el esperado, la última esperanza, la única Esperanza. Ya está aquí en medio de nosotros su luz prendida, su Mesa puesta, su puerta abierta. "¡Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero!" (Apoc 14,9). Cuando recorría los caminos, nos hablaba de la mesa del Reino del Padre, como el banquete de bodas de su Hijo (Mc 2,19.22; Jn 3,29). Mesa para todos, mesa del admirable intercambio, donde los últimos serán los primeros en servir (Lc 14,12-14; Mt 22,2-10). La Fiesta de las bodas de Caná, fue el signo que anticipó la fiesta a las bodas del Calvario, convertido ya en Cenáculo (Jn 2,1-11; 19,28-37). El Hijo degollado a manos de sus hermanos, ha sido alentado por el Padre, y levantado y designado Primogénito y Heredero, a la cabecera de la mesa y de la marcha. Ahora es ya la última travesía: la luz de su rostro, es el fuego del amanecer; sus manos heridas son la mesa de la Fiesta; sus pies traspasados son la puerta de entrada y salida. Y el pan y el vino, de la fiesta de las bodas, se lo ha sacado de las entrañas. La noche se ha hecho clara como el día, la noche se ha iluminado con el gozo. La mesa para todos los hombres, para todas las criaturas y para todos los siglos está puesta ya. Aquí en el Cenáculo, desde allá, el Hogar del Padre; allá desde aquí, ya estamos en las primicias de los cielos nuevos y de la tierra nueva. Ya los gemidos, que más que nunca se sienten, se transfiguran por los cantos. Ya estamos pasando de la esclavitud a la filiación, de la enemistad a la fraternidad, del destierro a la herencia. El lucero de la mañana, va levantando la niebla, haciéndola más ardiente y luminosa, cuanto más densa y sangrante es la noche. Sobreabunda la gracia. El Cordero, que vimos degollado (Apoc 5,9-14), le vemos ahora en pie, avanzando (Apoc 14,1-5; 7,16-17), le vemos ya volviéndose, desvelados los secretos del corazón del Padre (Apoc 15,3-4), inaugurando ya su Reino. "¡Aleluya. Ha establecido el reinado

el Señor, nuestro Dios todopoderoso. Alegrémonos y saltemos de gozo. Han llegado las bodas del cordero, su esposa se ha embellecido". "¡Dichosos los invitados al banquete de bodas!" (Apoc 19,6-9).

Señor, yo no soy digno

Al oír esta invitación todos los hermanos, con el sacerdote primero, deben expresar el dolor de amor, su profundo arrepentimiento, con las "palabras evangélicas", en un hondo y entero "acto de humildad". "Señor, no soy digno de que entres en mi casa". El centurión, que tenía un soldado muy querido, a punto de morir, el que no se consideraba digno de salir a su encuentro, el que por fin sale y se inclina suplicando: "Señor, no soy digno de que entres bajo mi lecho" (Lc 7,6-7). Es la palabra del hijo perdido (Lc 15,18-19); y el gesto del publicano estremecido por la bondad del Señor (Lc 18,13). Pero mucho mayor fue el dolor de amor, la compunción, el desgarramiento del corazón, del pueblo sencillo al verle levantado en el madero (Lc 23,48), y del guerrillero ajusticiado, conmovido por la dulzura del perdón del Señor crucificado con él (Lc 23,42). Y grande el asombro de Pedro, que pasa del "yo" al "tu" para pasarse por entero a sus manos (Jn 21,17), y la exclamación de Tomás mientras se apoyaba en ellas (Jn 20,28), y el corazón de la muchedumbre, que se desgarró al oír la victoria de la cruz del Ungido, Señor de la gloria (Act 2,37). Pero también es posible a nuestra grandiosa pequeñez endurecida, cerrar los ojos y con las manos, manchadas de sangre, por la idolatría y la opresión, acercarnos a la mesa. El anuncio del Cordero inmolado y victorioso, es anticipo del juicio final del último día. Los apóstoles levantaban vivamente la voz, antes de que todos acogieran el pan. "Quien come el pan o bebe la copa del Señor indignamente sea reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese cada cual... pues quien come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su propia condena" (1Cor 11,26-28). El que no ame al Señor, "¡Anatema! Maranató" (Did 10,6). "Lo santo para los santos" (Liturgia oriental). "Señor, yo no soy digno". Hablamos al Cordero entronizado (Apoc 5,9). ¡Hijo de Dios vivo! Con tu muerte diste la vida al mundo. Este fue el propósito del Padre, desde el Aliento de sus entrañas. En el Espíritu, mismo, él te levantó y ahora para la tierra nueva nos das tu cuerpo y tu sangre. ¡Líbrame de todas mis culpas! ¡Concédeme cumplir siempre tus mandatos! ¡Jamás permitas que me separe de ti!

Tú solo eres Santo, Señor, Altísimo

El dolor de amor se convierte en júbilo, por el perdón victorioso del Hermano que llevó nuestros pecados al madero y que ha sido entronizado en él, sede y cayado. La humildad se convierte en salto de alegría. "Pero una palabra tuya, bastará para sanarme". Entre la "frivolidad" de la ignorancia culpable, y el apocamiento, que esconde soberbia, el Espíritu hace germinar en el corazón los gemidos inenarrables. "Maranató. Abbá. Hosanna. Amén. Aleluya (Rom 8,26). A la severa advertencia de "lo Santo para los santos", la liturgia oriental responde con aclamaciones jubilosas. "El Señor es Jesús, el ungido, para gloria de Dios Padre" (Fil 2,11). Para revelar la gloria del Padre, para aclamar la Gloria del Padre" (Cf. 1Cor 8,6). "¡Un Padre santo, un Hijo santo, un Espíritu santo!". La entrega del fuego ardiente y luminoso de la santidad, ha venido del Padre, por el Hijo en el Espíritu. Un único gesto, un único Fuego, una única llama de amor viva. Sorprende que esta aclamación victoriosa, se cante a veces con la aclamación de los ángeles, en la noche Buena. "Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que Dios ama" (Lc 2,14; Jn 1,14). Este mismo eco, se aclama en el "Gloria" de las iglesias de Occidente. Tres veces se aclama al Cordero de Dios. La inmensa gloria del Padre, el Rey celestial, se ha revelado al darnos a su Hijo único, Señor Jesús Cristo. "Tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros. ¡Grito de súplica de sus hermanos pecadores! "Tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestras súplicas". ¡Grito de inmensa confianza de sus hermanos apiñados, junto al Primogénito compasivo! ¡Tú que estás sentado a la derecha del Padre! ¡Sólo Tú eres

santo, solo tú Señor, solo Tú altísimo Jesús Cristo! ¡Grito de júbilo ante el “trono de la Gracia”. Canto de victoria al verle sentado en el mismo trono del Padre, en el mismo fuego del único Espíritu, que desde el corazón del Padre lo pasa al universo y a la iglesia en el retorna en alabanza a la gloria de la gracia (Ef 1, 3.23).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 7/10/ 2001*

34. “El Cuerpo de Cristo” “Amén” [Comunión 1]

Palabra viva: Juan 6, 51-57. 68-69

OGMR 56 h

CEC 1391-1395. 613-14. 52

Ha llegado el momento de acercarnos a comulgar. El sacerdote, en quien el Señor se hace presente, como Primogénito, el Rostro, la Palabra y las manos del Padre, nos ofrece el “cuerpo entregado” y la “sangre derramada”. El “cuerpo de Cristo”. Y pone en nuestras manos el pan. Nosotros respondemos “Amén”. “La sangre de Cristo” y ofrece a nuestras manos la copa. Nosotros respondemos, “Amén”. Es tan misteriosa esta entrega y esta acogida, que debemos ahondar en ellas. Es el mismo gesto del Señor, en la “noche que fue entregado” (1Cor 11,23). “La comunión tiene una expresión más plena, por razón del signo, cuando se hace bajo las dos especies [el pan y el vino], ya que en esta forma es donde más perfectamente se manifiesta el signo del banquete eucarístico, y se expresa más claramente la voluntad con que se ratifica en la sangre del Señor la alianza nueva y eterna y se ve mejor la relación entre el banquete eucarístico y el banquete escatológico en el Reino del Padre” (OGMR 240; Euch. Myst. 32). El Señor se nos da del todo en cada una de las especies. En el pan y en la copa. En cualquiera de las dos especies “está Cristo entero”, “se recibe un verdadero sacramento”. Y por lo que toda a los “frutos de la comunión”, no “se priva de ninguna de las gracias de la salvación el que recibe una sola especie” (OGMR 241. Cf. Concilio de Trento S. XXI. DS 1725-17.24). Pero conviene participar “en la forma que más brilla el signo del banquete eucarístico” (OGMR 241b). Así como también “es muy de desear que los fieles participen del Cuerpo del Señor con un pan consagrado en esta misma misa para que aparezca “que la comunión es una participación en el sacrificio, que entonces mismo se celebra” (OGMR 56h. Euch. Myst. 31.32).

El que come mi cuerpo

El “Cuerpo de Cristo”, es pan partido que es la entrega entera, que él mismo hace de sí mismo, en el cuerpo entregado y herido de su Pascua. El pan, signo del alimento, que pasa la vida de las entrañas del padre, a las manos de sus hijos en torno a la mesa. “El que come mi carne y beba mi sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 6,56; 15,4-7; 17,23; 1Jn 3,6.24). “La sangre del Cristo”, es el sello y el don de la nueva y eterna alianza (1Cor 1,25; Heb 7,22; Rom 3,25). La sangre, signo de toda la historia del amor del padre, que muere por sus hijos, abrazándoles y entrañándoles en su corazón. “La sangre del Cristo”, el “Cuerpo de Cristo” se nos dan, para la “unión íntima con Cristo”. Su carne vivificada y vivificante en el Espíritu, para que seamos “uno” con él. “El que se allega al Señor se hace un Espíritu con Él” (1Cor 6,17; 10,14-18; 2Cor 3,17). Él en nosotros y nosotros en Él, pues es Él quien se nos da, para que seamos en Él y podamos, vivir su misterio, enteramente, por Él, en Él y con Él y desde Él. Nuestro “Amén” es en primer lugar una aclamación de alabanza. Él es el Amor del Padre a nosotros y el Amen nuestro al Padre. Entonces en el Espíritu suyo primicias y arras de nuestra comunión con él (2Cor 1,20-22; Rom 8,23-27; Apoc 3,14), podemos aclamar con júbilo desbordante “amen”, “así es”, “en realidad de verdad”. El

que no perdonó a su propio Hijo, sino que nos lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos va a regalar, todo en Él?” (Rom 8,32). Este abrazo abismal, de la caridad del Padre, por el Hijo en el Espíritu, nos pasa a “la comunión de su Hijo, Jesús Cristo Señor nuestro” (1Cor 1,9; 10,6). Nos pasa el Aliento de las entrañas de su Hijo, el latido del corazón de su Hijo. En este abrazo abismal, vemos su Rostro con nuestros ojos, oímos su Palabra con nuestros oídos, palpamos sus manos con nuestras manos y llega a nuestro corazón su mismo Espíritu, en el pan y en la copa. Todo su Espíritu, el mismo y único. Hacia una comunión desmedida, abismal (1Jn 1,3).

Y bebe mi sangre

Instante admirable. Hasta ahora, nuestras palabras eran voz común de toda la fraternidad. Ahora llegamos a un acto eminentemente personal. Cada hermano se acerca a su Señor y confiesa su fe en él: a veces hasta el sacerdote pronunciaba el nombre del hermano. Era una entrega a cada uno, amado por sí mismo, agraciado en sí mismo, estrechado él mismo contra el corazón del Señor. “Lo mismo que mi Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así también el que me come vivirá por mí” (Jn 6,57). Lo mismo que el Padre, el Viviente, el Manantial de la vida, me ama y ha puesto todo en mis manos. Así yo vivo por el Padre, a través del Aliento de sus entrañas, del latido de su corazón, pasándome por entero a Él, en su seno, para vivir enteramente para él. “Padre, aquí estoy, por ellos. Bendito seas: Abbá. Padre. Todo es posible para ti... No lo que yo quiero, sino lo que quieras tú” (Mc 14,36). Es una alabanza, que se hace ofrenda y súplica, y se consume en una alabanza”. Este es el insondable misterio de su obediencia, de su amor; “¡Padre! ¡Glorifica a tu Hijo! Yo por ellos me consagro! ¡Que el amor con que tú me amaste esté en ellos! (Cf. Jn 17,1-3.19.26). Nuestro “amén”, es el grito del amor del Espíritu en nuestros corazones, derramado en el bautismo y en la confirmación y avivados, innovados y desbordados en el memorial eucarístico (Gal 4,6; Rom 8,15). El Amen que empieza siendo alabanza, “¡Padre! ¡Padre nuestro!” (Lc 11,2c; Mt 6,9c) se hace aclamación (Lc 11,2b; Mc 6,9b-10), y luego se hace ofrenda y súplica (Lc 11,3-4; Mt 6,11-13). Padre, Bendito seas. ¡Qué inmenso es tu amor! ¡Aquí estoy por ellos! ¡Sostenme entre tus manos! En alabanza a la gloria de tu gracia. Es la entrada a la obediencia del Hijo, a su ofrenda de inmolación, a su súplica humilde (Heb 5,7-9; Fil 2,8; Jn 12,27-32). Amen es la obediencia de la fe, al Padre, en las manos de su Hijo, en la unidad del Espíritu, por ellos. Es glorificación, inmensa confianza, absoluta sumisión, desbordante agradecimiento. Estamos, ahondando el mismo gesto de la ofrenda en la epiclesis del memorial (Rom 12,1; Ef 5,2; 1Ped 2,2-5). Así se realiza el milagro “Todo lo que Cristo vivió, hace que podamos vivirlo con él y que él lo viva en nosotros” (CEC 521; Cf. 1391). Todos los “misterios” de su Misterio, sucedidos en la carne.

“vive en mí y yo en él”

Nos encontramos pues en el gran gesto del “mío”, de “mi mismo”, “de mí”. “Estoy clavado don Cristo en la cruz. Vivo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí”. “Y aunque al presente vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a si mismo por mí” (Gal 2, 19b). Es el milagro, sucedido en el cenáculo, en la mesa pascual. El Señor, en medio de ellos, les envía en su misma misión, les alienta su mismo Aliento (Jn 20,19-21). ¿Cómo no se iba a acercar a cada uno a darle un abrazo y a decirle lo que a Tomás? “Mira, aquí tienes mis manos” (Jn 20,27c). Tomás le abraza los pies y después se deja abrazar de él. “Señor mío y Dios mío” [Tú eres mi hermano mayor. Si. Tú eres mi Padre] (Jn 20,18). Es el mismo mío de Pedro, al amanecer, “Señor tú lo sabes todo, tú sabes que yo te quiero” (Jn 21,17b). “Tú sabes que me quieres”, le diría. Y él le daría la mano para decirle: “Tú sígueme a mí” (Jn 21,19b). El “amen” se hace entonces una aclamación de agradecimiento, consumada en la alabanza de la gloria. El amor jubiloso ha desbordado el corazón. El Aliento de la cena, sostiene para romper todas las ataduras (CEC 1394-95). Todo lo que tenía por ganancia, lo tengo ahora por basura... “comparado con el

conocimiento sobre eminente de Cristo mi Señor por quien lo perdí todo” (Fil 3,8). “Para mí la vida es Cristo y una ganancia el morir” (Fil 1,21). Ahora, tomados de la mano por Él, con inmensa alegría, corre el hermano a compartir su camino “por ellos”, en el beneplácito del Padre, en comunión ilimitada de destino, con heridas y cantos. Ahora los hermanos pueden cantar y caminar. El Amén es el Abbá y el Mará unidos. La mano del Padre, su Hijo amado, en su travesía. Canto (Fil 2,6-11), que se hace senda por ellos (2,17-18), en el gozo pascual, anticipo de la parusía (Fil 3,20; 4,4-7), atravesando la noche oscura, en ansias y en amores inflamada. El Amén suyo del Padre en nosotros, pasa a ser el amén nuestro al Padre desde nosotros. Su mismo Amén ahora amén mío. Tanto más mío, cuanto más suyo. Cuanto más en sus manos, tanto más en las mías.

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 14/10/ 2001*

35. “Un solo cuerpo somos”. “Amén”. [Comunión 2]

Palabra viva: 1Corintios 12,12-13,8a

SC 47; LG 7

OGMR 56 XXX

CEC 1396/790/1398ss

En días de fiesta grande todas las familias van a sentarse a la misma mesa en la casa de los padres. Una gran alegría alienta a todos. Pero, no por compartir la misma cena, llegan de verdad a estar unidos todos. Hay barreras fuertes que les separan. A primera vista se ve la barrera de fuera. Casi siempre ocurre, que unos tienen más que otros. Y casi siempre suele ocurrir que los que tienen más dinero, tienen al tiempo más poder y más saber. Es la barrera socio-económica, socio-política y socio-cultural. Con ella se entrelazan también otras, el color de la cara, la salud, la enfermedad y hasta la religiosidad. Así también ocurría entre los primeros hermanos, cuando se sentaban a la mesa del Señor. “Judíos y griegos, esclavos y libres, hombres y mujeres” (Gal 3,28), ricos y pobres, esclavos y libres (1Cor 11,21-22. 12,13); bárbaros y escitas, esclavos y libres (Col 3,11); griegos y bárbaros, sabios e ignorantes (Rom 1,14a). Pero si miramos todas estas barreras con una mirada de fondo, descubrimos que las barreras últimas nacen desde dentro, levantan las de fuera y las de fuera refuerzan las de dentro. Es que los hijos han querido hacer su vida. Se han arrancado de las manos del padre, para ser ellos mismos por sí mismos y al desarraigo ha seguido la ambición: tener más que los otros, poder y saber más que los otros. Desde el corazón, la soberbia y la envidia, y luego la pelea y el odio y por fin la sangre y la muerte. Así también ocurría entre los primeros hermanos. A la luz del rostro del Señor que preside la mesa, se veía el muro, la sangre, la noche (Rom 1,18-3,20).

Que todos sean uno

Solo el aliento y el latido del corazón del padre pueden recrear el corro de la familia de hermanos. El grano de trigo, que cae en tierra y muere, hace germinar una espiga donde todos los granos viven de uno, viven de la misma vida entregada a muerte y germinada en comunión de vida (Jn 12,23.24; 1Cor 15,45). El mismo Hijo mayor, sembrado en el surco, ha sido levantado a la cabecera de la mesa, para atraer a todos hacia sí (Jn 12,32). Pongamos en Él los ojos, miremos su gesto, escuchemos su palabra. Ha pasado del último lugar al primero. Abre las manos y se entrega Él mismo a sí mismo en el pan y la copa. “El pan es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6, 51b). El que come de este pan y bebe de esta copa “permanece en mí y yo en él”.

Y lo mismo que yo vivo, del aliento de las entrañas del Padre y del latido de su corazón, así también los que comen de este pan y beben esta copa “vivirán por mí” (Jn 6,56-57). “Permaneced en mí como yo en vosotros” (Jn 15,4). “Como el Padre me amó, también yo os he amado, permaneced en mí amor” (Jn 15,9). Yo he dado mi vida por vosotros para que vosotros podáis vivir por medio de mi vida (1Jn 3,16; 4,9). Después, levantando los ojos al Padre y extendiendo las manos a nosotros, dice una palabra misteriosa: “Como tú Padre en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros” (Jn 17,21a). “Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros” (Jn 17,22). Nuestros ojos se asombran al vernos envueltos entre sus brazos, y alentados por el mismo Aliento de su Gloria. Sí, somos uno, una persona comunitaria, los sarmientos de su vid, la sangre de sus entrañas. Él y el Padre, uno en otro, uno por otro, uno con otro, uno desde otro, uno para otro. En la unidad del Espíritu Santo. El Señor añade: “y ellos uno en nosotros” (Jn 17,21). Entre sus brazos, en su gloria, unos somos en otros, unos desde otros, unos con otros, unos por otros, unos para otros. “Para que sea consumada la unidad” (Jn 17,23b), del único amor (Jn 17,26). Cuando el Señor pone en nuestras manos el pan y la copa y nos dice “el Cuerpo de Cristo” nos da misteriosamente todo el “cuerpo místico” (Agustín, Ser. 272). Y nuestro “Amen” es en primer lugar una aclamación jubilosa de alabanza, “Contempladlo y quedaréis radiantes”. “Gustad y ved que bueno es el Señor” (Sal 33,6.9). ¡Oh Sacramento de piedad! ¡Oh signo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad! (Agustín, Ev. Juan 26,13/SC 47). El misterio de la misericordia entrañable del Padre, entre las manos heridas de su Hijo, en su pan y su copa se han hecho señal visible, el “vínculo de la caridad”, convertida en “signo de unidad”, en sacramento universal de la unidad en la mesa de su iglesia.

Un Cuerpo y un Espíritu

“El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión en la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es la comunión en el cuerpo de Cristo? Porque uno solo es el pan, así nosotros siendo muchos un solo cuerpo somos, pues todos participamos del mismo pan” (1Cor 10,16-17). Estamos oyendo el canto de comunión de los primeros hermanos, al amanecer el “día del Señor”, ante la pequeña fraternidad reunida en una de sus casas. Podríamos decir en verdad que “el canto de comunión expresa, por la unión de las voces”, la “unión espiritual” de los corazones, de los que comulgan, ungida por la alegría pascual (OGMR i): es momento de un himno, de un salmo, de un canto de alabanza. Efectivamente, “somos un cuerpo, porque compartimos un único pan”. Un cuerpo y un Espíritu, pues “el que se allega al Señor se hace un Espíritu con él” (1Cor 6,17). Este abrazo de Amor que el Señor nos da en la cena, “une a todos los fieles en un solo cuerpo: la iglesia. La comunión renueva, fortifica, profundiza esta incorporación a la iglesia realizado ya por el bautismo” (CEC 1396). Admirablemente lo expresa el apóstol. En un cuerpo hay muchos miembros, pero un solo Cuerpo. “Así también Cristo”. Porque en un solo cuerpo hemos sido todo bautizados, para no formar más que un solo cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido del mismo Espíritu” (1Cor 12,12b-13). Se han derribado las barreras de fuera derribando primero las de dentro. Pues el abrazo del bautismo nos incorpora a su cuerpo, y el abrazo del pan y de la copa nos entraña en el último latido de sus entrañas. “El por ellos” del pan y de la copa en la nueva alianza con su sangre, pasa por entero ahora en el memorial mismo de su pascua (1Cor 11,23-27). Ahora los hermanos se ven incorporados en un único cuerpo, con un único latido, el “suyo”. Pues pueden existir en el Aliento de sus entrañas, desde el latido de “su” corazón y avanzar cada vez en esta intimidad “en él”, “desde él” en la unidad del Espíritu Santo. Cuando los padres, ven a los hijos en torno a la mesa, los sienten como a su propio cuerpo sobre todo al mayor, y más aún al pequeño. Así el Señor. El cuerpo es uno, los miembros son muchos, pero los miembros más débiles son los más necesarios, pues son los que están más íntimamente en la intimidad del Señor y solo desde ellos se puede recrear la unidad de todos (1Cor 12,22-26). El apóstol logró existir este misterio cuando decía “os amo en las entrañas de Cristo y llamaba a los hermanos “sus entrañas” (Fil 1,8; Film 12). Todos los hermanos, nuestras entrañas, toda la iglesia entera nuestras entrañas. La iglesia una, santa, católica y apostólica nuestras entrañas (LG 26).

En la unidad de su caridad

“La multitud de los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma” (Act 4,32). Efectivamente, se mantenían constantes “en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan” (Act 2,42). En torno a la mesa de la palabra y del cuerpo del Señor, en la comunión de su Espíritu. Pero la acogían “en las oraciones” (Act 2,42b) “perseveraban en la oración, con un mismo espíritu” (Act 1,14). A las aclamaciones de alabanza en la alegría jubilosa, sucedía la ofrenda de sus manos, entre las del Señor, y la súplica para permanecer sostenidos en ellas. Así se realizaba el milagro, que todos los hombres esperan, tener un solo corazón, una sola alma. Agustín comentaba: Los amigos tienen un alma, la suya; los hermanos en la fraternidad tiene el “alma de Cristo”. Por ello la alabanza del Amén, la ofrenda y la súplica del amén se hacen andadura de comunión. Ellos cantan el canto de la unidad. Un solo Señor, un solo Espíritu, un solo Padre, de todos, en medio de todos, que acoge y sobrepasa a todos. Una fe, una esperanza, un amor (Ef 4,1-6). Pero el don se hace encargo y empeño de edificación de la unidad. Todos los miembros, hacia la “sintonía”, tensados como las cuerdas musicales, para una sola voz; todos los miembros hacia la “simpatía” del latido mismo de la misericordia, llena de bondad, dulzura, solicitud, llorando y cantando todos a una (1Cor 12,14-26), alentados por la caridad de la gracia que todo lo cree, lo espera y lo soporta (1Cor 13,1-89. Es el gesto supremo del perdón, don de sí mismos en gracia, desde la misma humildad del Señor. Es la nueva humanidad de la nueva creación (Col 4,9-15; Ef 4,1-2). Es la “paz” de la mesa del pan partido, donde la palabra marca la senda para salir en alabanza de la tienda al camino (Col 3,16-17). “La paz de Cristo reine en vuestros corazones” (Col 3,15). La caridad de la humildad, hacia la consumada caridad (Fil 2,6-11; 2,1-5), cantando y caminando hacia la total anchura de la comunión en el gran cenáculo al despuntar la aurora.

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 28/10/ 2001*

36. Una sola Mesa común. “Amén” [comunión 3]

Palabra viva: 1 Corintios 11, 17-32

GS 1/10b. 38-39/40. 42/ 69

CEC 1397. 2443-2449. 2544-2547

En el pan partido, que el padre entrega a la cabecera de la mesa, se encierra el don de sí mismo, el don de su familia, el don de su mesa y el don de su camino. Este gesto es sencilla parábola del misterio de la cena del Señor: don de su cuerpo, don de su iglesia, don de su reino, don de su camino. “El cuerpo de Cristo” ¡Un solo Cuerpo somos! ¡Una sola mesa común! ¡Un solo camino compartido! En el cuerpo del Señor se nos entrega, pues, la mesa de su Reino. Sus manos que son la mesa, nos asientan con él, alentándonos el gesto suyo del servir y del compartir. La entrega de sí mismo nos aúna en la comunión de su vida, desde el latido del aliento de su amor. Pero entrañados en su mismo latido, ¿podríamos todavía mantener los puestos y sostener el muro? ¿Podemos vivir de su amor y marchar luego a nuestras casas, enmarcados en las mismas diferencias y contraposiciones de “este mundo”? Si fuera así, es que no habríamos acogido en verdad el aliento de su amor. Todavía se mantendrían el muro y las cadenas: la apropiación del dinero, la posición del poder, la legitimación de la cultura, el enfrentamiento estructural, la sangre vertida. Las manos del padre de familia hacen dos gestos que recrean el hogar común, se abajan, para servir, en servidumbre y se ofrecen para compartir en comunión. En estos gestos él alienta a su familia, para reunirse a servir y compartir en la misma mesa, para

adentrarse juntos por el mismo camino. Es pasar la mesa desde la casa del Padre, al “escenario de la tierra”.

Mesa del Reino pasada a nuestras manos

El Señor empezó poniendo la gran mesa del Reino en el camino (Mc 1,9-11; 14,15; 6,30-44). Él a la cabecera del corro. La gran muchedumbre en torno. Los pobres y los apóstoles a su lado. La tierra florecida en primavera. A todos les produjo asombro y extrañeza. Pero Él continuó realizando y descifrando su gesto. Esta mesa ha de romper las cadenas de la opresión y el muro de la división. Era un milagro de sus manos. Los jefes de las naciones las dominan, los grandes los oprimen. Pero “el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10,45). Este fue el gesto de la cena pascual, anticipo de la cena del último día. “Se levanta de la mesa... tomando una toalla se la ciñó... luego se puso a lavar los pies de los discípulos” (Jn 13,4s; Lc 12,37). El último de todos, el esclavo de todos, para atraer a todos al abajamiento de la servidumbre de su amor, que arranca las cadenas del universo. Después se levanta, se pone a la cabecera de la mesa, para ofrecer sus manos abiertas y compartirse a sí mismo, en su cuerpo roto y su sangre vertida. “Mi cuerpo por vosotros”. “Esta copa es la nueva alianza en mi sangre” (1Cor 11,24-25p). En esta entrega, llevada a la consumación, nos pasa el gesto de las manos abiertas para compartir en su misma comunión, atrayendo a todos a derribar el muro del odio, que estructura este “mundo universo”. La gran mesa de la multiplicación de los panes, para la primavera de la tierra, solo se pudo poner en realidad de verdad, en su gesto de abajamiento a la servidumbre, que se hace gesto de donación a la entrega consumada. Gestos del único gesto, que él pasa a nuestras manos. “Yo por mi parte, dispongo un reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa” (Lc 22,28). De la mesa pasa a la cruz gloriosa, donde aparece por fin la mesa del Reino, en la parusía anticipada de la Pascua, mesa por donde avanza el reino del Padre hasta su consumación (1Cor 15,3-5.20-28.45.47). El gesto de la servidumbre de sus manos se consumó en la travesía del madero. Manos abiertas eran ya su reino, germen y senda del Reino del Padre. Al pasar de los caminos al monte, manos heridas y encendidas son ahora la mesa pascual, donde “proclamamos la muerte del Señor hasta que vuelva” (1Cor 11,26). “Maranatá” (1Cor 16,22b; Apoc 22,20) ¡Señor, Jesús Cristo. Hijo de las entrañas, levantado en el madero. Brecha de la justicia y de la paz! ¡Ya estás aquí, ya vienes! Entre las manos de tus apóstoles, tú mismo partes el pan y la copa, en memorial de tu muerte, y prenda de tu venida en gloria. “Haced esto en memoria de mí” (Lc 22,19b). El Señor, en su iglesia, para su Reino, para su camino. “Cada vez que comáis de este pan y bebáis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga” (1Cor 11,26). Despunta la parusía. “Sí, vengo pronto. Amén” (Apoc 22,20s).

Para pasarla al corazón del mundo por nuestras manos en su servidumbre de amor

“Id al mundo entero. Proclamad el evangelio a toda la creación” (Mc 16,15). Esta gimiendo, encadenada, esperando ver la mesa de los hijos, la tierra de la justicia y la paz (Cf. Rom 8,19-22; Mc 16,16-18; Is 9,1-6; 11,1-10). El Aliento de su Espíritu, incendia el cenáculo, para realizar el milagro de la única Mesa común, en el corazón de la tierra (Act 13,6-8; 2,1-11.22-23.32-33.36; 2,42-44; 4,32-35). Pero esta mesa abre cada mañana, la encrucijada, la disyuntiva, el riesgo de la infidelidad. En el cenáculo se puede continuar manteniendo los puestos de los señores y de los esclavos, tal como están en el mundo. Al “hombre con anillo de oro y vestido espléndido”, se le coloca en la asamblea “de la fraternidad”, “en un buen sitio”. Y al “pobre, con vestido andrajoso”, se le dice que esté “de pie” o se siente “a los pies” (Sant 2,1-2). ¿No será esto un sacrilegio de acepción de personas, imposible de aunar en la mesa del Señor Jesús Cristo glorificado? Al acoger el pan y la copa, se nos entrega “el misterio del Reino” (Cf. Mc 4,11; Lc 11,32). En esta mesa ya no hay dueños, señores y esclavos. Todos son hijos, todos son hermanos,

todos son siervos. El único Señor, que ha tomado “la forma de siervo”, en la mesa, y en el madero, nos ha rescatado, pasándonos de la servidumbre encadenada a la servidumbre de la libre libertad, para ser siervos de amor, germen y senda del Reino en el corazón de la tierra (Apoc 5,9-10). En la tienda del cenáculo sucede, pues, la germinación de la “fiesta del cambio de puestos”. Los hermanos pueden bajarse al último lugar y lavar y besar los pies de todos (Fil 2,8; 2,3; Rom 12,16; Col 3,12; Ef 4,2; Cf. Lc 5,51-53; 18,1.9-13; 19,1-10; Mt 18,4; 23,12). Es la realización en el corazón de la tierra de la parábola germinal del “día de la gracia” (Lc 4,18; 2Cor 6,2; Lev 25,10; Is 49,8), el despuntar de los nuevos cielos y la nueva tierra, en “nueva creación” (2Cor 5,17; Gal 6,15; Apoc 21,5; Ef 2,15; 2Ped 3,13; Is 43,18s; 65,17; 66,22). Como chispa de fuego que se prende, como fermento que va fermentando, como siembra que va germinando, los hermanos, pasan este gesto de la servidumbre de amor del Señor, [gesto de redención, que lleva consigo la liberación] al ámbito de sus familias, de su trabajo, al ámbito de su ciudadanía histórica, pasando la claridad transformante de la pascua, a las entrañas del mundo, hasta los confines de la noche (Lc 22,25-27; Jn 13,12-15; Ef 5,25.28-29; 1Cor 7,21-23; 1Ped 2,18-23; Rom 13,1-7; 11-12; Ef 6,10-20). El pasar la mesa del Señor al corazón del universo es don y encargo, encargo y cita. Despunta la parusía. No podemos ejercer el dominio, golpeando a los hermanos, Viene la justicia consumada. Está a la puerta el siervo, para el eterno lavatorio de los pies (Cf. Lc 12,35-38). La oración de postcomunión que era alabanza se hace ofrenda y súplica. Urge dar un vuelco al corazón y bajar todavía más las manos.

Por nuestras manos en su comunión de amor

Puede suceder también, que el muro del mundo, se mantenga en el cenáculo, mientras el Señor pone su mesa. Unos están hartos, otros pasan hambre. Unos dicen que aman, pero a su lado otros carecen de todo, sin ser acogidos con entrañas (Cf. 1Cor 11,20-21; 1Jn 3,17; Sant 2,14-17). Eran situaciones palpitantes en las primeras comunidades cristianas, que se dan también entre nosotros. El apóstol levanta la voz y dice una palabra, que parece un grito: “examinése cada cual, pues, y coma así el pan y beba el cáliz. Pues quien come y bebe sin darse cuenta del cuerpo, come y bebe su propia condenación” (1Cor 11,28-29). Es el último acento del “Maranáthá”. ¡Convertíos! ¡Podéis perderos para siempre! Y es que al recibir en las manos el pan y la copa debe saltar de gozo el corazón y abrirse de par en par los ojos. Al ver al Hijo, que siendo Señor, “tomó la forma de esclavo” (Fil 2,6-11), se nos regala la gracia de la servidumbre de amor. Se nos regala y se nos encarga. Pero continuamos mirando al Hijo y continúa asombrándonos. “él siendo rico, se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza” (2Cor 8,9). Es el asombro de su donación exhaustiva, es el último de los últimos lugares. Ya no podemos ser dueños, ya todo lo que tenemos, descubrir que es gracia recibida, para regalarla en gracia. Sobresaltados por la alegría, convertida en júbilo, sentimos la necesidad de poner todo en común encima de la mesa. Hasta se nos hace patente, que lo que acumulábamos, lo habíamos robado y era en realidad una deuda. En la “fracción del pan” sucede la comunión de dones y de bienes. “Nadie llamaba suyos a sus bienes, todo lo tenían en común” (Act 4,32). Cuando el Señor pone la mesa por los caminos, ponía a su derecha a los pobres y decía a su apóstoles: “dadles de comer” (Mc 6,17). A todos, empezando por los más pequeños. Pero en la travesía pascual, cuando él se hizo “pobre malherido”, ellos comprendieron, que llevaba a los pobres en sus entrañas, que sus heridas, se abrieron con heridas de ellos” (Mt 25,25-36). Estaban con él, en la mesa, eran lo más hondo de las entrañas de su cuerpo (Cf. 1Cor 12,22). Por sus huellas, Él abre el paso del porvenir. “Por su sendero, el avanza y por él se volverá en su parusía. La mesa del Señor es pues el anticipo del juicio final, es la verdadera mesa de la justicia de su Reino. El que come su cuerpo y no se da cuenta que los pobres, son la intimidad de sus entrañas, está ya siendo condenado. Las fraternidades eucarísticas, pueden ya por ello pudrirse y decaerse, si la koinonia escatológica, no aparece en el centro de su mesa (1Cor 11,22.27-32). La señal que acreditaba que tenían un solo corazón y una sola alma, que cada uno aportaba según podía y recibía según necesitaba (Act 2,44; 4,34). La mesa del Reino aparece corporal y visiblemente,

cuando la comunión de vida, se hace comunión de dones y de bienes, desde los últimos. Más aun, cuando los últimos, son los primeros en dar de su extrema pobreza, no solo a los de cerca, sino pasar su trozo de pan a los de lejos, pues es una la mesa del Reino del Señor, que avanza (2Cor 8,1-5; 9,6-15). Don y encargo, encargo y cita. Alabanza, ofrenda y súplica. Todo es posible en Él, Señor de lo imposible (Mc 10,27).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 4/11/ 2001*

37. Un solo camino compartido. “Amén” [comunión 4]

Palabra viva: Filipenses 2,6-11

LG 8; AG 5

El Señor puso en nuestras manos el pan partido y la copa ofrecida. En ellos entrega el Aliento de su amor, que nos entraña en su corazón y nos reúne en su corro y nos asienta a su mesa. Pero este mismo Aliento, nos encamina a su camino mismo. “Vayamos, pues, a otra parte, a los pueblos vecinos” (Mc 1,35). “También a otros pueblos tengo que anunciar el evangelio del Reino de Dios, porque para eso he sido enviado” (Lc 4,43). Es necesario poner la mesa más allá, en el corazón del mundo. Hay que salir para invitarlos a todos. Es la gran cena de las bodas del Hijo, en la cual los últimos pasan a ser los primeros. ¡Dichoso el que pueda comer el pan en la mesa del Reino de Dios!” (Lc 14,15). “Venid, que ya está todo preparado” (Lc 14,16-24; Mt 22,2-10). Puede ser que los más cercanos se excusen, por su propiedad, su trabajo y su familia. Pero los hermanos del Hijo, los siervos, han de salir a los confines de la noche a donde el Primogénito, tenía puestos desde el principio sus ojos. “A las plazas y calles de la ciudad”. “A los caminos y a las cercas”. Cristo ha sido enviado por el Padre “para evangelizar a los pobres... y sanar los corazones contritos” (Lc 4,18), “a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10). La iglesia, reunida en torno a la mesa, está enviada a “rodear de amor a todos los afligidos por la debilidad humana, a preocuparse de levantarlos de su necesidad” (LG 8). “Haz entrar aquí a los pobres y lisiados, a los ciegos y los cojos”. “Oblígales a entrar hasta que se llene mi casa” (Lc 14,21.23). La iglesia del Señor es el rostro y las manos del Primogénito, que a la cabeza de la mesa sale a los confines de la noche. Y al tiempo los pobres son para ella el rostro y las manos del Juez, que se vuelve para dar paso a la fiesta final de las bodas (Mt 25,31-46). Está “llamada a servir en ellos a Cristo”, reconociendo en ellos “la imagen de su fundador pobre y paciente”. Pero, ¿por dónde ha de caminar? Sobre el diseño que marcaron sus huellas (Cf. 1Ped 2,21b).

Por las huellas de su abajarse

Los mismos gestos del Señor en la mesa, marcan las huellas de su camino. “así como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y humildad, así también la iglesia está llamada a entrar en el mismo camino para comunicar a los hermanos el fruto de la redención” (LG 8). Para arrancar de lleno las cadenas [redención], y para derribar de lleno el muro [reconciliación], llevando a todos los hombres y a todas las criaturas a la mesa del Padre [salvación], el Hijo del amor no echó una mano desde arriba. Todo su camino de abajamiento está expresado en la mesa pascual. Se ha levantado, ha bajado al último lugar, en la figura del último de los esclavos, entregando su vida en “rescate por todos”. El camino es descender, bajar, más aun, abajarse, arrodillarse a lavar y besar los pies de sus hermanos, que se resistían a su amor, en el trance de venderle, negarle y abandonarle. “¿Quién es el mayor el que está sentado a la mesa o el que sirve?” (Lc 22,27; 17,7-10). Se levantó de la mesa, se quitó los vestidos, echa agua en la palangana, y se pone a lavar los pies de los discípulos. El que es el Maestro y el Señor (Jn 13,4-5. 14; Mt 28,8-10). La fracción del pan, la mesa compartida, solo viene en plenitud, cuando el Hijo

del Amor, se presenta en el corro, “no a ser servido sino a servir”, “el último de todos, el servidor de todos” (Mc 10,45; 9,35). Para pasar a manos del Señor, que preside el gran corro, para que la tierra se convierta en paraíso, los discípulos han de poner sus manos entre las suyas y así entrar en el mismo gesto de ofrenda al Padre, “por ellos”, para partir el pan a todos reunidos, en el corro, empezando por los más des-graciados, que el Señor había sentado a su lado (Mc 6,34-42; Lc 9,11; Mt 15,29-31). El camino de la mesa a las sendas es un incesante abajarse, en las huellas de su abajamiento. Vueltos al Padre, con Él en su obediencia, nos volvemos a entrar con él en el camino de su humildad. El Hijo del Amor, figura del Padre, no cierra las manos, las abre de par en par entre las del Padre y se vuelve. Se vació tomando la forma de esclavo (Fil 2, 6-7). Bajar es el camino de su humildad. “Abajarse es un gesto radical del ser”. Y más aún, si es a la orilla de los pobres. No solo ser para ellos, con ellos, como ellos, sino ser último entre ellos, desde la ultimidad de él. Y si se encuentra con el rechazo y los golpes, porque el abajamiento de Él les parece increíble, rechazable y aborrecible, entonces el abajamiento se hace absoluta gracia, precio de rescate. “Su redención”. Así la iglesia, aunque necesite medios humanos, para cumplir su misión, no ha sido constituida para buscar la gloria terrena, sino para la humildad y la abnegación, mostrándolas/haciéndolas públicas con su ejemplo (LG 8). Entrando al mismo camino de su Señor, que realizó la obra de la redención en pobreza y persecución.

Las huellas de su compartirse

El segundo paso del camino está marcado en el gesto de partir el pan. “Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1). Del abajarse, al darse por entero. En el puesto del Padre, dejando ver su rostro mismo. Ellos en el corro, disputándose entre ellos, escandalizados de Él, pensando que cualquiera podía ser el causante de su entrega (Mc 14,18-19.26-27). A unas horas de que todos abandonándole huyeran (Mc 14,50). Uno de ellos mismo le había vendido ya (Lc 22,3-6). Pero Él se va a entregar a ellos, sus hermanos, que en verdad son sus enemigos defraudados, porque no toma el poder, ni les lleva a mejor vida. Temiendo incluso de perderla. “Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros”. “Esta es la copa de la nueva alianza en mi sangre, que se derrama por vosotros” (Lc 22,19.20). Darse uno mismo a sí mismo hasta el extremo, es entrar en la absoluta pobreza. No hay una respuesta a cambio. Darse a fondo perdido, darse a muerte. El apóstol aclamó esta pobreza, en expresión inefable: “Conocéis efectivamente la gracia del Señor nuestro Jesús Cristo, el hecho de que siendo rico, se empobreciera por vosotros, para que vosotros os enriquecierais con su pobreza” (2Cor 8,9). Si el pan partido a la cabecera de la mesa es un abrazo de amor, en que el Padre se pasa él mismo a sus hijos y los entreaña en su corazón, entonces también podríamos describirlo con aquellas palabras insospechables de Juan. Precisamente entonces (kai), cuando “vino a los suyos y no lo recibieron”, fue cuando la Palabra llegó a ser carne y puso su tienda entre nosotros” (Jn 1,14). La mesa pascual anticipa la entrega del madero. “El pan que yo os daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,51), pan partido, “espíritu y vida” (Jn 6,63). La palabra encarnada, descifrada en el camino, crucificada en el madero, glorificada al ser enclavada, se parte ahora sobre la mesa (Jn 19,28-30.34). “Aparecido en la carne, hecho justicia en el espíritu” (1Tim 3,10). “Justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom 14,17). Es la reconciliación, entregada en la mesa, para convertirse en el camino de la “reconciliación del mundo”, inaugurando el año de gracia del Señor (2Cor 5,17-6,2). El camino suyo no es solo dar, rebalsando desde arriba el muro, lo que tenemos. Es un cambio en el ser, darse uno a sí mismo en su gracia (2Cor 8,9). Darse al Señor y luego darse a los hermanos hasta de nuestra extrema pobreza. Es el admirable intercambio de empobrecernos en su pobreza, para que los hermanos tengan vida en abundancia. La mesa abre así el camino, que derriba el muro y recrea en germen el universo.

Por las huellas de su anonadarse

La gran aclamación eucarística, canto del camino, avanza todavía un paso más. De la mesa se pasa a Getsemaní y de Getsemaní al calvario. Esta mesa del Reino del Padre será rechazada por

todos. Todos responderán con el odio. Pero el Padre ha entregado a su Hijo único de forma irrevocable, para que baje al abismo, a ponerla allí, absoluta gracia, en la última ultimidad, para la entera universalidad. Del abajarse, al despojarse, dándose hasta el extremo. Vacándose. Pero el último paso era “anonadarse”, “perderse”, para recrear todo en su gracia (Mc 9,7.12, exouctanethei; Is 53,3; Ps 22). Empezó a sentir temor y angustia, sentía tristeza de muerte, con gritos y lágrimas al que podía salvarle de la muerte (Mc 14,33-34; Heb 5,7). El Padre, quería que compartiera nuestra estremecedora flaqueza (Heb 2,10-18; 4,15). Y pasándose a la figura de los hombres, se dejó encontrar como un hombre” (Fil 2,7; Rom 8,3). Es entonces, cuando el Hijo entra al extremo del amor, en el extremo de la absoluta obediencia, y vuelto al Padre, se vuelve a nosotros (Mc 14,35-36; 15,33-39), de modo que el corazón del Padre, queda abierto de par en par, en la entrega del Hijo, en el que nos dio todo con él, toda la gracia, toda la redención, toda la reconciliación, toda la salvación (Rom 3,21-26; 4,25; 5,1-31). Estamos pasando de la mesa al camino, y como esta “misión continúa y explica a través del camino de la historia la misión del mismo Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres. La iglesia alentada y dirigida por el Espíritu de Cristo debe avanzar por el mismo camino de la pobreza, de la obediencia y de la inmolación de sí mismo, de la cual por su resurrección, pasó victorioso hacia adelante (AG 5). Así efectivamente caminaron en esperanza todos los apóstoles, que con muchas tribulaciones y padecimientos, completaron lo que falta a los padecimientos de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia (Col 1,24). Sus huellas han diseñado la senda por donde hemos de avanzar, para que su mesa se corporeice en el corazón del mundo. El canto de la eucaristía se nos hace canto del camino (1Pe 2,21-25; 2,9-10; Apoc 5,9-14). No debemos retraernos por nuestras flaquezas e infidelidades. Ciertamente “Cristo, santo, inocente, sin mancha (Heb 7,26) no conoció el pecado (2Cor 5,2). El vino a expiar los pecados, que solo eran delitos del pueblo (Cf. Heb 2,17). “La iglesia abrazando en su propio seno a los pecadores, santa y siempre necesitada de purificación busca sin cesar la penitencia y la renovación”. Al avanzar en el camino de su Señor, encuentra aflicciones y dificultades dentro de ella y fuera de ella, pero tiene en su seno el memorial, donde proclama la muerte del Señor hasta que vuelva (1Cor 11,26). Avanza, pues, entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios. “Ante las aflicciones y dificultades externas/internas, se fortalece con la fuerza del Señor resucitado. Puede, pues, avanzar con paciencia y caridad. Así refleja fielmente en el mundo siempre bajo sombras el misterio del Señor, hasta que se manifieste al fin en plena luz” (LG 8).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 11/11/ 2001*

38. Podéis ir en paz [andadura 1]

*Palabra viva: Hechos 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16
PO + AA + PC + UR + AG + NAE +DH*

La cena del Señor, es el centro y la cumbre de todo el camino de la Iglesia, de la humanidad, del universo y de la historia. Es también para nuestra pequeña comunidad y para cada uno de los hermanos el centro y la cumbre. De la Mesa del Señor (a donde llegamos el Día del Señor) es al tiempo el arranque de donde partimos, para la andadura del camino. Hacia esta andadura se dirige la conclusión de la Eucaristía: el saludo, la bendición, la despedida hacia la misión, y la alabanza conclusiva (OGMR 57).

La bendición de la paz

“El Señor esté con vosotros”. En la cena del memorial de su Pascua, se ha quedado ya para siempre con nosotros. “Volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, estéis también

vosotros” (Jn 14,3). “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28,28b; 1,23). El saludo “El Señor esté con vosotros”, es una llamada a acoger la comunión del Hijo, que se nos ha dado en el Memorial. Ya está, ya avanza, ya se vuelve, ya viene. Acoged esta comunión en Él, en el Aliento de su Espíritu Santo (1Cor 10,16-18; 2Cor 13,13; 1Jn 1,1-4). La comunidad responde al sacerdote: “Y con tu Espíritu” ¡Que también lo acojas tú!, para vivir todos, como hijos, hermanos y herederos en esta “comunión. “La bendición de Dios omnipotente, del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca siempre”. A primera vista parece que bendice el sacerdote, pero en él se hace presente el Señor, cabeza del universo en la iglesia. Se ha cumplido la bendición de la antigua alianza: “que el Señor te bendiga y te guarde; que el Señor ilumine tu rostro y tenga piedad de ti; que el Señor te muestre su rostro y te conceda la paz” (Nm 6,22-27; Cf. Si 50,15.20-21). Está delante de la mesa. El rostro vuelto al Padre y las manos extendidas a nosotros. Las eleva y las abaja y las extiende: “Alzando sus manos los bendijo” (Lc 24,50b). Y así, paso de la cabecera de la mesa, a la cabecera del camino, para abrirnos el hogar del Padre (Mc 16,19; Act 1,9-12). Toda la bendición suya es acogida por nosotros, en otra bendición. Bendecidos, bendecimos (Cf. Ef 1,3-14.19-23). Es la hora de pasar también nosotros de la mesa al camino. Unos momentos antes conviene que el sacerdote apunte las pistas de la andadura. Estamos en el umbral entre la liturgia y el camino en el mundo. Necesitamos ver sus manos que nos aseguran su fidelidad, su Amén. Amén que respondemos nosotros (2Cor 1,19-20). A veces hay una “oración sobre el pueblo”, en momentos destacados de Año litúrgico se hace una bendición solemne, que muestra en tres tiempos el don, el instante y la esperanza en la casa del Padre. Amén. Amén. Amén. Pero la forma sencilla todo lo expresa con gran hondura. Del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. Siempre, permanente, nos sobreviene, nos sobrecoge y nos sobrepasa. Viento y Fuego para el camino en la travesía. Dios grande y admirable, mira propicio a tus siervos, pues ante ti hemos doblado nuestra cerviz. Extiende tu mano poderosa, llena de bendiciones y santifica a tu pueblo, protege tu herencia, para que nosotros siempre, en todo tiempo te podamos alabar (Anáfora de Santiago). “Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesús Cristo, nos ha engendrado de nuevo (como hijos) para una esperanza viva para una herencia en los cielos” (1Ped 1,3-4).

El camino de la paz

“Podéis ir en paz”. Palabras vivas, que recogen las liturgias de oriente y de occidente. “Caminad en paz” (Antioquía). “En la paz salgamos al camino, caminemos” (Bizancio), “Caminemos en la paz de Cristo” (Siria), “Marchemos en paz” y se contesta “En el nombre de Cristo” (Milán). Estamos oyendo al Señor, en el cenáculo, que ahora nos encarga la paz, para que entremos al camino de la paz y la recorramos. El primer paso de este camino es que entremos juntos con él al corazón del Padre, en la “oración común”. Se nos regala el milagro de las primeras comunidades cristianas, en un nuevo Pentecostés. “Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres y de María la madre de Jesús” (Act 1,14). “Con un mismo espíritu partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría de corazón, alabando a Dios” (Act 2,4b; Cf. 4,24).

- El camino de la oración común, junto a la mesa, es el primer paso en el camino de la paz. “Paz a vosotros” (Lc 24,36; Jn 20,19). El rostro al Padre las manos heridas, el corazón traspasado. “Él es nuestra paz”. “Por él tenemos entrada unos y otros al Padre, en un mismo Espíritu” (Ef 2,14 [Miq 5,4; Is 9,5] 2,18; 3,13; Jn 14,6; 1Ped 3,18; Heb 4,16; Rom 5,1-2. 5b; 8,14-17). “Podéis ir en paz”. Tenéis el camino abierto al Padre. Tenéis el aliento para recorrer este camino. La oración misma del Hijo. En comunidad al lado de la mesa, y en la habitación a puerta cerrada. Oración comunitaria y personal, una desde otra, una en otra. Partiendo y terminando en el

pan es, con él y en él, en el centro del memorial. Urge avanzar en los caminos de la oración. El día se echa encima. Tomemos pues, entre nuestras manos el “pan de la palabra” del domingo (Cf. Rom 1,3-4).

- La oración de la fraternidad empieza y termina siempre en la alabanza. “La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza...”, cantando a Dios de corazón y agradecidos, salmos, himnos y cánticos inspirados” (Col 3,16). La alabanza. La mirada amorosa de su rostro, la proclamación de la palabra, la escucha humilde del corazón. El diálogo con la palabra en la mesa: “instruíos y amonestaos con toda sabiduría” (Col 3,16b).
- Desde el rostro del Señor y su Palabra, se ensanchan los ojos y el corazón, para escuchar los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias, del universo, de la humanidad, con su historia, desde los pobres últimos; y las inquietudes y esperanzas de la iglesia, vista y amada desde los pequeños. Es la oración común, junto a la mesa, donde se oyen los gemidos de la creación entera (Cf. Rom 8,13-25 [1,18-3,20]).
- Al ver el reguero de la sangre, el muro y las cadenas, las manos manchadas de todos, en la solidaridad de la culpa, el Espíritu nos conducirá a una nueva comprensión del misterio de Cristo. Gracia sobre gracia, gracia más sobreabundante todavía [Cf. Rom 3,21-5,21]. Y así podremos ahondar más aún en la comunión en su filiación (Cf. Rom 6,1-8,9), para entrar entre sus manos a una nueva ofrenda, por la vida del mundo, para que el Padre sea todo en todos. Seguro que surgirá la pregunta ¿Qué y cómo hemos de hacer hermanos? “Convertíos” (Act 2,37).

La alabanza de la paz

“Llenaos del Espíritu, cantad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados. Cantad y salmodiad al Señor, dando gracias siempre y por todo a Dios Padre en nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Cf. 5,18b-20). Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones” Todo cuanto hagáis de palabra y de obra, hacedlo todo en el nombre el Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Col 3,15a-17; Rom 15,13; 16,25-27).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 9/6/ 2002*

39. Podéis ir en paz [andadura 2]

Palabra viva: Rom 12,3-21; 1Cor 12,31-13,13; Col 3,12-15; Ef 4,1-2

PO + AA +PC +UR + AG + NAE + DH

El Señor sale de la mesa al camino, de la cabecera de la mesa, a la cabecera de la marcha. Ya nos abrió el corazón del Padre, para abrirlo a todos, por medio de nosotros. Y al hacernos hijos en el Hijo, en su misma comunión, en unidad del Espíritu, nos abre al corazón de los hermanos, para ser con Él, hermanos de todos, en el único Hermano mayor, en la misma fraternidad, en el único Espíritu. “Podéis ir en paz” es no solo adentrarnos en su oración, sino adentrarnos desde ella en su misma fraternidad. El camino de la paz, entrada al Padre, se convierte en camino de la paz entre los hermanos, en la fraternidad de la paz.

La bendición de la paz

Conviene antes de la bendición, no solo hacer sugerencias, para acoger el Amor de Jesús en la oración personal y común, sino también para compartir el Amor de Jesús en la fraternidad suya, compartiendo la vida, los dones y los bienes. El Memorial del Señor es un don, que se hace encargo, para todos los que se sienten con él a la mesa. “El Señor esté con vosotros”. O mejor, El Señor ya está con vosotros. Ahora acoged, compartid y ofreced su amor para que de verdad “El Señor esté con vosotros”.

- La bendición que el Padre, nos da por el Hijo, en la unidad del Espíritu, es una koinonia de amor. Al entrañarnos en el Primogénito, nos entraña en la familia de hermanos. Nos destinó el Padre a ser hijos por Él, en Él, para Él (Ef 1,5-6), para ser sus hermanos, siéndolo al tiempo entre nosotros, por Él, en Él (Rom 8,29; Cf. Heb 2,10; Jn 20,17). Se han derribado ya todos los muros porque “Él es nuestra paz” (Ef 2,14). Pues al tener todos entrada por Él al Padre, en el mismo Espíritu (Ef 3,18), ya no somos extranjeros ni forasteros, sino familia del Hijo, hermanos del Hijo, cuerpo mismo del Hijo (2Cor 5,18; 6,2; Ef 2,15-19). Se han roto el muro de la raza, de la posición, de la cultura, y hasta de las creencias. “Todos somos uno en Cristo Jesús” (Gal 3,28; Jn 17,21).
- La bendición se convierte en fuerza, para poder ir al camino en paz. “Caminemos en la paz de Cristo”. “Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones, pues habéis sido llamados a un cuerpo” (Col 3,15; Fil 4,7). “Que todos sean uno” (Jn 17,21; 10,35). Si la comunidad de la amistad, comparte el mismo latido del alma; la fraternidad del Señor, dice Agustín, comulga el alma de Cristo. Podemos tener un corazón y un alma, porque el pan y la copa del Señor, han pasado a nuestras entrañas no solo el Aliento de su cuerpo, sino el latido mismo de su corazón (Jn 6,56-57; 14,20; 15,4-7; 17,23). El “por ellos” suyo, pasado a nosotros, nos abre los corazones de pan en pan, nos abraza a unos y a otros, para que nos abracemos en la unidad de su caridad.

Las fórmulas de bendición solemne lo acentúan. “La paz de Cristo custodie vuestros corazones y pensamientos en el Amor del Padre y de su Hijo Jesucristo” (B 12; Cf. Tit 4,7). “OS conceda la paz, amados de Dios” (B 3), “perseverantes hasta el fin en la caridad, en medio de las dificultades” (B 3). En el fuego del Espíritu, que une las lenguas dispersas (B10), para la unidad del mundo. Y así “unidos en caridad fraterna” (Or. Sobre el pueblo 20), “con amor sincero” (Op 23), “perfectos en el amor” (Op 2). “El espíritu Santo... os conceda la gracia de acrecentar en la iglesia la verdadera comunión de fe y amor (B 24).

El camino de la paz

Es el momento de salir al pueblo, a la sociedad, a la humanidad. El Señor en torno a la mesa ha realizado el milagro de la nueva humanidad, es decir, ha inaugurado la absoluta novedad de la fraternidad. Pero el encargo que le hizo el Padre, es que reuniera a todos los hijos dispersos por el mundo, en la única familia de sus hermanos. Esto es una gracia sobre gracia. La familia humana, ya es la gracia primera, pero su familia, la fraternidad de su caridad, es don al don, Gracia a la gracia. Puesto que la familia humana, sufre opresión por las cadenas y odio por el muro, la fraternidad del Señor, que es “sacramento de piedad”, convertida en “vínculo de caridad”, podía ser “signo de unidad” (Agustín).

El Señor lo explicaba con admirable sencillez. La harina de una artesa, puede convertirse en pan, pero solo se convertirá si la madre de familia, pone en la masa un poco de fermento. Entonces, habrá pan en la mesa (Lc 13,20-21). Al preparar la comida, la madre la guisa en la

cazuela, pero para que pueda ser en verdad alimento de los suyos se necesita un poco de sal (Mt 9, 50; Lc 14,34; Col 4,6). “Tened sal en vosotros mismos, (precisamente) e inaugurad y existid la paz unos con otros” (Mc 9,50b; Rom 12,18; Heb 12,14). “Que todos sean uno para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17,21b), “y que les has amado a ellos, como me has amado a mí” (Jn 17,23b; 3,35; 14,21). Solo en la paz de la fraternidad brilla el rostro de Cristo en su iglesia, para que sea en realidad de verdad, sacramento e instrumento, germen y senda de la paz, que es la salvación universal. “¡Mirad como se aman!”.

- La fraternidad del Señor, reunida y alentada en torno a la mesa, pasa al corazón del pueblo y de la sociedad, como pequeño fermento de “Comunión de vida”. El gesto primero de donde parten todos, es el perdón de la reconciliación. El Señor nos invita a ello, con vigorosa energía. “Antes de tu ofrenda, ante el altar” (Mt 5,23-24). Abrazo de paz, con el perdón del Señor, a los enemigos, que nos odian. Y así se hace posible el milagro de llorar con los que lloran y alegrarse con los que se alegran, latiendo desde los últimos abandonados y maldecidos. Así, el signo de un corazón y un alma en el Señor.
- Desde esta comunión de vida se hace posible la comunión de dones. Todos los hermanos tienen el don de la comunión en el Hijo. Todos son hijos, hermanos y herederos, todos iguales. Pero además cada uno tiene un don distinto, como ocurre en el cuerpo. Son distintas las manos, los ojos y los pies. Cada hermano tiene que poner estos dones, que le han sido dados, para el servicio, a los pies de los demás, como siervos humildes e inútiles. Abajarse a servir, para que los últimos sean los primeros en servir. Así el signo de la comunión de dones, que rompe las cadenas del enclavamiento predominante. Pues cada uno existe, desde los otros, por los otros, partiendo de los últimos.
- La comunión de vida y de dones, se abre a la comunión de los bienes. En la mesa nos descubre el Señor, que todos lo que tenemos, es un don para compartir. En el aliento del Espíritu, al sentir vivamente en las entrañas el dolor de los despojados y abatidos, se siente la necesidad, de compartir hasta lo que necesitas para vivir. El muro, que se empezó a derribar con el perdón, que se derribó, con la servidumbre de amor, queda derruido y se hace mesa compartida donde cada uno aporta según puede y recibe según necesita, desde los pobres, que serán los que se despojen y vacíen más. Así el signo de la comunión de bienes.

La alabanza de la paz

Este camino se realiza en el canto, aquel canto de la unidad, que cantamos en la mesa, abre la andadura misma de la senda. ¡Un solo Padre de todos, un solo Hermano mayor sobre todos, uno solo Amor en todos! ¡Un cuerpo. Un Espíritu! ¡Un grito! Una única esperanza, vivida en el júbilo marcado por las lágrimas (Ef 4,1-4).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 16 / 6 / 2002*

40. Podéis ir en paz [andadura 3]

Palabra viva: Filipenses 2, 6-11; Ef 1, 3-23

LG 3.5.13.16-17.34-36; GS 1-2.10.38-45.69.78; DH 9-14; AA 7-8. 13

La bendición y la despedida, al terminar la eucaristía muestran cómo la cena del Señor es al tiempo don y encargo, todo es don y todo es encargo. En efecto, el memorial del crucificado Señor de la gloria es la “Gracia del Señor Jesús Cristo”. “El reino del Hijo del amor, para inaugurar y consumir el Reino del Padre” justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (Rom 1,3-4.7b; 14,17; 15,11). El Primogénito nos ha abierto la entrada al corazón del Padre, la comunión en su filiación, la paz. Y al tiempo nos ha abierto la entrada al corazón de los hermanos en la comunión de la fraternidad, paz en la paz. Pero, por fin, nos abre también al corazón del mundo, en la comunión de su herencia, paz en la paz para la plenitud de la paz. Por ello, la despedida no solo nos encarga adentrarnos en el camino de la comunión de vida, de dones, de bienes. La oración, convertida en fraternidad, es al tiempo envío a la misión del Señor al universo, en toda la travesía.

La bendición de la paz

“Como tú [Padre] me has enviado al mundo, así también los he enviado al mundo” (Jn 17,18). “Dicho esto, alentó sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20,22). Por ello antes de la bendición conviene apuntar las sugerencias del momento para anunciar el evangelio, servir a los pobres y luchar por la justicia. La bendición expresa al final el don y el encargo de poner la mesa del Reino en el corazón del mundo, para que se convierta, en hogar y en senda hacia el último hogar, donde el Padre sea todo en todo.

- La bendición que el Padre nos da por el Hijo en la unidad del Espíritu, es una diakonía de amor. Al entrañarnos en el Primogénito nos entraña no solo en su familia, sino en su hogar, la creación entera, la historia entera, presentes en “este mundo”. Al hacer la travesía por él, el Señor puso la mesa del Padre, la puso de lleno en su Pascua, anticipo de la Parusía. Para ello arrancó las cadenas con su redención, al redimirnos con su sangre preciosa (Jn 1,29; Apoc 5,9; Heb 9,12.14; 1Cor 6,20; Rom 3,24-25; 1Tim 2,6). Pero, no basta solo arrancar las cadenas, se necesita derribar el muro, donde están sujetas las cadenas. Por eso la redención se consumó en la reconciliación. El Padre estaba en el Hijo crucificado, reconciliando al mundo consigo, para inaugurar la nueva creación, en el día de la Gracia (2Cor 5,19-6,2; Rom 5,1-11; Col 1,18.22). “Ahora nos reconcilió en el cuerpo de su sangre por su muerte” (Col 1,22; Ef 2,14; Jn 1,14). El pregón de la paz al mundo, ha sucedido ya. La paz es obra de la justicia” (Is 32,17; Rom 5,1-2; Sant 3,18). La paz os doy, mi paz os dejo, no como la da el mundo (Jn 14,27) ¡Paz! ¡Animo! Yo he vencido al mundo” (Jn 16,33). Poneos en camino. ¡Anunciad a todas las naciones el perdón de los pecados! (Lc 24,46).
- La bendición de la paz al mundo, se convierte en fuerza para hacer el camino de la paz en el corazón del universo y de la historia, en comunión, con Él, detrás de Él, el Primogénito de toda la creación (Col 1,15; Apoc 3,14), a quien el Padre ha puesto como cabeza de todo en la iglesia, para recapitular todo en Él, llevando todo a su plenitud (Fil 2,6-11; Ef 1,7-8.20.22; 1Cor 15,28). El Ungido (Ps 110,1) el Hombre (Ps 8,7), el que alienta a toda la humanidad para que se convierta en familia, y a todo el universo, para que se convierta en hogar común. Una creación nueva, que alienta, purifica, sobrepasa y recrea la primera creación. Pues donde abundó el pecado sobreabunda la gracia (Rom 5,20). “Y así como reinó el pecado en la muerte, así también reina la gracia mediante la justicia para la vida eterna por Jesús Cristo, Señor nuestro” (Rom 5,21). Precisamente en la mesa del Señor, al aclamar llenos de júbilo;

“mará, Abbá, mara-natá” sentimos vivamente los dolores del nuevo nacimiento “la creación entera gime y tiene dolores de parto hasta ahora” y está suspirando por ser hogar común de la familia de los hijos, pasando de la esclavitud a su libertad gloriosa” (Rom 8,18-24. Cf. GS 1).

El camino de la paz

La bendición es el encargo. El Padre que nos reconcilió consigo en su Hijo, nos “ha dado la diakonia de la reconciliación” (2Cor 5,18). ¡Que el Dios de la paz, os encienda de Amor, el Espíritu es alma y cuerpo para hacer la senda de la santidad y la justicia, hasta la venida del Señor! (Cf. 1Tes 5,23). Que el Hijo mismo “el Señor” de la paz os consuele en la esperanza y os haga firmes en la palabra y en las obras buenas” (Cf. 2Tes 2,16-17; 3,16). El “Dios de la paz, que al Hijo que murió fuera de las murallas y fue arrojado al abismo, le levantó en entre los muertos, para convertirse en el gran Pastor de las ovejas, en virtud de la sangre de la alianza eterna, os alienta para cumplir su voluntad, por medio de su Hijo, el rey de la justicia y de la paz, “Jesucristo el mismo hoy, ayer y por los siglos” (Heb 13,12-13.20-21; 7,2; 13,8). Al terminar la liturgia del viernes santo, la oración sobre el pueblo, suplica que se consolide en él “la redención eterna” (Cf. Otras bendiciones solemnes 1; 2; 4; 5; 9; 13; 21-23). Enseguida surge la pregunta, y cómo la iglesia, fraternidad del Señor, puede realizar este servicio de redención y de reconciliación. ¿Cómo salir a sembrar la paz en el mundo entero?

El Señor los explicaba con sencillas parábolas. La siembra del sembrador es la que él prefería (Mc 4,1-34). La tierra tiene mucha vida, pero no puede convertirla en pan. Es necesario sembrar la semilla en las manos del sembrador. Teniendo en cuenta además, que la gracia de la tierra, está des-graciada: tiene piedras, zarzas, pisadas, alambres... El sembrador derrochará la simiente y respetando las distintas respuestas de la tierra, logra un trozo de pan para la mesa. Mesa para todos que se puede poner bajo el arbusto de la mostaza (Mc 4,30-31), o en la casa sencilla en el monte, con una pequeña lámpara, donde las espadas se puedan convertir en arados (Mc 5,14-16). “No temas pequeño rebaño, porque vuestro padre ha tenido a bien daros el Reino (Lc 12, 32; Mc 4,11). “Ha venido a arrojar fuego a la tierra”. Arderé cuando sea arrojado al abismo (Lc 12, 49-50; Cf. Is 12,23-32).

- El anuncio del evangelio. Para poner la mesa del Reino, hemos de ofrecer la gracia del Señor, en el pregón del evangelio. “Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda la creación” (Mc 16,15; Mt 28,18-28; Col 1,23). La semilla es la palabra que llega al corazón y si es acogida, te convierte. Y sucede el milagro del encuentro vivo con el Señor, y la entrega a Él, en la obediencia de la fe. Aquí estoy. Hágase. Magníficat (Lc 1,38-46). Poneos en camino. En el ejemplo de la vida, parábola de la gracia del Señor, desvelada con su Palabra, Fuego vivo de amor.
- El servicio a los pobres. El anuncio abre el corro de los hermanos. Y enseguida hay que buscar a los pobres, para curarles las heridas: vista a los ciegos, palabra a los mudos, saltos a los paralíticos, vida a los muertos. Curar las heridas de dentro a fuera, desde el evangelio y poner bálsamo en sus heridas, y traerlos a la mesa común y ayudarles para que sean los primeros en servir. Los pobres evangelizados, son el clamor del Reino, que convoca a la humanidad y al universo entero (Mt 11,2-6.25-30; 1Cor 1,19-31).
- La lucha por la justicia. Enseguida se veía en el corro las cadenas y el muro. El evangelio que es Palabra regalada a la palabra, y bálsamo regalado al bálsamo, es lucha regalada a la lucha. En el mundo, al soplo del Espíritu, resuenan palabras con luz, y gestos de servicio y lucha por la liberación y la solidaridad. El canto evangélico, en Gracia sobre

gracia, es brecha de la nueva creación, que arranca por entero todas las cadenas y derriba por entero el muro. Son los mismos gestos proféticos de Jesús, su redención que asume, libera, sobrepasa y recrea la liberación histórica. Su reconciliación que asume, purifica, libera, sobrepasa y recrea toda la aventura admirable de la solidaridad, para la igualdad. “En pie, pues” (Ef 6,10-17).

La alabanza de la paz

“Damos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al Reino de su Hijo querido, por cuya sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados”. Pues este Hijo es el Primogénito, la cabeza del universo en la Iglesia. “Ha reconciliado todos los seres, haciendo la paz por la sangre de su cruz” (Col 12,1-20; Ef 1,15-23).

*La Eucaristía, el centro y la cumbre, el arranque y el término
Catequesis mistagógica para los pequeños. 23 / 6 / 2002.*